

CUARENTA DÍAS SERÁN SUFICIENTES
PARA CAMBIAR SU VIDA.

VERDE ENTRE FLORES

LORENA MURIÉN

LILA

VERDE ENTRE LAS FLORES

©2021 Lorena Murién

[instagram.com/lorena_murien](https://www.instagram.com/lorena_murien)

twitter.com/lorena_murien

Diseño de cubiertas: Somnis Design ([instagram.com/somnis.design](https://www.instagram.com/somnis.design))

Fotografía de portada: Ben Shanks,

Unsplash.com

Quedan prohibidos, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley y los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Este libro ha sido publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial ni terceros. Por este motivo, es posible que el contenido pueda tener algunas erratas y/o errores ortográficos.

ÍNDICE

[PARA LOS QUE CONTINÚAN](#)

[1 UN CÚMULO DE SUEÑOS ROTOS](#)

[2 EL COLOR DE LAS FLORES](#)

[3 SONRISAS DE JAZZ](#)

[4 CALLES, VINILOS Y EL JARDÍN JAPONÉS](#)

[5 PAREDES CAÍDAS](#)

[6 PAREDES CON CARICIAS DE HISTORIA](#)

[7 EN LA VIDA TAMBIÉN EXISTEN ERRORES DE LOS BUENOS](#)

[8 NO HAY CUÁNDO, CÓMO, NI POR QUÉ](#)

[9 COLORES EN BLANCO Y NEGRO](#)

[10 LA COCINA Y UN JERSEY DE PUNTO GRIS](#)

[11 AQUEL LOCO PRIMER AMOR](#)

[12 UN NECESARIO ADIÓS](#)

[13 ESCALERAS QUE ESCONDEN PUERTAS DE COLORES](#)

[14 CUANDO LOS COLORES DESAPARECEN](#)

[15 UNA CONSTELACIÓN DE LUNARES](#)

[16 LUCIÉRNAGAS](#)

[17 FOTOGRAFÍAS EN BLANCO Y NEGRO, POSTALES Y LA CAÍDA](#)

[18 LA NIÑA DE LAS RODILLAS RASPADAS](#)

[19 COMO ESTRELLAS FUGACES](#)

[20 LA LLUVIA DE LA FELICIDAD](#)

[21 OXLEAS](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

VERDE ENTRE LAS FLORES

LORENA MURIÉN

*La luna se desgaja de las nubes y de pronto me siento desnudo,
como si el mundo pudiera verme.*

Markus Zusak.

PARA LOS QUE CONTINÚAN

Llevo días pensando en algo; cuando somos pequeños tenemos la creencia de que la vida no es más que un cuento de hadas en el que no importa el camino o las decisiones que tomemos, porque siempre estará llena de rosas. A veces así es como nos lo enseñan, ya sea en películas de fantasía o a través de unos padres que quieren lo mejor para nosotros. Pero dejadme que os cuente la verdad, eso es mentira, la mayor mentira del mundo, sin embargo, es la que terminará por salvaros. ¿Sabéis de qué? De, al fin y al cabo, no perderos a vosotros mismos.

A mí me han derrotado tantas veces que he perdido la cuenta del daño que llevo cargando sobre los hombros. Cierro los ojos y visualizo perfectamente los instantes y momentos en los que el dolor me ha reventado las entrañas. Con el paso del tiempo he sido capaz de ver con más claridad cada cicatriz formada en el cúmulo de lo que ahora soy. Pero no es nada grave, a veces te desangras y eso te ayuda a volver a florecer. Y lo digo, porque la derrota es la que te muestra el camino hacia la victoria.

Puede que ahora no lo creas, tal vez sientas que no hay escapatoria a ese laberinto o túnel en el que te pierdes sin posibilidades de escapar, y es que la vida no es ese camino de rosas que creímos al final ¿verdad?

Aunque te diré algo, sí existen ciertas cosas que la hacen especial; la magia, los fuegos artificiales, esos momentos fugaces de los que apenas somos conscientes al transcurrir del día y que pueden aparecer al cruzar la calle, mirar el reflejo de otra persona en un espejo o al elegir la izquierda en vez de la derecha e ir simplemente, a comprar el dulce que más te gusta a tu pastelería favorita.

No, la vida no es un camino de rosas, pero tampoco de espinas. Es romperte y caer para volver a levantarte y caminar, aprender de tus propios errores, pagar los de otros para hacerte más fuerte y convertir tu piel en un muro inquebrantable. La existencia no es otra cosa más que experimentar, beber de lo prohibido y chocar con la misma piedra una y mil veces si hace falta. Aunque también estoy de acuerdo en algo, y es que no nos gusta la idea de formar parte de los derrotados, nos negamos a caer e intentamos no arrastrarnos, aunque sea inevitable. Queremos ser perfectos, esquivar las espinas, evitar el dolor, caer y sufrir, pero entonces, ¿qué de interesante tendría estar vivo si perdemos la oportunidad de aprender de todos esos malos tragos?

Hoy me lo he vuelto a preguntar porque tengo esa sensación en el estómago, ya sabéis, se le llama intuición, las mariposas que intentan volar más allá para decirte al oído que algo está a punto de pasar. No sé si será algo bueno o malo, aunque sí lo espero con los brazos abiertos, porque si ser una mujer derrotada me ha enseñado algo, es a luchar, a esperar lo que venga con la entereza y valentía de un soldado. Con los puños cerrados y el alma abierta para recoger las piezas de una posible derrota, otra con la que demostrarle al mundo que, aunque te rompas, esas grietas son las que te hacen brillar.

Y, finalmente, continuar.

UN CÚMULO DE SUEÑOS ROTOS

Son las cinco de la mañana y aunque lo he intentado por cuarta, quinta o a saber cuántas veces más, he cedido a la batalla contra el insomnio y los nervios que ejercen de batuta en el ritmo de un corazón que late de muchas maneras a excepción de normal. No, no estoy loca ni pienso que me va a dar un infarto, esta es la consecuencia de semanas de estrés y la llegada de un ascenso que llevo esperando desde hace cuánto ¿cinco años? Probablemente mucho más.

La alfombra del salón es testigo de un no parar. Las arrugas ya desdibujan el trazo de un gráfico que, en calma, guarda perfecta simetría. Quiero lanzarme a puñetazos contra ella y lo imagino: en mi mente golpeo una y otra vez la tela hasta que mis nudillos se vuelven testigo de ello. Y ni por esas soy capaz de frenar estos nervios —aunque sí la tensión—, como alguien que grita en mitad de una noche lluviosa después de que le hayan roto el corazón. Reconozco que es un escenario totalmente incomparable, aunque puede llegar a sonar parecido ¿no?

Por ahora sé que; además de una densa capa de maquillaje, necesitaré de varias tazas de café para intentar verme bien, eso es lo primero que me viene a la cabeza si quiero afrontar el día de la mejor manera posible. Lo segundo que me digo es que no lo conseguiré, pero ese es otro tema. Intento sentarme, quedarme quieta en mitad del salón frío y entonces me doy de cara con otra batalla más, el amanecer que está a punto de asomarse a través de la ventana. El frescor de las calles me atrae, pero cuando me dispongo a caminar para darle un intenso abrazo, tropiezo y caigo frente al gran ventanal que parece burlarse de mí cuando alzo la mirada y veo la escena sobre el reflejo del cristal.

La vida se ríe en mi cara, aunque ¿no ha ocurrido otras veces? Puedo recordar con total claridad aquel primer día de instituto cuando tropecé con un obstáculo invisible y me caí frente a todo el grupo de la clase. Solo una persona se dignó a ayudarme y desde aquel entonces se convirtió en mi mejor amiga. Por eso pienso que las caídas deben traer suerte, porque tras estas, siempre llegan cosas buenas.

Sonrío, no, más bien me río de mí misma y entonces me pongo de pie. Camino, aunque en realidad deslizo mis pies sobre un suelo frío que me pone la piel de gallina. Cuando me miro bien al espejo que adorna la entrada del apartamento, compruebo que tengo los ojos rojos e hinchados, porque la falta de sueño es evidente en el tono ligeramente morado que pinta la piel de unos párpados que deberían ser color canela. Mi pelo también parece haber vivido su guerra personal, tengo varios mechones enredados y decido dejarlo tal cual, porque tengo cosas más importantes que hacer, y lo primero es borrar de este escenario toda capa de oscuridad.

Vuelvo al mismo punto anterior, a esa misión que me parece tan imposible. Abro las cortinas azul pastel que Amber dice son de color blanco y, de repente, parece que haya

amanecido antes de lo esperado.

Las luces de las farolas se cuelan a través del cristal y dibujan decenas de sombras por todo mi alrededor. Cuando miro hacia cada rincón de este hogar, puedo ver las formas de las estanterías que adornan el dormitorio, la mesita de noche y el despertador sobre esta, el sillón con la ropa hecha un desastre en el asiento, y cómo no, también la de los libros y los marcos de las únicas dos fotografías que me gusta admirar. De repente los muebles y la decoración se convierten en una escena de película donde yo y mi soledad somos las protagonistas.

Meses atrás fuimos yo y otra persona más pero ahora no quiero pensar en ello, deslizo el índice de cada mano sobre mis mejillas y dibujo una sonrisa que tengo la intención de mantener, aunque me cueste mil batallas que lidiar.

¡Por fin ha llegado el día! , grito para mis adentros.

A mis treinta y seis años doy un salto como si fuera una adolescente que acaba de ganar su primer premio deportivo, vuelvo a reír y por fin decido ir a tomar una ducha.

No sé cuánto tardo, ni me preocupo porque tengo tiempo de sobra para disfrutar de mi segundo placer: el sonido de las gotas de café cayendo en el interior del recipiente de cristal mientras el aroma inunda cada rincón de la cocina y el resto del apartamento. Lo aspiro como si necesitara de ello para vivir, y cuando está justo en el punto que deseo lo vierto en la taza donde se puede leer *“primero café, después justicia”*.

Recordar cómo llegó a mis manos aún me hace reír, pero no me entretengo en ello.

Los minutos corren y de repente los colores lúgubres se convierten en un cuadro repleto de tonos vivos con la luz del sol. Ya no hay muebles oscuros o mezclas extrañas de azul y naranja. Mientras me visto puedo ver claramente el tono real de las sábanas en conjunto con los cojines grises y los cuadros que adornan la pared, aunque en realidad, son fotografías en blanco y negro de la ciudad, James Dean y Audrey Hepburn. Me quedo embelesada con la arquitectura del Golden Gate y como si nada cientos de imágenes transcurren con rapidez en forma de recuerdos que viajan al ritmo desbocado de mi corazón.

Me obligo a ignorarlo y acabo por centrarme en elegir la última prenda que acompaña a un traje de dos piezas. Chaqueta y pantalón negro, elegante y digno para la ocasión. Antes, mi piel se cubre por una blusa de tono marfil que crea un perfecto contraste con la tierra que dicen me compone, porque llevo sobre mí la historia afroamericana, en una piel que es más clara — debido a mi padre— pero que al tacto simula la suavidad y visión de la arena al caminar sobre las playas de San Francisco, donde una vez construí sueños que poco a poco se desvanecieron como las estaciones van pasando.

No tengo idea de porque me empeño en recordar todo eso, al final deduzco que es producto de los nervios ante el cambio que este día va a suponer para mí. Después de todo, las vivencias importantes de mi pasado y presente han sido el motor de mi personalidad, tengo que estar orgullosa de eso. Sonríó al pensarlo y como si nada, las manos viajan acariciando toda la vestimenta para asegurarme de que no haya una sola arruga que la adorne.

—Perfecta —me digo.

Aunque puede que no lo esté, tampoco me importa porque no soy una mujer compuesta

por capas de perfección.

De hecho, nunca pretenderé serlo, porque sería como querer que el azul se convierta en verde. Y con ese pensamiento, cojo las llaves y abandono la seguridad de mi hogar.

La vida corre delante de mis ojos, a esta hora el tráfico es horrible, y ahora es cuando me arrepiento de haber perdido un minuto en comprobar el maquillaje con el que logro aportar brillo a una mirada que va de un lado a otro sin parar. Estoy a punto de pisar el acelerador cuando el tercer semáforo que encuentro se pone en rojo. Suspiro y aprieto el volante, la vena de mi frente está a punto de hincharse por la mezcla de frustración y enfado, pero la sensación se disipa en cuanto noto la vibración bajo los neumáticos, previo al paso del tranvía funicular que recorre Nob Hill. El traqueteo sobre las vías se desliza y cuele por los huecos del coche hasta dejarme el corazón paralizado. Llevo toda una vida en este lugar y la emoción que siento al ver el transporte más entrañable de San Francisco, nunca se esfuma.

Sonrío al tener la oportunidad de observar una vez más la madera pintada junto a los huecos que dejan entrever en su interior expresiones de sorpresa y felicidad, mezcladas con la sabiduría y raíces de un lugar que forma parte de mi sangre.

Sin embargo, agradezco que el tiempo pase rápido y pueda llegar a las oficinas a dos minutos de que la reunión empiece. El recorrido por el garaje y el ascensor no ha sido tan divertido como para apreciarlo, pero sí ha ayudado a calmar un poco mis nervios.

—¡Te he llamado tres veces! —Esa es Amber y en su expresión puedo ver que tiene ganas de matarme, otra vez y nada más entrar al pasillo—. ¿Dónde narices estabas?

—De camino —le respondo—, ¿ha muerto alguien?

Por su cara es evidente que sí, está dispuesta a matarme.

Yo me echo a reír y cuando llego a su encuentro le doy un fuerte abrazo. Apretujo su cuerpo contra el mío y dejo un sonoro beso en su mejilla.

—Hoy nada puede salir mal, así que deja de fruncir el ceño y vamos. Thomas me echará si llego tarde a la reunión.

—¡Pues estás a punto! ¿Por qué crees que llevo un rato llamándote?

Reconozco que podría estar así todo el día, picándola para hacerla enfadar y que deje ver ese gesto que provoca cientos de sonrisas en mí, junto a un bienestar nunca antes sentido. A pesar de que muchos lo creen, no somos más que mejores amigas, por más que el resto del mundo lo pretenda, pero reconozco que desde hace años anda salvándome el culo; de mis errores personales y casi equivocaciones profesionales.

De camino a la sala de reuniones me dedico a pensar en ello. La primera vez que crucé la puerta de este edificio me sentía tan nerviosa como ahora, hacía cuatro años que acabé la carrera, aunque jamás dejé de estudiar y venía del rechazo de otro despacho de abogados que buscaban a alguien “más profesional”. Cuando me dieron el “sí” en Nolan Law me costó creerlo y desde entonces puse todo mi empeño en conseguir escalar profesionalmente para pasar de asociado a socio. Una gran cartera de clientes, casos ganados, marca personal y diez años deberían ser

suficientes para demostrar a Thomas cuanto merezco el puesto.

—Buenos días—. Me fijo en cómo es a mí a quién sonrío primero al abrir la puerta y yo le devuelvo el saludo asintiendo.

El resto de presentes toman asiento. Somos ocho en total.

Aunque intento no hacerlo, lo cierto es que me evado y pierdo el hilo de la conversación previa hasta el momento en que está a punto de anunciar quién será el nuevo socio del despacho. Previamente, mi mirada se ha encontrado con Amber, David, Stella y finalmente Alexander, siendo él mi “rival” y a quién Thomas nombra con alegría.

—Y el nuevo socio de Nolan Law, es Alexander, ¡enhorabuena!

Todos aplauden, bueno, todos menos Amber y yo, porque me he quedado tan paralizada y boquiabierta que debo parecer una estatua. No soy capaz de pronunciar palabra porque quiero creer que se trata de una puta broma.

Pero no, ha dicho... *¿ha dicho Alexander? No puede ser. No, no puede ser, ¿verdad?*

Mis compañeros se ponen en pie y le felicitan.

—¿Sorprendida Julia? —me dice una voz.

Hasta que no levanto la vista no soy capaz de ver que es él, un vencedor que se acerca a mi para estrecharme la mano con fuerza después de mi derrota, como haría cualquier jugador que ha perdido una final.

Pero yo no la he perdido, ¡no! Las mejillas me arden en furia al darme cuenta de cómo me han robado el partido.

Amber se da cuenta de que estoy a punto de estallar, me mira a los ojos y niega en un intento porque no diga nada, y no lo hago, pero es porque no puedo, no porque no tenga nada que decir. Se me ha helado la sangre, noto el sudor frío empezar a recorrerme el cuerpo desde la cabeza a los pies. Las piernas me tiemblan y siento que estoy a punto de perder el conocimiento. Mientras frente a mis ojos todos vitorean a Alexander, yo sigo en el mismo lugar, enfocada con una luz sombría y a punto de llorar.

Salgo de allí de milagro, de la mano de mi mejor amiga y con todo el escenario a mi alrededor moviéndose en círculos.

—Tiene que ser una broma... —le digo.

Veo la pena cubrir los ojos chocolate de Amber.

Estamos en el aseo de las oficinas, justo al final de la octava planta donde la decepción me golpea y se abre paso a través de mi pecho como si me hubieran clavado una daga directa al corazón.

—Tal vez —responde ella tras un largo silencio, pero no se lo cree, lo intuyo—. Deberías hablar con Thomas, quizá haya una razón...

—¡Para qué! ¿Para que me mande otra vez a la mierda después de diez años dedicada en cuerpo y alma a mi trabajo? —Ardo en furia, aunque soy consciente de lo que hago cuando giro

mi rostro y afronto la mirada de ella.

—Julia, tienes que calmarte, ¿vale? Ya lo sé, estás jodida, pero tú no eres así. ¿Vas a montar un espectáculo? ¿Vas a dejar que te pierdan el respeto?

—Pero ¡es que ya lo han hecho! Joder... —Me muerdo la lengua para no continuar, a cambio de que un par de lágrimas se deslicen a través de mis mejillas.

A la mierda el maquillaje. *A la mierda con todo*, quiero decirlo en voz alta, pero no lo hago. Tomo aire y deajo que el malestar que tengo en la boca del estómago se disipe antes de terminar por vomitar.

—Está bien, iré a hablar con él.

—Pero no te precipites, ni vayas a cagarla con esa boca que tienes.

—No sé si podré contenerme ¿sabes? —le replico.

—Amas este trabajo más que a tu propia vida, Julia, te contendrás.

Ordena más que suplica, y odio que me conozca tan bien.

—Ya, ya, lo haré. —Levanto las manos, totalmente derrotada, como si ya no lo estuviera lo suficiente—. ¿Vamos a comer luego? Necesito una buena carga de donuts rellenos.

—¿A eso lo llamas tú comer? —pregunta enarcando una ceja, su pelo negro se mueve en el proceso.

—Tú ya me entiendes —respondo.

—Claro que sí, anda ve.

Nos veo a ambas sobre el espejo del lavabo. Irremediamente me siento hecha un desastre, aunque al parecer no se refleja en mi rostro, a excepción del color de un maquillaje algo perdido y que retoco un segundo después, labial carmesí y el negro que acentúa unos ojos que arden en furia.

Salgo del baño como si nada, aunque todos me miran mientras recorro el pasillo como si tuvieran idea de lo que estoy a punto de hacer.

Para nada.

Cuando en mi mente dibujo miles de escenarios en los que destrozó este lugar, mi corazón me pide apaciguar los malos sentimientos que recorren mis venas a paso lento, envenenando una entereza que no sé si voy a poder mantener cuando afronte lo que Thomas tenga que decir.

Y cuando llega el momento; el de abrir la puerta de la sala, tengo que respirar hondo otra vez.

—Siéntate, por favor —me pide, nada más verme aparecer.

Después muerde su labio inferior. Le noto nervioso, y no es para menos, tal vez hay un poco de tristeza en su expresión, pero lo desecho por completo cuando esboza una sonrisa

enorme, como si hubiera ganado la partida más importante de su vida.

—Prefiero no hacerlo —le digo poco después, me cruzo de brazos y al final tomo apoyo en la pared que hay al lado de la puerta, justo donde las vistas de San Francisco me dan un poco de tranquilidad—, ¿qué es lo ocurre? ¿Por qué cuando creía que conseguiría ascender, me quitas la oportunidad?

Voy directa al grano, y eso le duele.

—No todo depende de mí Julia, los accionistas y el resto de socios también tienen voz aquí. Ha sido una decisión unánime.

—¿Por qué? —insisto.

—Porque tú no eres el prototipo de socio que estamos buscando.

—¿Qué? —medito sus palabras y aun cuando no quiero creerlo, sé exactamente a qué se refiere—. ¿Me lo estás diciendo en serio?

—¿No querías sinceridad?

—¿Sinceridad? ¡Eres un cabrón Thomas! ¿El prototipo de socio que estáis buscando? ¿Es porque no soy blanca? ¿Por qué no estoy casada y tengo hijos como él? ¿O porque soy lesbiana? ¿Qué de todo se sale del prototipo que tenéis en mente? ¿Eh? ¡Contesta!

—Julia, por favor, te pueden oír —me pide, intentando avanzar hacia mí.

Yo le detengo con la mirada.

—¿Y qué? —le reprocho, elevando el tono de mi voz.

Todo mi cuerpo tiembla, se mueve como un mar embravecido a punto de estallar en una tormenta. Diez años de mi vida profesional caen y se rompen en miles de pedazos, frente a mis ojos. Cada caso, todo el esfuerzo, los días de horas extra y las noches sin dormir acaban yéndose a la mierda y terminan por no servir de nada, exclusivamente por la opinión retrógrada de unos cuantos hombres, en los que una vez creí, me recuerdo.

—Lo siento Julia, así son las cosas.

—Claro, así son las cosas... estoy en un lugar donde mis deseos por crecer no significan nada.

—Sabes que eres buena en lo que haces, Nolan Law no sería lo mismo sin ti —admite, como si quisiera darme una pequeña recompensa.

—¿Te estás burlando de mí? ¿Es una puta broma, Thomas? —le pregunto sin poder creer estar recibiendo una de cal y otra de arena—. ¡Vete a la mierda!

—¿Sabes qué? Creo que necesitas un largo descanso.

Esto es el colmo —aunque no lo digo en voz alta—, me quedo boquiabierta y estoy segura de que él es capaz de ver la sorpresa que se dibuja en mi rostro, presa de emociones encontradas. Quiero gritarle a la cara mil cosas, pero no lo hago. A cambio, recojo el alma del suelo y abandono su oficina, primero eso, y tres minutos más tarde el edificio. Simplemente voy

escaleras abajo para encontrarme de lleno con una ciudad que bebe de vida a hora punta.

La hilera en forma de avenidas va quedando atrás conforme pasan los minutos. En la radio suena *No Surprise* de Daughtry, aunque la verdad es que no presto atención a absolutamente nada. No hasta que acabo en el lugar donde quiero estar, frente al mar, donde el blanco de las olas en la orilla da paso a todo un océano de color azul y verde mezclados al que quiero llegar. Salgo del coche, cierro la puerta en lo que parece un acto de guerra y cuando por fin me enderezo siento que he perdido totalmente el rumbo, y no hablo solo de mi vida. ¿De qué va todo esto? ¿Acaso es una treta del destino que debo superar sin rechistar? Estoy demasiado cansada para averiguarlo, así que ando, camino y doy un paso tras otro hasta que consigo alcanzar con los pies las nubes en forma de arena. Tropiezo al quitarme los zapatos y caigo de bruces —no, no es una mala broma—, aunque no tardo en ponerme en pie continuando con mi cometido.

¿De qué se trata?

Yo no tenía ni los trece años cuando descubrí por primera vez que verse derrotado es importante si quieres tener una vida de verdad. Duro o no, recuerdo que aquel día sufrí de lleno el rechazo de unos padres demasiado hechos a la antigua y no los culpo, aunque por aquel entonces les odié, con todas mis fuerzas. Aquella tarde de mitad de marzo me arme de valor para decirles que Demi —y no de Demian— me gustaba, no como mi primer gran amor, pero lo que pasó a continuación sí fue como si una Guerra Mundial estallara en casa, añadiendo el intento futuro por su parte de enderezar mis sentimientos.

La decepción escrita en los ojos de mis padres se contrarrestó con el abrazo de mi abuela reflejando en aquel gesto el orgullo que sintió ante mi valentía —cuando siempre deseé que mis sentimientos no tuvieran que ser un “noticia”—, yo lloré y aunque tuve un primer deseo por encerrarme para siempre en la habitación, salí y corrí a través de las calles de San Francisco hasta llegar al mismo punto donde ahora me encuentro, intentando no acabar en un baño de lágrimas.

No lo consigo —claro—, lloro hasta que la sal se transforma en rabia y la rabia en un grito tras otro llevándose lejos una frustración que se pierde más allá de lo que pueden ver mis ojos.

—Tenías tanta razón —digo, recordándola a ella.

E irremediablemente deseo tenerla conmigo otra vez. Las piernas me tiemblan al darme cuenta de cuán efímero es todo, de cómo un simple golpe puede acabar con tus manos llenas de un cúmulo de sueños rotos.

El teléfono vibra y después suena *Billie Jean*, es Amber.

—¿Dónde estás?! —pregunta. La noto asfixiada—. Te has ido corriendo.

—Ya sabes dónde estoy.

—¿Y bien?

—¿Bien? —le pregunto.

—Joder Julia, a veces siento que vives en las nubes, ¿qué te ha dicho Thomas?

—En pocas palabras que jamás seré socio de Nolan Law porque tener a una mujer, sin hijos, lesbiana y de ascendencia afroamericana, no entra en su prototipo de empresa. Me siento como Meghan Markle en un intento por encajar en un mundo de blancos y cubierto de muros afilados.

Se queda muda al escucharme, el silencio se alarga por al menos diez segundos.

—Y también ha dicho que necesito unas vacaciones.

—¡Hazlo! —grita y yo tengo que alejar el teléfono de mi oído—. Ya es hora de que te des un descanso y disfrutes un poco de la vida.

—¿Tú crees?

—¿Ella no lo querría así? —Sé que refiere a mi abuela—, vamos Julia, sé un poco realista y razonable. Te has pasado los últimos diez años entregándolo todo por este lugar, incluso tu vida personal —me recuerda—, y ahora que tienes la oportunidad ¿vas a negarte?

—Supongo que no.

—¡Ese es el entusiasmo que me gusta oír! —me anima o lo intenta, pero yo suspiro.

—Deberías hacer como en las películas, escoge un punto del mapa cualquiera y lánzate a la aventura.

—Quizá tengas razón —le digo, y con unas pocas palabras más, ambas colgamos el teléfono.

De vuelta al apartamento parezco más cansada que nunca. Todavía me parece mentira que todo se haya esfumado y como hace pocas horas la alegría y esperanza se vislumbraban bajo las capas de un maquillaje que ahora no existe.

Pensando en las palabras de Amber, dejo el maletín sobre el sofá, arrastro los pies hasta la cocina y busco una lata de cerveza que abro poco después sin saber bien que hacer. El despacho donde tantas horas he dedicado me mira indulgente mientras doy un largo sorbo al líquido amargo, como si tuviera algo más que decir con sus muebles de caoba y estanterías repletas de trabajo y empeño, palabras que no quise oír de nadie y que ahora escucho como el grito desesperado de una película de terror. Las paredes hablan cuando me adentro bajo las luces y sombras, miro el globo terráqueo y lo hago girar para detener su movimiento con el índice de mi mano derecha. Caee directo sobre un punto del mapa y sin más tomo una decisión.

Es hora de tomarse unas vacaciones.

EL COLOR DE LAS FLORES

Siento que mi vida ha dado un giro inesperado, y ya no le puedo poner freno. No he contado las horas que ha durado el vuelo desde San Francisco al aeropuerto de Londres-Heathrow. Desde que camino rumbo a la terminal dos del metro que me llevará en dirección a Notting Hill —tras revisar una docena de capturas de pantalla que guardé con tal de no perderme—, he preferido no contar el tiempo porque probablemente me habría arrepentido de la frivolidad con la que abandoné Nolan Law, y finalmente, la ciudad.

Sigo sin querer ver el reloj para dejar que mis pies me lleven allá donde quieran sin prisas o estar atada al paso de los segundos. Quizá viva días de película como le sucede a Julia Roberts en el largometraje con el mismo nombre que el emblemático barrio donde supongo que encontraré millones de diferencias con respecto al lugar de donde vengo.

Si algo he aprendido es a ser consciente de cómo no todo está hecho para nosotros, que podemos equivocarnos en nuestras decisiones y caer sin remedio, zambulléndonos de lleno en una realidad que probablemente ha estado frente a nuestros ojos durante años. Tiempo atrás me convencí de llevar la razón y poder controlarlo todo, deseché ideas y personas con diferentes creencias a las mías, incluso a mi propia familia creyendo tener en mis manos el poder de cambiar el curso de mi destino tal y como siempre imaginé.

Me resulta irónico ver cómo ha terminado todo, huyendo de la vida que he construido a lo largo de estos años y con las últimas palabras de Amber latiendo en mi corazón, recorriéndome las venas como si se tratase de la sangre que me da vida.

A veces lo único que necesitamos es descubrir nuevos colores, distanciarnos de lo que hemos conocido, vivir la aventura, llenarnos el alma de experiencias que se alejan de todo lo que somos. Y tú te lo mereces todo.

Si tiene razón, no lo sé, como tampoco me hago a la idea de merecer todo lo bueno que se supone “debería” estar por ocurrir, por el momento ya tengo bastante con ver de cara al presente mientras camino hacia la estación dispuesta a coger el metro de Londres por primera vez. Cuarenta días es el tiempo que he elegido para darme la oportunidad de soñar y abrazar a todo lo nuevo que quiera entrar en mi vida. Bueno o no, supongo que tendré que esperar.

Así son las cosas, un cúmulo de esperas donde como si nada unas puertas se cierran y otras más se abren.

—Buenos días —digo, llevando a cuestas una maleta hacia el interior del vagón, que no contiene otra cosa que el dolor acumulado de mi pasado.

No tengo esperanzas de que nadie me responda, pero al menos, intento ver hacia lo

desconocido con otros ojos.

—¡Buenos días!

El silencio se rompe de repente y yo bajo la vista para dar con la expresión inocente y feliz de un niño que debe tener poco más de seis años. A su espalda veo una mochila rosa con florecitas verdes, y eso logra sacarme una sonrisa mientras va de la mano de su madre —quién, por cierto, me parece muy atractiva—, y sus ojos me ven con curiosidad.

Sabe que soy nueva en la ciudad.

—¿Cómo te llamas?

—Julia —respondo y sin pensármelo demasiado le entrego mi mano—, encantada de conocerte, ¿y tú? ¿cómo te llamas?

—Noah. Tu chaqueta es bonita.

—No molestes a la señorita. —Su madre le reprende, pero yo niego.

Porque esto es lo mejor que me ha pasado en las últimas horas.

—No es molestia, de hecho, su hijo tiene buen gusto.

Cuando espero escuchar el nombre de la mujer, el metro se detiene en Boston Manor, recibiendo a un cúmulo de gente que nos separa repentinamente. El traqueteo se escucha otra vez y más allá del cristal alcanzo a ver la gran columna de ladrillos que anuncia el nombre de la estación, bañada por un cielo de nubes blancas, una imagen que es digna de fotografiar y que logra hacer que me arrepienta de no haber ido a pie.

¿Pero qué tonterías digo?

Encontrarme aquí ya es una aventura que me han pedido disfrutar como si nunca más fuera a tener la oportunidad.

Son unos cincuenta minutos de trayecto y al menos tardo diez en poder tomar asiento para conocer de lleno Londres a través de expresiones con sonrisas y miradas profundas. Una y otra vez las puertas se abren, veo a niños danzando con la vida, de la mano de sus padres o hermanos, incluso abuelos, y después presto atención a los últimos. Saludo a un señor que parece tener años de historia escritos en las arrugas que perfilan la tristeza de su rostro. Se ha sentado a mi lado y de repente el destino nos une como si nos conociéramos de años o quizá vidas atrás. Me habla de Portobello Road y como se enamoró allí por primera vez.

Yo no creo tener tanta suerte, pienso para mis adentros.

—No crees tener esa suerte, ¿verdad? —Me sorprende el modo en que lee esas palabras cuando lanzo un suspiro.

—Digamos que yo misma me lo he ganado.

—Jovencita —dice mientras niega, su mano izquierda vuela con elegancia hacia mi hombro derecho—, si has llegado hasta aquí es por una razón, deja que la ciudad fluya en tu corazón sin planteamientos ni discusiones, a lo mejor no tienes por qué enamorarte de alguien más que de ti misma. Encontrar de nuevo esa luz que una vez creció en el centro de tu pecho.

Silencio, es lo único a lo que puedo acogerme como respuesta, pero no tardo en sonreír. Asiento y después se lo agradezco con un apretón en su mano.

No tengo idea de si volveré a verle o no, y no me da tiempo a preguntárselo porque ya son treinta y siete minutos de recorrido y de repente la Estación Hammersmith se presenta ante mí. Los veintidós kilómetros de la línea me parecen nada comparado con la distancia que he tenido que recorrer, y no hablo desde San Francisco hasta aquí. Antes de dejar la ciudad, no he compartido con Amber el valor al que he tenido que aferrarme para apartar de mi vista una rutina que llevo siguiendo desde hace diez años. Tampoco le he dicho como las piernas me tiemblan al pensar en no trabajar durante más de un mes. Ni mucho menos he compartido con ella cada una de las cosas que me aterrorizan. Empezando por verme en Londres, con una maleta en mano, rodeada de gente que viene y va sin yo saber a dónde ir más que los puntos indicados en el mapa. Me encuentro sentada en un banco de madera, bajo un millón de focos blancos y no tengo idea de qué hacer.

—¡Ya viene! —grita alguien.

A partir de ahí, camino como un fantasma en la tierra. Pero como siempre, ella me salva y le basta con una llamada telefónica.

—¿Estás sana y salva? —Pregunta, asegurándose de que no me he perdido y con las ganas de escupir un *te lo dije* por haberlo conseguido.

—Acabo de llegar a Portobello, creo que ha sido la hora más eterna de toda mi vida. Pero él tenía razón.

—¿No habría sido mejor ir en taxi? —Su pregunta se queda en el aire cuando repara en lo que he dicho—. Espera, ¿él? ¿Quién?

—Alguien que conocí durante el trayecto, como no sé su nombre, le diré Mr. S, ya sabes, al encontrármelo por sorpresa.

—Tú y tus cosas raras. Pero, ¿por qué tenía razón? —insiste.

—Esta calle es... —Tengo que quedarme en silencio para lograr beber de todo lo que tengo delante de los ojos sin perderme absolutamente nada, y entonces tomo una decisión drástica que sé no le va a gustar—. Te dejo Amber, cuando esté instalada te llamo, ¿vale? Te quiero, deberías haber venido.

—Ya sabes que...

Cuelgo sin escuchar lo que dice y me quedo parada en mitad de la calle.

De no ser porque me centro en lo que estoy haciendo, habría dejado la maleta y avanzado sin pensar en nada más.

Estoy delante de *Alice's*, figurando como un elemento más del mercado de antigüedades y ya siento como la vida de cada objeto que alcanzo a ver me llevan al reencuentro de la Julia que fui al inicio de mis veinte. *Bum*, el corazón me late con fuerza. En otras circunstancias habría dicho que es estrés, pero no, esta es la clase de sentimiento que crees haber olvidado con el paso del tiempo y de repente te azota el alma a golpe de una fuerte ola. ¿Y qué es? La vida, así de sencillo, las cosas simples de la vida. Una grieta en la pared, los colores mal combinados, el

miedo a lo desconocido y el reencuentro contigo misma.

Respiro profundamente, tomo aire hasta que los pulmones me duelen y sin esperar más continúo avanzando, ahora tengo prisa por llegar al apartamento que he alquilado, dejarlo todo y salir a explorar Notting Hill como una niña que descubre un parque de atracciones por primera vez. Quiero subir en todas las posibles, gritar de felicidad, deseo llorar emocionándome con el detalle más ínfimo del presente al que me he zambullido sin pensar. Y aunque al principio de este viaje sentí miedo a romperme, ahora podría hacerlo una y otra vez sin temor a tener que recoger los millones de piezas que me compongan si se esparcen por el suelo.

Estoy emocionada, y se evidencia cuando por fin tengo la llave entre manos después de unos pocos minutos más de espera tras ir a la agencia. Abro la puerta y cuando doy un paso al interior descubro todo un universo nuevo. Uno que estaba destinado para mí.

—Esto es... —Las palabras se me quedan atascadas en la garganta, aunque tengo en la punta de la lengua la descripción perfecta para definir lo que siento.

Si Portobello Road define la magia en las calles, estas paredes son la combinación perfecta de noche y día cuando están a punto de decirse un hasta pronto.

Flores, marrón y blanco por todas partes, la luna y el sol, naturaleza, calma, belleza, y todo ello englobando a un universo de sueños al que accedo después de haber subido unas pocas escaleras. Con cuidado, dejo la maleta en mitad de lo que es el pequeño salón, con un par de alfombras adornando la estancia y una planta que acaricio como si se tratase del tesoro máspreciado. Las cortinas en las ventanas se mueven a la entrada de una ligera brisa cuando las abro para observar desde esa distancia unas calles que —cuanto menos— me parecen un cúmulo de curiosidades e historia que estoy deseando conocer. Con el corazón lleno de felicidad me lanzo sobre una de las camas, rodeada de cojines y un sentimiento de acogimiento que por alguna razón había olvidado. No me importa que no haya frontera entre el salón y el dormitorio, tampoco que la cocina sea tan pequeña como para evitar que dos personas cocinen juntas. Aunque, ¿en qué estoy pensando? Si estoy sola y eso es lo que menos debe preocuparme en este momento.

Me quedo mirando el ladrillo de las paredes y más pronto que tarde ya he decidido que no me quedaré aquí tumbada como si nada, aunque el cansancio me pese demasiado.

Olvido llamar a Amber, dejo todo atrás y como si nada; bajo el agua caliente de la ducha, una nueva Julia se prepara y sale hacia las calles de Notting Hill en el primer día de todos los que me quedan por vivir.

De repente, y mientras camino, tengo metida en la cabeza *Sing of the Times* de Harry Styles, consciente de cómo cada acorde y letra es un himno para un renacer inesperado —aunque mi fe esté por los suelos—. Con las manos en los bolsillos, mientras la temperatura se aferra a mis mejillas, echo un vistazo atrás y repaso cada uno de los momentos en los que debí darme cuenta de cómo el vaso iba a desbordarse tarde o temprano. Lamento que a inicios de un año como el dos mil dieciocho algunas personas todavía seamos la diana perfecta para mentes retrógradas y una desigualdad palpable en todas partes. Pero niego, y me lo digo:

No, no dejes que eso te desanime.

Aunque en realidad es la ciudad la que se encarga de que el curso de mis pensamientos cambie de inmediato. ¿Cuántas veces me quedaré boquiabierta en el transcurso tras el paso de unas pocas horas? No tengo ni idea, pero es una sensación que quiero vivir con cada latido de mi corazón. El cielo parece brillar más de un momento a otro cuando me quedo parada al inicio de Westbourne Grove. La calle comercial del barrio se presenta ante mí con un cúmulo de comercios y fachadas repletos de colores incombinables y a la vez perfectos para hacerte creer protagonista de un cuadro hecho con pinceladas de alma.

El frío me golpea y me obliga a frotar los brazos durante algunos segundos. No he previsto el contraste de temperatura con respecto a San Francisco, y se evidencia en el tono rojo de mis manos.

—Esto no te matara —digo en lo que es un susurro para mí.

Veo una iglesia de lejos y aunque mi primer impulso es admirar su arquitectura, decido empezar por algo que hace años no hago por culpa de las intensas y largas jornadas de trabajo.

Aunque antes de viajar leí de la famosa *Wild at Heart* y su Isla Turquesa, mis pies avanzan hacia un pequeño local de estilo vintage que se encuentra encajada en mitad de un desconcierto, como si en principio su destino hubiera sido otro. En el cartel pintado sobre la puerta se puede leer un simple *Carla's* y eso hace que sonría. Siento la atracción de las Camelias al instante, y como si nada me detengo a admirarlas mientras los dedos de mi mano derecha vuelan hacia los pétalos, sin llegar a tocarlas.

La puerta se abre ante mi como un torbellino imposible de frenar.

Del interior sale una mujer cargada con dos cubos en ambos brazos y el corazón saliéndose del pecho mientras camina, o más bien, corre.

—¡Por fin llegas! Vamos tarde, así que toma, sube a la furgoneta y andando.

Lo único que alcanzo a ver entre las flores son unos intensos ojos verdes que al brillo del día simulan un toque de avellana. Tengo que darme prisa en coger el cubo para evitar que caiga producto del desconcierto y la sorpresa. Quiero hablar, pero ella desaparece, abre la puerta y se sube a un vehículo que no estoy segura pueda recorrer un solo kilómetro cuando lo veo desde la distancia.

—¡Espera, yo...! —le grito con los pies pegados al suelo.

¿Qué hago?

No me da tiempo a decir nada más porque de repente mis piernas funcionan por sí solas y en un abrir y cerrar de ojos estoy dentro de la furgoneta, con el cubo entre las piernas, buscando con torpeza un cinturón de seguridad que no me da tiempo a poner antes de que arranque y que seguro no me salvará la vida si acabamos estrellándonos.

—Tienes que saber que no me gusta nada la impuntualidad, ¡te he esperado diez minutos! ¡Diez minutos! Y eso significa perder a un cliente —me reclama.

—Pero...

—¡Estoy hablando! —No me mira a los ojos, aunque no sé si siento alivio—. Cameron

me habló de ti y vaya si parezco tonta por haber aceptado, joder, siempre he trabajado muy bien sola. ¿Por qué he tenido que hacerle caso?

—Espera, que yo no... —digo, pero ella me interrumpe levantando una mano.

Y yo ardo en coraje.

¿Me está mandando a callar? ¡Esto es el colmo!

—Espero que a partir de ahora esto no se repita, no se te ocurra a abrir la boca mientras conduzco, ¿entendido? Después tendremos una charla como debe ser, pero ahora no.

Me lo advierte porque ha notado que estoy a punto volver a decir algo.

¿De dónde ha salido esta loca? Madre mía, ¿y qué hago aquí?

—¿Carla? —Pruebo a decir su nombre, aunque no estoy segura de si lo es.

—Tú no haces caso a nada ¿verdad?

—Es que no... —comienzo a explicarle, pero un bache me detiene al dar un salto en mi asiento, lo que me hace cambiar el hilo de la “conversación”—. ¿Esto es seguro?

—Ah ¿Lila? No te preocupes, es un cacharro viejo, pero nunca me falla. No como otros —añade en voz baja.

Espera, espera, ¿le ha llamado Lila? ¿Pero qué clase de persona...? Tiene que estar loca, sí, me digo y no puedo dejar de hacerlo. Pero loca de verdad, joder ¿en qué lío me he metido?

De repente, dejo de pensar y lo hago cuando reparo en donde estoy y en la mujer que conduce. Me fijo en la manera que el sol incide sobre su rostro, se cuela a través del cristal con la misma perfección que un arcoíris ilumina el cielo en mitad de la lluvia y entonces me quedo paralizada. Todo, absolutamente todo se apaga en mí a excepción de un corazón que bombea directo a la locura.

Bum, bum, bum.

Lo escucho golpear mi pecho con tanta fuerza que siento me va a dar un infarto. ¿Acaso Mr. S tenía razón? *No, no puede ser, ¿o sí?* Definitivamente, solo pienso en tonterías, niego y a golpe de un suspiro el barrio de Notting Hill queda atrás para llevarnos a pleno Londres.

Cada pensamiento se esfuma cuando suena una canción que no conozco y Carla descuelga su teléfono.

—¿Estás de camino? —escucho al otro lado.

—No vuelvas a insistir en que alguien trabaje conmigo. —Y de nuevo ese maldito discurso. Pongo los ojos en blanco y tengo que suspirar, además de armarme de todo el valor posible para no mandarla a la mierda—. Porque es claro que no funciona —continúa.

—De hecho, quería decirte que Emily no va a poder ir, así que estás de suerte —continúa la otra voz.

—¿Qué?!

La furgoneta frena de golpe en plena avenida y yo voy directa al frente.

—¿Estás mal de la cabeza? —increpo, intentando aferrarme a cualquier cosa.

Carla cuelga el teléfono y no alcanzo a escuchar la voz que se apaga tan repentinamente como nos hemos detenido. Miro atrás, los coches empiezan a formar una hilera más o menos recta y ya se escucha el sonido de diferentes cláxones.

—¿Nos quieres matar? —la reprendo, aunque no parece verse afectada.

Y ahí es cuando gira su rostro.

—Si Emily no está aquí, ¿tú quién coño eres?

Ella me mira a los ojos, y en mi interior todo se derrumba.

SONRISAS DE JAZZ

No sé cuantos minutos llevo sin poder hacer nada. Por más que intento descifrar lo ocurrido soy incapaz de poner nombre a las diferentes sensaciones vividas desde que dejé el aeropuerto. Quizá es lo más parecido a ver la nieve por primera vez, aunque se me podrían ocurrir mil cosas sin llegar a una en concreto. Respiro profundo, incluso cuento las imperfecciones que soy capaz de reconocer en el techo que me acoge, pero al final vuelvo a ella, sus ojos verdes y el recorrido de un rostro que me observó con sorpresa y puede que algo más. ¿Curiosidad, quizá? No, esa fui yo, la que se quedó embobada, recorriendo cada tramo de su piel como si mis más profundos deseos estuvieran puestos en descifrar un mapa con ganas de ser explorado.

¿Qué me pasa?

Aunque suplico una respuesta, no la consigo. ¡Si apenas puedo respirar!

Llevo las manos a mi pecho y noto como el corazón quiere ser primero en una carrera imposible de frenar, y de repente me veo a mi misma, dentro de una furgoneta vieja, aunque reformada, con las palabras atacadas en la garganta y mi rostro bañado en esa mezcla de ramas y flores que tanto me han impactado.

—Esto es una locura...

Una completa locura. Y, ¿no es eso la vida? En palabras dichas por mi propia abuela, ella siempre creyó que la simplicidad debía viajar de la mano de lo inesperado, un golpe de efecto, porque si algo no te impacta hasta el punto de dejarte paralizado, entonces, no estás viviendo.

Sé que no la creí, durante mucho tiempo no lo hice, quizá por miedo, aunque más bien ocurrió por la venda que yo misma me puse sobre los ojos. Tal vez me gustaba el hecho de vivir en una rutina pactada, dirigiendo mis propias acciones para echar fuera todo lo que pudiera hacerme sufrir. Claro que, a pesar de tenerlo todo bajo control, al final nunca ves venir aquello que el destino tiene preparado para ti. Y esa es la esencia del aprendizaje, caer para levantarte otra vez, perder para ganar, sufrir para llenarte de un baño de esperanza. Viajar al otro lado del mundo para acabar por encontrarte frente a una flor, intentar acariciar su color y perderte más allá de su significado.

Lanzo un suspiro, y estoy a punto de soltar otro cuando el teléfono suena de nuevo y lo descuelgo con la torpeza de mis dedos.

—¡Amber! —grito, y entonces recuerdo que había prometido llamarla—. Lo siento, me olvidé por completo.

—¿De verdad? —ironiza—, no me había dado cuenta.

No es necesario tenerla delante para saber que está enfadada, pero hago a un lado la idea e intento sonreír. No sé ni como me siento, y en lo único que pienso es en ir a dormir para intentar que las horas pasen y planten ante mi otro día que transcurra con un poco más de normalidad. Esa que tanto me gusta controlar.

—En fin, no importa —sentencia—, cuéntame cómo ha ido todo ¿ya te has instalado? ¿Has refrescado las ideas?

—Eso y mucho más —confieso, y ahora quiero contárselo todo—. No te vas a creer lo que me ha pasado.

—Tengo veinte minutos, no te dejes detalle.

—Créeme, no podría hacerlo.

Mientras hablamos, todos mis sentidos vuelven al punto exacto en el que me visualicé abriendo la puerta de la furgoneta para huir de una situación que no busqué. Por supuesto no lo hice, me quedé ahí sentada, mirándola, intentando formar una frase con las palabras desordenadas que volaban frente a mi esperando a ser recogidas. *Si Emily no está aquí, ¿tú quién coño eres?* Su pregunta se quedó en el aire durante un par de segundos en los que no tuve la capacidad de decir absolutamente nada, y sí, también balbuceé. Lo hice en un intento por apartar la mirada de unos ojos cuya conexión fue como si un relámpago me hubiera golpeado de lleno.

—¿No piensas decir nada? —preguntó otra vez.

—Es que...

Apenas supe cómo explicárselo.

—Espera. —Antes de que pudiera responder, Carla me mandó a callar de nuevo. Estuve a punto de enfadarme, pero el sentimiento desapareció en cuanto volvió su atención hacia mí—. Está claro que no eres de aquí, ¿ese acento es de...?

—San Francisco —respondí.

—¡San Francisco! Joder, he subido a una americana a *Lila*, no me lo puedo creer...

¿Eso es lo que te preocupa?, recuerdo que pensé.

—¿Por qué no me dijiste nada? —Cuando hizo esa pregunta, mi rostro debió parecer un cuadro.

—¡Lo intenté! Pero tú no parabas de hablar y hablar y yo...

Tampoco insistí cuando arrancó ..., me recordé.

—Debo reconocer que hablo mucho cuando estoy nerviosa —admitió, y cuando creí que seguiría con su discurso, ella miró el reloj y puso el motor en marcha con la insistencia de una fila de coches tras nosotras entregándolo todo contra el claxon—. Mierda, ¡llego tarde! Maldita sea, luego te llevaré de vuelta a... ¿estás aquí por...?

—Vacaciones.

Carla asintió como si nada. Estaba claro que no le descubrí las Américas.

—Y supongo que no tienes idea de flores... —se lamentó, pero no tardó en sonreír.

Pero yo, me sentí en mitad de un paraíso.

Cuando vuelvo a la realidad —mi conversación con Amber—, me doy cuenta que tal vez he exagerado un poco mis palabras, porque ella se queda en silencio y yo ya no sé qué más decir.

—Y eso es todo —añado perdiendo la voz en otro suspiro, como si todo lo que le he contado no tuviera importancia.

Cuando la tiene.

La tiene.

Claro que sí.

Y me doy cuenta cuando el aire se escapa lentamente a través de mis labios por tercera vez en cuestión de veinte segundos. La respiración se me corta y —de nuevo— me despido de mi mejor amiga con prisas y deseos de estar a solas. Me siento en la cama, pero duro ahí dos segundos antes de comenzar a caminar por los pocos metros del apartamento alquilado. De repente me encuentro recordando como a lo largo de mi vida he vivido cientos de momentos clave en los que me he dicho *esto va a cambiarlo todo*, y aunque en principio creí que ocurriría cuando tomé la decisión de dejar San Francisco, ahora soy consciente de que pasó al despertar en mí el deseo por acariciar una flor.

La simplicidad, con lo inesperado.

Cierro los ojos y el letrero de *Carla's* me atraviesa como si ese nombre se estuviera grabando a fuego en mi mente y corazón.

Me repito que no puede ser, que es imposible que a estas alturas de mi vida el alma se me despierte con sentimientos dignos de estar viendo un cielo estrellado o tener la profundidad del mar al alcance de tu mano. Lo digo —o más bien, pienso— con deseos firmes de creer que es imposible beber de lo fugaz y que te marque tan rápidamente, pero la realidad es otra historia. Lo siento como si dentro de mi pecho todas las piezas que una vez estuvieron perdidas se hubieran juntado de nuevo para recomponer las grietas abiertas, y en lugar de dolor solo cabe luz, ilusión y deseos de seguir perdiéndome en ese bosque de tonos mezclados entre curiosidad y miedos que acaban por convertirse en felicidad.

No sé por qué, pero quiero conocer sus secretos, porqué ama las flores como lo hace, la razón por la que en sus ojos se instala un baño de melancolía de vez en cuando, y el motivo por el que corre contra el tiempo dándose tanta prisa.

Y dentro de todas esas páginas por descubrir estoy yo, la protagonista de esta historia, caminando con la incertidumbre del por qué me siento como lo hago, cuando ni yo tengo esperanzas porque la vida vaya a motear los grises de mi presente con un baño de nuevos matices. La tristeza me invade de nuevo, acompaña al sentimiento de rabia ante lo ocurrido en Nolan Law, y cuando me doy cuenta me veo a mí misma corriendo de nuevo, atravesando toda

una playa con tal de que el espíritu me abandone, se bañe de esperanza y vuelva a mi pecho con deseos renovados por continuar.

Pero no estoy allí, sino aquí, así que voy a la cocina y cojo una de las cervezas que he comprado antes de regresar al apartamento. La temperatura en la calle es tan fría como dañina para una persona que está acostumbrada a inviernos más cálidos, pero es algo a lo que me podría acostumbrar, solo es cuestión de desearlo.

Como salir de este bucle sin sentido.

—¿Tú que piensas Mr. S? —pregunto al aire, como si de repente fuera a escuchar su voz dirigida por consejos que parecen estar hechos para mí. Una persona que solía brillar como un campo de amapolas pero que el destino deshojó a golpe de realidad.

Llevada por ese pensamiento, la botella se queda vacía sobre la encimera marrón y al final, debo agradecer haber tenido la suerte de pegar ojo durante toda la noche.

Y como si el tiempo no fuera nada, llego al día dos. Doce de enero de dos mil dieciocho en el calendario y aunque no quiero, abro los ojos cuando el sol incide con la suficiente fuerza como para arrancarme de las sábanas pasado ya el mediodía. Una rutina extraña en mí. Tirito de frío y en silencio me repito que tengo que ir de compras si pretendo sobrevivir en esta ciudad treinta y ocho días más. El estómago me ruge, y es lógico cuando tampoco probé bocado la noche anterior.

Ay, ¿por qué te haces esto a ti misma?

Quiero preguntar qué exactamente, pero rápidamente mis ojos viajan de un lado a otro recordándome que el ladrillo es sanación y el silencio una nueva oportunidad para escuchar mis propios deseos.

Apoyo con pesadez los pies en el suelo y aunque me resisto, acabo por caminar hacia el cuarto de baño para tomar una ducha, poner algo de orden en mi pelo y prepararme para salir otra vez. ¿A dónde? Supongo que el día será el que me lo diga, aunque la última vez que me dejé llevar estuve a punto de morir en mitad de una avenida. Y eso me hace sonreír como una tonta.

Cuando abandono el abrazo del agua cálida me miro en el espejo y veo unos párpados cansados, nada que no pueda solucionarse con un poco de paciencia y una ligera capa de maquillaje, porque además de destacar una mirada bastante común, no soy de tonos exagerados. Deslizo por mis mejillas el índice de cada mano y aunque esta vez no hay sonrisa, el gesto de *todo irá bien*, ya es más que suficiente.

Decido que cuando tenga un poco más de seguridad entre las calles de Notting Hill cambiaré un poco mi rutina por las mañanas, aunque para eso me recuerdo que también necesito una ropa de deporte que no he traído. Por ahora, busco en el bolso los auriculares bluetooth y en el teléfono algo con lo que animarme mientras me arreglo. Suena *So What* de P!nk y parece que todo mejora de repente. Estoy dispuesta a tener un buen día hasta que un mensaje de WhatsApp aparece.

Ya sé lo que ha ocurrido, espero que estés bien.

Es de mi madre. Me quedo mirando la pantalla durante algunos segundos, incluso medito si debo llamarla o no, pero al final desecho la idea con la intención de conservar mi paz mental.

Ella, quién me negó tantos abrazos solo por amar de una forma “diferente” ahora espera que esté bien.

Seguro que sí, me digo.

Pongo los ojos en blanco y me concentro en la canción, en el aquí y el ahora, y en todo lo que este día tenga que ofrecer.

Y entonces... ¡*Bingo!*

—¿Club de Jazz ‘*Ronnie Scott’s*’?

Navego por Instagram y descubro la magia de los enlaces sociales con el lugar donde ahora me ubico. A pesar de mi continua disparidad en cuanto a gusto musical, hay un género que está por encima de todos. Recuerdo haber buscado sobre algunos clubes antes de reservar el billete de avión y aunque en principio creí imposible encontrar un lugar en el que apreciarlo de forma personal, recibo una invitación que no pienso rechazar.

No me lleva mucho tiempo buscar el recorrido para llegar al SoHo. Dos minutos andando desde Uxbridge y la línea central de metro desde Notting Hill Gate, hacen el resto.

—Buenos días —saludo como de costumbre al entrar en el vagón.

Esta vez nadie responde. Reconozco echar de menos a Mr. S y esa carismática sonrisa repleta de historia, siendo él otra de esas casualidades inesperadas con intenciones de marcarme de por vida. Me muero por decirle que he conseguido un ticket a última hora para disfrutar de *Brubecks Plays Brubeck* a las seis de la tarde y que me dispongo a llegar a uno de los barrios más visitados de Londres. Aunque mi corazón es un cúmulo de idas y venidas con respecto a lo que siento, ahora me doy la oportunidad de mirarme bien en lo que alcanzo a ver de mí sobre una de las ventanas.

El pelo me cae sobre los hombros, acariciando un blazer negro a juego con unos jeans oscuros y unas converse que tienen mucho más recorrido de lo que yo puedo recordar.

La temperatura al salir es bastante agradable para el frío común de la ciudad y lo agradezco. De repente me siento más Londinense que Californiana y eso pone una sonrisa en mis labios. Si no fuera porque tengo un —muy— marcado acento americano, podría decir que soy de aquí. ¿Estoy pensando en la idea de serlo?

No, que tontería.

Aunque esta se repite otra vez y lo gracioso es que no suena tan absurdo como en principio me lo parece. Casi niego para mí misma justo a la entrada de la galería comercial Kingly Court donde me encierro para abordar el paso de las horas entre los platos de *Le Bab*. Allí sentada soy capaz de ver en silencio todos los colores que aparecen y se mezclan en las calles que observo. Aprecio la vida como si un parpadeo se fuera a llevar lo que me rodea en cuestión de un segundo, y por eso lo atesoro a toda prisa, con la necesidad de recuperar el tiempo perdido durante años en los que me dediqué al trabajo y nada más.

Mi teléfono guarda cientos de imágenes de aquellos meses en los que busqué la felicidad con ahínco antes de convertirme en una obsesiva de papeles firmados y casos ganados.

Suspiro mientras pruebo bocado después de pedir un par de platos que aquí sirven con regularidad. Todo un acierto. La mezcla de sabores me traslada a esa época en la vida cuando decidí arriesgar cansada de lo que me rodeaba, días en los que caí y me raspé las rodillas, sangré, pero me volví a levantar y continué caminando. Tenía dieciocho años, dos maletas en mano y a mi espalda, las puertas de lo que una vez fue mi hogar. Recuerdo bien lo que mi abuela dijo por aquel entonces:

—Eres más valiente de lo que crees Jules —aseguró.

—Yo nunca quise que esto acabara así —le respondí, tenía los ojos bañados en lágrimas.

—No todas las personas están hechas para entender las capas que componen nuestro corazón, incluso aunque sea su sangre la que corre por tus venas.

Papá nunca miró a través de la ventana, y mi madre... quizá ella si sufrió, pero nunca llegó a decírmelo.

Aunque ahora guarde un mensaje sin abrir de ella.

—Ojalá pudiera pedirte consejo —digo, refiriéndome a mi abuela.

—¿Disculpe? —El camarero me mira y yo tengo que negar con la vergüenza cargada en las mejillas—. Le decía si tomara postre.

—¿Postre? —pregunto con torpeza. Pensar en ello me devuelve a la realidad—. ¡Por supuesto! El postre es lo más importante.

Y para mí, es muy cierto.

Disfruto de una tarta de chocolate hasta que no puedo más y cuando la oscuridad baña por fin Londres salgo disparada hacia el club de Jazz. Camino mientras susurro una canción que he escuchado a lo largo de la tarde, pero cuyo título no recuerdo. Tengo cuentas pendientes con la realidad, pero decido que el tiempo es mío y el destino está a punto de ser gobernado por mis pasos.

Aunque, ¿por qué cuando creemos tener la suerte de nuestro lado siempre ocurre algo que nos roba toda la razón?

Al contrario que el resto, mientras se encaminan al interior del club, yo me quedo paralizada nada más abrir la puerta, donde recibo un par de empujones. Verme azotada por un ambiente cálido además de enigmático podría haber sido el motivo, pero lo cierto es que no es así. Omito por completo los tonos rojos que bañan las paredes, las lámparas centrando la atención en las mesas con una fuerte luz neón rosada, todo se esfuma cuando lo primero que hago es encontrarme con una mirada que ya podría reconocer a metros de distancia.

Y cuando quiero salir corriendo del interior, la puerta se me cierra en las narices.

—¡Bette! —me grita y agita su mano con fuerza, al menos es lo que veo cuando me giro.

Se refiere a mi así porque al despedirnos dijo que mis rizos y la frialdad de mi presencia

le recordó *Bette Porter*, un personaje digno de admirar por muchas razones y que está lejos de parecerse a mí. Aunque si lo pienso, no tanto. Carla se roba otro suspiro de mis labios cuando la veo avanzar a toda prisa, agarrarme del brazo y llevarme consigo como si mi cuerpo fuera tan ligero como el peso de una pluma.

—Es broma, te has quedado pálida ¿acaso has visto un fantasma?

—Algo así... —respondo, aunque en principio creo no haber dicho nada.

Carla se ríe, y las piernas me tiemblan.

—Ven, siéntate con nosotros, te presentaré a los chicos.

—¿Los chicos...?

Mi pregunta se queda en el aire al llegar a la parte central del local donde hay una gran hilera de mesas y otras que convergen con unos bancos donde parece haber sitio para mí.

Hubiera deseado lo contrario.

—Chicos, ella es Julia. Julia, esta es mi melliza Cameron, y aquí están Tony y Taylor. — Los presenta de izquierda a derecha y mientras ellos asienten y sonríen, yo no sé qué expresar—. Son todo amor, no te van a juzgar por invadir a Lila sin permiso.

—Tengo suerte, porque de verdad que me vi en ciertos apuros —bromeo producto de los nervios.

Todos se echan a reír.

—¡Venga, siéntate! El *show* está a punto de empezar. —Es Cameron quién habla, y aunque veo similitudes con su hermana, la verdad es que puedo reconocer mucho más las diferencias, empezando por el tono de sus ojos.

Asiento y decido ocupar el primer espacio de un lugar donde me siento tan acogida como extraña.

—Así que, de San Francisco, ¿cómo es que alguien como tú acaba en un lugar como este? —pregunta Tony.

El brillo de la lámpara incide en unos ojos claros que me miran con curiosidad acompañando a una sonrisa que se dibuja entre una ligera barba pelirroja. El sombrero que lleva me hace pensar que la esencia de este lugar le compone o pertenece y entonces siento un gran alivio.

—Bueno... todas las piezas cayeron a mi alrededor, así que me dije ¿por qué no? — respondo, sin pensarlo demasiado—, a veces hay que luchar contra la vida y reordenar un poco el desastre que esta crea.

—¡Ya me caes bien! —Taylor aplaude y busca un vaso de agua que, posteriormente, lleva a sus labios escondiendo una sonrisa sincera, destacando su mirada asiática.

Quiero responder, pero la multitud aplaude y *Weep no More* comienza a sonar. Escucho el piano al ritmo del bajo y la batería y como una niña a punto de entrar a su festival favorito, espero con impaciencia hasta que el saxofón marca las primeras notas. Un segundo después mi

cuerpo se zambulle en las aguas cristalinas de una paz que me abraza como si nada. Los brazos y piernas dejan el asiento donde me encuentro para elevarse a un cielo imaginario de colores mezclados en los que bailo a ritmo lento, bebiendo música y respirando armonía. Tengo los ojos clavados en el escenario, hasta que una caricia logra elevarme más allá de lo que pueda llegar a imaginar.

—Parece que eres una verdadera amante del jazz —me susurra Carla.

Los dedos de su mano izquierda juegan a llamar mi atención.

—Me gusta —añade, y yo me descubro con la mirada empañada en lágrimas.

CALLES, VINILOS Y EL JARDÍN JAPONÉS

Los minutos pasan al ritmo lento de la música, he encerrado un par de palabras tras mis labios, por miedo a estropear un momento del que no quiero despertar. No sé si es la música, su voz, o todo un conjunto entre colores, ojos que brillan y sonrisas que parecen no querer desaparecer de las personas que alcanzo a ver. ¿Y yo? Yo quiero girarme y a la vez no, porque si me pierdo en sus ojos sé que ya no habrá vuelta atrás.

Y no tengo idea de si estoy preparada para tomar ese riesgo.

—¡Bravo! ¡Bravísimo! —Tony aplaude con energía cuando el recital llega a su fin y es inevitable no ver como la felicidad le explota en el pecho—. Joder, son unos prodigios.

—Venga, tú también lo eres. No seas modesto —le dice Cameron.

—Entonces ¿sí eres músico? —interrumpo.

—Es el sombrero, lo sé, todo me delata, aunque creo que tienes buen ojo Julia. Y un gran gusto también, cualquiera diría que tienes alma de jazz y corazón inglés.

—De no ser por su acento yo también lo creería —añade Carla.

Me mira y cuando guiña un ojo mi cuerpo se desvanece del asiento.

—Si os digo la verdad, elegí venir aquí por casualidad. Fue una tontería, pero cuando decidí tomar unas vacaciones puse un dedo en el globo terráqueo y *voilà*.

—¡No! No te creo. —Cuando me encojo de hombros, Carla se echa a reír. En realidad, lo hacen todos y yo me muero de la vergüenza. Las mejillas me arden con tanta fuerza que siento la cara hirviendo—. Pero mira a donde te ha llevado.

Añade ella, y se lo agradezco.

—A un laberinto de locura y cura. Para una adicta al trabajo como yo, es todo un logro estar dos días sin mirar el correo electrónico.

—El próximo viernes toco, ¿vendrás a verme? —Tony llama mi atención mirándome con ojos de súplica.

—Claro que sí —le respondo—, todavía tengo semanas por delante.

La determinación con la que Carla me observa y después echa un vistazo a su alrededor me hace creer que está trazando un plan para que no pueda escapar de las garras de la ciudad. Es como si tras esos ojos verdes pudiera saborear la miel de una dulce malicia.

Lo va a notar, me reprendo e intento desviar la atención al botellín de cerveza que espera de mis labios. El club está a punto de cerrar así que bebo deprisa y cuando llega la cuenta me aseguro de pagar mi parte.

—¿Dónde te alojas? —me pregunta Cameron sin perder el interés en los demás.

—Alquilé un apartamento en Uxbridge, no es muy grande, pero suficiente —digo.

—Eso está al cruce de una calle de donde vives —le dice Taylor a la hermana de Carla.

—Pues nos vamos juntas —afirma ella.

—¿Qué? No, no hace falta, puedo ir en taxi —aclaro, aunque sé que no servirá de nada.

—La negativa no está en el diccionario de nuestro club, así que lo siento señorita, pero te vienes con nosotras.

Cuando una mezcla de lamento con vergüenza me cruza el rostro, siento la presencia de una sonrisa ganadora por parte de Carla.

—Está bien, me rindo. —Y levanto las manos con una sonrisa pegada en los labios.

Taylor y Tony se van por su lado y yo camino a dos pasos de Carla y Cameron en un intento por aclarar las ideas. Puedo escucharlas hablar, pero no alcanzo a entender que es lo que dicen. Y lo prefiero así porque eso me ayuda a pensar.

¿En qué?

No tengo ni puta idea.

Esto es un infierno . Pero reconozco que también se parece mucho al cielo.

—Has dicho que tenías unas semanas más por aquí, ¿cuánto tiempo exactamente? —Carla interrumpe mis pensamientos, rompe el agarre del brazo de su hermana y comienza a caminar a mi izquierda.

Cameron lo hace a la derecha.

—Vuelvo a casa el veinte de febrero —respondo, y el corazón se me parte al decirlo sin entender todavía bien por qué.

—Todavía tengo tiempo... —dice, y me sorprende la forma en la que lo hace, como si batallara contra algo en su interior. La confusión invade mi rostro y parece arrepentirse—. Quiero decir, para enseñarte un poco la ciudad. Si quieres. ¿Tienes algo que hacer?

Pregunta y Cameron pone los ojos en blanco.

—Claro que no, estás de vacaciones —se corrige—. Mañana no abro la floristería así que podríamos ir a dar un paseo, si quieres.

¿Quiero? Quiero. Pero ese no es el problema.

—Estaría encantada.

Y mientras vamos camino del metro, otra vez caigo en las redes de los giros inesperados.

Con el paso de las horas me he saltado otra conversación importante con la realidad, y esa es mi madre. Después de negarme a seguir dependiendo del Wi-Fi del apartamento y la ciudad en general, he conseguido contratar una tarifa internacional tras varios intentos al teléfono —y una discusión de por medio— que me ayudará en caso de caer en la tentación de volver a trabajar fuera de casa y aprovechar el tiempo que tengo por delante. No sé por qué no lo pensé antes. Tengo el ceño fruncido y cero ganas de hacer algo en lo que resta de día, pero una promesa es una promesa, y cuando está a punto de dar las diez estoy en la puerta de *Carla's* a la espera de que ella aparezca por la puerta.

La jaqueca persiste, o quizá sólo sean mis pensamientos golpeando y queriendo llamar la atención.

Hoy es de esos días en los que creo que todo está mal, desde lo que me rodea hasta la decisión de haber dejado Nolan Law para tomar unas vacaciones que ya no sé si quiero disfrutar. ¿Qué pasa si al volver ya no tengo puesto de trabajo? De no haber dejado el tabaco probablemente iría por el cuarto cigarrillo en cuestión de diez minutos, pero no, me recuerdo evitar caer en los dilemas de un pasado que se pinta ante mis ojos en forma de imágenes, dejándome claro que huir no es la solución.

¿Es lo que estoy haciendo?

Me lo pregunto mientras guardo las manos en los bolsillos después de ajustar en el puente de mi nariz las gafas que ya he perdido la costumbre de llevar. Mis ojos parecen diferentes tras los cristales de forma ovalada, y cuando me pongo a pensar en si será por el cansancio o la pesadez de los días transcurridos, recibo un toque en mi hombro que me hace girar de inmediato.

La sorpresa hace que me sobresalte y es Carla quién comienza a reírse como una loca.

—¡Tienes que dejar de hacer eso! —la reprendo.

—Que asustadiza... —Ahora se burla, y yo solo quiero matarla. Un segundo después me mira como si hubiera descubierto un tesoro. Eleva su dedo y señala a mis gafas—. Te quedan bien.

Tú tienes que dejar de hacerme esto, me repito, y esta vez lo pienso porque no soy capaz de decir en voz alta.

—¡Venga! No te quedes ahí parada, quizá te parezca un barrio pequeño, pero hay mucho que descubrir por aquí. ¿Algún itinerario que quieras seguir? —Mi silencio le da la respuesta—. ¿Improvisas todo en la vida?

—Lo cierto es que no, esta es la primera locura que hago desde...

—¿Tu adolescencia? ¿La universidad? —pregunta con insistencia.

—Desde que estuve a punto de casarme a la semana de conocer a mi ex —respondo, sin poder creer haberlo dicho.

—*Wow*, eso no me lo esperaba. —Carla se echa a reír.

Y qué melodía para que las cuerdas de mi alma vibren.

—Puede que sea una abogada bastante seria, profesional, aburrida en algunas ocasiones y

demasiado adicta al trabajo, pero tengo mi punto.

Giro mi rostro y la descubro mirándome, con los deseos por descubrir más bañando el color de sus ojos.

—No estaba equivocada.

—¿En qué? —le pregunto, dejándome guiar por sus pasos.

—Pues en tu trabajo, apenas te conozco, pero tienes esa aura —dice moviendo la mano en círculos.

—¿Aura?

—Ajá. —Carla se detiene y desliza hasta quedar frente a mí.

Parece bailar sobre cada detalle de la vida y descubro que me encanta.

Los ojos se me abren como platos, puedo verlo a través de los suyos. Sonríe, también muerde su labio inferior. Parece meditar algo importante, aunque en realidad me analiza. Repasa cada detalle de mi rostro, mi figura, la ropa que llevo, los rizos cayendo sobre los hombros, el mechón rebelde que aparta de las gafas.

¿Alguna vez el tiempo se ha detenido de una forma más clara?

Es lo que experimento cuando sus dedos se convierten en un sueño nocturno en pleno día, acariciándome, abriéndose paso en cada curva oculta de mi cuerpo. Reparando las piezas rotas y desperdigadas de un corazón que ha explotado mil veces y un millón más. Su sonrisa tiene el poder curativo de una tormenta que descarga toda su furia sobre un campo que horas después se baña en tonos de esperanza y nueva vida.

—Tu presencia destila seriedad —añade enseguida. ¿Seguro que sigo aquí y esto no es producto de mi imaginación?—. Y el ceño se te frunce demasiado, aunque es agradable. Eres un poco cortante, pero a la vez nerviosa, eso me dice que estás acostumbrada a una forma de vida que aquí está claro que no tienes. Pero no hay nada de malo en ello, a veces así son las cosas y lo mejor que podemos hacer es intentar navegar entre todo tipo de olas.

—¿Te ha pasado? —pregunto—, quiero decir, ¿también has tenido que improvisar después de caer inesperadamente?

Carla se encoge de hombros, la veo asentir, pero no me responde.

—Nunca podemos estar seguros de todo.

Dice sin más, y aunque odio perder la cercanía de sus ojos, agradezco que vuelva a mi lado y eche a andar.

Yo la acompaño, no sé ni cómo puedo mantenerme en pie, pero lo hago. Las piernas me responden temblando, todo mi cuerpo lo hace y me odio por no ser capaz de contener algo que debería estar tan en orden como una vez logré hacer con cada detalle de mi presente ya pasado. Suspiro y rezo para que no se dé cuenta. Parezco haberlo conseguido porque Carla se concentra en todo lo que hay frente a nosotras, y yo tengo que lamentar otra vez no estar prestando atención a nada. Un par de calles se pierden a nuestra espalda junto a la iglesia antes de llegar a

Talbot donde alcanzo a leer *Rough Trade* en letras negras sobre una hermosa pared blanca.

En diez minutos ha conseguido que me quede muda dos veces. ¡Dos! Y la maldigo por eso.

—Tienes ante ti el paraíso de la buena música —anuncia con una expresión digna de recordar para siempre—. No sé cómo será en San Francisco, pero... mejor que lo veas con tus propios ojos.

Carla tira de mí, cruzamos la calle y cuando estamos frente al pequeño local de paredes bañadas en negro, abre la puerta permitiendo que yo sea la primera en caminar al interior.

Las manos viajan hacia mis bolsillos.

Echo un pequeño y rápido vistazo a mi alrededor, hay vinilos en las paredes acompañando a carteles de *shows* y fotografías antiguas que me llevan al recuerdo de mi propio dormitorio. Blanco y negro, siempre blanco y negro. La gente se agolpa en el interior moviéndose sin prisa entre las diferentes estanterías y expositores. De repente siento vacío y frío, hasta que ella vuelve a mi lado, tan sonriente y bella como el sol bañando un intenso mar.

—¿Sorprendida? —Yo asiento y ella sonrío más—. Ahora ven.

Carla abre ante mí la puerta hacia un bosque al que me adentro sin miedo y en el que busco los colores más inusuales en forma de una música que parece habernos unido de improviso.

Como las flores y las palabras torpes en mitad del camino.

—*The Prisoner* ... —susurro cuando encuentro el vinilo de Herbie Hancock, lo cojo entre las manos tan delicadamente como una vez quise tocar el pétalo que descubrió la magia ante mí—. ¿Sabías que fue el último que saco bajo el sello *Blue Note* ?

—Ahora sí —responde y paso por alto el guiño que me dedica.

Siento el movimiento de las personas a mi espalda, pero hasta eso se queda en nada cuando los dedos de Carla buscan y buscan hasta encontrar los grises de *Embraceable You* .

—El primero que escuché, y culparé a Tony de esto. Tienes que llevártelo, Chet Baker es...

—Majestuoso —la interrumpo.

Y su rostro se ilumina.

—Así que lo del jazz no era simple fachada, parece que te corre por las venas ¿eh? —Me encojo de hombros, como si quisiera restarle importancia a un detalle que nos ha unido sin apenas darnos cuenta—. Entonces, tengo una propuesta para ti.

Los vinilos están a punto de caérseme de las manos.

Por suerte, mis reflejos están alerta.

No sé qué clase de bomba está dispuesta a lanzar, y es que en su rostro ya soy capaz de leer muchas cosas y a la vez ninguna. La duda me asalta, me pone nerviosa ¿qué en ella no lo

hace? Empiezo a sudar y me abrazo a la música con tal de mantener la entereza.

—Los sábados nos reunimos en casa, ya sabes, una cena familiar por así decirlo. Comentamos el recital de Tony y los chicos, vemos alguna película, a veces nos odiamos después de unas cuantas partidas a varios juegos de mesa. Podrías venir, pondremos algo de jazz. Lo vas a pasar bien, te lo aseguro.

Sé que añade lo último cuando ve mi expresión.

No sé si es sorpresa, alegría, pánico o un conjunto de todo jugando en mi contra.

Me quedo en silencio, pensando algo que no tengo por qué reflexionar. El corazón me lo pide, mi alma, la mente, incluso el cuerpo comienza a responder antes de que yo pueda decir nada.

—Estaría bien —digo, la voz me suena sin entusiasmo, aunque sé que es producto de los nervios—. La verdad es que me encantaría.

Y ahora sí sonrío.

Asiento y carraspeo, hago de todo menos mirarla a los ojos, al menos hasta que veo lo que tengo entre manos y recuerdo el lugar donde estamos.

—¿Pagamos esto y tomamos un poco de aire? Hoy no me encuentro muy bien —casi le suplico.

—Claro, la tienda no se va a mover de aquí. Otro día volveremos al paraíso —comenta con la seguridad que a mí me falta.

Diez segundos después agradezco la caricia del aire fresco. Ella camina a mi lado, en silencio, pensativa, aunque no deja que se le note demasiado. Ahora que la miro me fijo en sus ojos hinchados y cansados. Su expresión viaja constantemente desde la felicidad a un estado de melancolía que no desaparece ni cuando sonrío, como ahora. Se dispersa y el alma parece escapársele a pasos agigantados del cuerpo. Quiero ir tras ella, abrazarla y volver a recomponer aquello que se esté rompiendo en su interior.

Carla tropieza y la veo al punto del desmayo.

—¿Estás bien?

La sorpresa baña su rostro.

—El contraste de temperatura, no te preocupes. —Niega rápidamente y aunque intento mantener la calma no puedo evitar estarlo—. Sé de un lugar que te gustará así que venga, no perdamos más tiempo.

Pronuncia la palabra mágica que dicta el presente, pasado y futuro, aunque a lo último no suelo prestarle atención. Sin embargo, todas las veces que ha dicho “tiempo”, he sido capaz de notar cierta profundidad, un extraño sentimiento, como si de repente lo que la rodea se le fuera a escapar de las manos. La miro, veo su perfil e intento viajar más allá de una mirada donde se reflejan los colores más pintorescos, pero a la vez una especie de nubarrón a punto de dejar caer todas las penas del mundo. Carla tira de mi brazo y yo reacciono siguiendo sus pasos en completo silencio, en este instante no puedo aspirar a más que ser dos sombras sobre el asfalto.

Y eso está bien.

Quince minutos después y tras recorrer Ladbroke Grove damos de lleno con la entrada de Holland Park.

El silencio que hemos mantenido durante el recorrido se rompe cuando un sonido extraño se escapa de entre mis labios. Lo identifico como un grito de sorpresa, pero no sé si así está bien definido. Seguro que es la mezcla de la belleza ante el descubrimiento y la pena al no saberme parte de este universo antes.

—Qué, ¿te gusta?

Apenas hemos recorrido unos pocos metros y ya asiento como si no quedara nada más por ver.

Y de repente el invierno se baña de colores primavera frente a mí. Los árboles y colores dejan un característico y especial reflejo sobre las aguas del jardín japonés al que me adentro como un soñador se baña de historias entre páginas de un libro de fantasía. Giro mi rostro y veo en los ojos de Carla las hojas en marrón, ahí se convierten en pinceladas de amor y libertad. Muerdo mi labio inferior y me adentro de lleno a un alma con la capacidad de hacer explotar millones de colores y sentimientos en mi corazón. Desde esa inseguridad que te hace salir corriendo hasta ese amor que es capaz de mover cimientos.

—Ven, vamos a sentarnos —me pide con un hilo de voz.

Agradezco que sea ella quién hable, porque de lo contrario no se bien que habría hecho.

O sí.

El camino en piedra está vacío, no hay nadie a nuestro alrededor, así que es el sitio perfecto para que ambas nos quedemos ahí, observando una pequeña cascada mientras intentamos descifrar el reflejo de nuestros rostros entre el agua y la espuma.

—¿Qué es lo que te ha traído aquí? —pregunta, apoya el codo sobre una rodilla y deja caer su rostro en la mano, mirándome como un gato curiosear su nuevo hogar—. Quiero decir, no parece que estés en la ciudad por vacaciones y ya está.

—¿Tanto se me nota?

—El corazón habla a través de los ojos.

Tiene razón.

—La versión resumida es que esperaba ser ascendida en el trabajo y no lo conseguí —lamento con la tristeza bañándome por completo.

—¿Y lo que no quieres contar?

No sé porque insiste, aunque no es eso lo que denotó en el tono de su voz. Es interés sincero, ganas de conocer, abrir con los dedos las rendijas que me componen para intentar darles cura al tacto.

—Estoy rodeada de gente que no encaja con mis aspiraciones o forma de entender la vida.

Carla se mantiene en silencio, no dice nada, dándome pie a continuar.

—No estoy casada, no tengo hijos y nunca cumpliré con las expectativas en las que ellos creen. Jamás pensé que en estos tiempos todavía tuviéramos que esconder lo que somos o a quién amamos para llegar a conseguir una aspiración profesional —explico con rabia.

—Entiendo, y ¿por qué no lo dejas? — me dice con suma facilidad.

—Porque no es tan sencillo dar un portado a diez años de mi vida.

—Yo creo que si estás aquí es porque ya lo has hecho —asegura.

En su rostro se dibuja un gesto victorioso, sonrío y mira al frente. Después se encoje de hombros y juguetea con el pelo que le cae tras la oreja, su melena rubia y corta se mueve al golpe de la ligera brisa que nos rodea y cuando creo que su mano está dispuesta a arreglar ese desastre, en realidad se dedica a reconstruir otro peor.

—En mi opinión tienes que pensar bien lo que quieres, Julia. A veces, cuando creemos que hemos perdido absolutamente todo, lo que realmente quiere decirnos la vida es que podemos volver a empezar —dice, y a continuación caigo en derrota frente a un simple acto.

Las luces y colores se levantan y arremolinan a mi alrededor cuando los dedos de su mano derecha me acarician el cuello. Saboreo la avellana escondida en el verde de sus ojos puestos sobre los míos, el tiempo se detiene y mi cuerpo se desvanece sobre un baño de hojas caídas en las que sonrío y creo estar viendo un cielo bañado de estrellas fugaces. No sé cómo puede ocurrir algo así, pero pasa. Una caricia para reanimar a un corazón moribundo que vuelve a nacer.

Bésala .

Me pido, mi alma lo grita y al latido de un corazón me acerco, pero la vida se interpone y el tiempo o el destino nos pide esperar en forma de una hoja que cae con fuerza y va directa contra mi cara, reproduciendo una canción formada de carcajadas.

Entonces, suspiro.

No la he besado, pero verla reír es lo más parecido a tocar el paraíso.

PAREDES CAÍDAS

Hay ilusión más allá de lo que es sentir amor cuando el deseo por dar a conocer tu felicidad te recorre por dentro. Un cúmulo de emociones desconcertantes y a la vez maravillosas. Lo identifico como una mezcla de sabores extraños que terminan por convertirse en tu adicción favorita tras probar bocado, y sí, también es cierto que siempre he creído que el ser humano se compone de un millón de aventuras y desventuras, pero justo esas son las experiencias que moldean tu alma con el paso de los años. Común o inesperadamente, no importa. Digamos que en algún punto del camino desee que todas estuvieran formadas de horas con sonrisas o recuerdos de amaneceres eternos, pero la realidad no es así, aunque lo queramos con ahínco. Y no pasa nada, porque después de tanto tiempo he rebuscado en el cajón que es mi corazón y recordado como he sobrevivido y continuado a pesar de las fotografías rotas, puertas cerradas y la desaparición de aquellos pilares que debieron sujetar la entereza de mi alma.

Todo, absolutamente todo, es la razón o consecuencia del por qué estoy aquí, mirando a través de una ventana con un velo de lluvia que muestra verdad y la cura necesaria para avanzar. Mis dedos están clavados en el cristal, descifrando las curvas de un reflejo que no es más que mi rostro perdido entre recuerdos y el dolor por el que una vez, hasta yo misma me culpé.

Al cerrar los ojos puedo echar un vistazo a unos cuantos años atrás, en horas de segundos perfectos y minutos dónde ni la tormenta más peligrosa podía aplacar el sol con el que yo veía hacia un día más. Allá por junio de 2013, conducía el viejo coche que me acompañó desde el primer día de universidad, sobre el capó de azul casi negro pude saborear el reflejo de árboles y siluetas, la existencia en sí misma. Recorrí varios kilómetros al sonido de la radio, con la ilusión puesta en los labios y ciertos nervios instalados en mi corazón. No tardé demasiado en llegar, recuerdo como miré al frente y lo aparqué delante de la puerta de un hogar donde todo fue felicidad hasta que simplemente dejó de serlo. Y ahí, en mi propia soledad, tardé un par de segundos de más en apagar el motor, tomé aire y después me quité el cinturón de seguridad para atravesar el corto camino de piedra y césped, permitiéndome llamar al timbre cinco segundos después. *Pum, pum, pum*. Esperé en silencio, lo hice con la incertidumbre hundiéndome los pies, hasta que por fin escuché ese característico sonido de zapatillas arrastrando que jamás podría apartar de mis recuerdos.

—Julia, ¿qué haces aquí? —Mi madre abrió la puerta con claro gesto de sorpresa.

—Quiero contaros algo —le dije.

Se formó el silencio durante más tiempo del que deseé, pero finalmente se apartó y me dejó entrar. Al hacerlo pude escuchar el televisor y eso me dejó un nudo en la garganta. Papá estaba sentado en el sofá, mirando al punto donde yo me encontraba. Él suspiró, yo también lo

hice, tuve miedo de caminar y aunque tardé en conseguirlo lo cierto es que sentí alivio cuando me deshice de la chaqueta y finalmente me decidí a recorrer el espacio que nos separaba.

Nada comparado con lo lejos que se encontraba mi corazón con respecto al suyo.

No hubo besos ni abrazos, tampoco gestos de cariño. Ya no quedaba nada entre nosotros, salvo palabras vacías escondidas entre bocanadas de aire.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó él.

Lo hizo con su característico desprecio —no sé si fingido—, mirando una película cualquiera con tal de no prestarme atención. Endureció su gesto y pude ver las facciones marcadas de una cara que una vez me observó bañada de absoluta felicidad.

Inmediatamente fui consciente de mi error.

—Va bien papá, va bien. Pero en realidad no he venido por eso —respondí y me senté en el sofá, al otro extremo del lugar donde él estaba e intentando no morir en el proceso de comunicarles la gran “noticia”—. Hay algo importante que quiero deciros.

Mamá mostró una pequeña sonrisa, tenía los nervios puestos en los dedos que no hacían más que acariciar la tela de su pantalón.

—Me caso la semana que viene, y esperaba que los dos estuvierais ahí, conmigo.

Nadie dijo nada. Miré a mi madre, después a mi padre y decidí continuar.

—Ella se llama Sophia, es periodista y...

—Cállate. —La voz de él arrasó con las paredes de nuestro hogar, aunque ese lugar para mí ya no tenía tal significado. Tiró el mando sobre la mesa y se puso de pie. Ya esperaba su reacción, sin embargo, lo que vino a continuación terminó por romper la poca admiración que aún sentía por él—. No pienses ni por un segundo que seré testigo de esa aberración.

Me pregunté en qué momento decidí acudir a ellos cuando yo misma sabía lo que obtendría a cambio de lo que vine a pedir. Pero, aun así, lo intenté. Porque así era yo, una mujer que de vez en cuando vivía de esperanzas puestas en aquellos que amaba a pesar del dolor.

—¿Qué?

—Julia, déjalo. —Mamá llevó la mano a mi pecho cuando imité a mi padre y avancé, quedándome a un par de metros de él.

—¿Qué lo deje? ¿Estás mal de la cabeza? —grité, mordiéndome con fuerza el labio hasta que estallé—. ¡Él lo es!

—Ten un poco de respeto por el lugar dónde estás o te echaré a patadas de mi casa.

—No me lo puedo creer... —susurré—. ¿Cuál es tu puto problema? ¿Eh? ¿Eres mi padre, joder!

Encaré su mirada y entonces lo vi, pude leer perfectamente el asco que sentía por mí y todo lo que tenía que ver con este tema, como si amar resultara peor que un asesinato o un acto terrorista. Miré a mi alrededor, en un intento por verme a mí misma plantada en el mismo lugar,

riendo ante las bromas de mi padre, jugando de pequeña. Imágenes que una vez decoraron marcos en muebles y que ahora ya no estaban, como si yo hubiera desaparecido por completo de sus vidas.

Quise gritar, pero no lo hice a pesar de tener la rabia instalada en los ojos y en la boca, con deseos de escupir todo pensamiento.

Mamá vino a mi lado, me agarró del brazo y yo la rechacé con brusquedad.

—¿De verdad lo apoyas? —La miré a los ojos y esta vez, sí me atreví a preguntar.

—Hija, tienes que entender que...

—¿Qué? ¿Qué tengo que entender? —grité—. ¿Qué mis padres son unos homófobos? ¿Qué en vez de estar felices por mí, me han hecho sentir como un monstruo todos estos años?

Aquello le partió el corazón, lo supe en cuanto fui a parar a sus ojos.

Pero a mí me dolió más el silencio, la defensa a ciegas hacia un hombre que una vez lo fue todo. Miré al suelo y vi nuestras sombras en conjunto. De nuestra familia ya no quedaba nada más que recuerdos de lo que fue antes de destruirse por completo. Uno a uno, los cimientos cayeron y se volatilizaron frente a mí, como la arena se pierde a golpe del viento. ¿Puede el amor desaparecer? ¿Puede desgastarse hasta convertirse en odio? Los ojos marrones de mi padre hablaron más de lo que podría haber añadido segundos después. Allí, entre paredes de color tierra, flores y el eco de lo que una vez fue mi risa en tiempos de inocencia me dije que no volvería a pisar ese lugar, y ya no lo hice más.

—Julia espera...

Mi padre dio un portazo al entrar a su despacho, y ella... bueno, la verdad es que me rendí a la idea de pedirle algo más.

Únicamente alcancé a girarme, a ver la profundidad de mi rostro sobre sus ojos y después le entregué una sonrisa fingida, en un intento por no demostrar ante ella lo destrozada que me sentía. Ella, mi madre, con su piel tan parecía a la mía —aunque algo más oscura— era como mirarse a un espejo, teníamos grabado en el alma la lucha de unos antepasados que a día de hoy aún tenían que pelear por sus derechos. Como yo. Sus dedos alcanzaron a acariciar mi pelo, sedoso y rizado, igual que el suyo. Hizo el amago de darme un abrazo, pero yo la rechacé sin pensarlo.

—No mamá, ya es suficiente. Me ha quedado claro. Sé lo que soy para vosotros.

Nada, absolutamente nada, pensé. Escuché el llanto atrapado en su garganta, pero no le presenté atención. Hubiera preferido que el tiempo me borrara la memoria, todo menos tener que soportar a un padre mirándome de la forma que lo hizo antes de desaparecer. El cuerpo me tembló, juré derrumbarme ante la presencia de mi madre, ahí mismo, sin opción a más. Por suerte recogí el dolor, lo guardé bien adentro y me di la opción de caminar hacia la puerta, dejándola entre las sombras, con el corazón compungido y un millón de sensaciones contradictorias tomando el control de sus acciones, paralizándola de pies a cabeza. Impidiéndole que en algún punto de mi recorrido hacia la salida hiciera algo, solo algo, con tal de demostrar que a pesar de todo me amaba.

Pero no lo hizo, no lo hizo y tuve que luchar para no hundirme antes de cerrar la puerta, sin mirar atrás ni proclamar algún ruego.

Bajo los rayos del sol vi el último resquicio de la unión entre mis padres y yo. Caminé y me introduje de lleno hacia el Ford Mustang del 80 dónde no solo acaricié volante y cuero. En silencio me abracé a cada uno de mis recuerdos, lloré al arrancar el motor y cuando apoyé el pie en el acelerador me di cuenta de que sí, hasta tu propia sangre puede envenenarte y matar por dentro.

PAREDES CON CARICIAS DE HISTORIA

Mientras bajo los escalones de la estación de Paddington me doy cuenta de que la palabra “turista” no entra en la definición del cómo me siento cuando recorro diferentes puntos de todo Londres. Ahora mismo estoy atravesando la línea Bakerloo a la espera de que el color rojo del tren se pinte y pare frente a mí, e irremediamente pienso en San Francisco, su funicular y la magia que a este le rodea. Aunque haya formas de pago mucho fáciles, he preferido ir a la antigua y comprar una tarjeta de viaje para poder moverme en total libertad sin más dolores de cabeza de los que ya cargo. Echo muchas cosas de menos, pero lo cierto es que también he encontrado otras razones por las que creer que esta ciudad, está dejando toda su esencia en mí.

Escucho el traqueteo de fondo, y cuando mi chaqueta gris se pinta sobre el cristal de la puerta, espero a que esta se abra para encontrarme con un vagón pequeño y semi vacío. Mi mano derecha aparta un mechón que guardo tras la oreja, tomo asiento y en silencio espero a que las siete paradas de distancia por el andén cuatro lleguen a pleno centro de la ciudad. Cuando dejo atrás las vías, tengo una visita pendiente con la Galería Nacional, pero mi antojo por dulce y café cambian por completo el recorrido, así que camino en busca de ese paraíso hasta que una voz a mi espalda me sorprende, hace que me gire y vea a ese ángel caído sobre la tierra.

Mr. S se planta ante mí con su sonrisa de arrugas y yo caigo entre sus brazos como si en vez de adulta fuera una niña perdida.

—Dos veces en menos de una semana, esto tiene que significar algo —le digo cuando me separo y observo el baño del océano en su mirada.

—Querida, la vida siempre puede llegar a sorprenderte —responde con elegancia.

—¿Qué haces por aquí? Pensé que vivías en Notting Hill.

—Yo vivo en todas partes, y en ninguna a la vez, aunque mi casa está a unos minutos de aquí. —Señala con la mirada, y la verdad es que no logro identificar el lugar.

—Eres un hombre muy raro ¿sabes? —le digo, sonrío y echo un vistazo a nuestro alrededor—. Ven, te invito a un café, hay algo que quiero contarte.

Aunque tengo miedo al rechazo, no se niega y al segundo estoy caminando a su lado, agarrada al brazo de él y compartiendo risas como si ambos nos conociéramos de toda la vida, o el alma de mi abuela estuviera en su interior.

Quizá así sea.

Puede que haya almas conectadas en la lejanía, como amores separados por el tiempo,

pero destinados a cuidarse y amarse en pensamiento.

La cafetería que forma parte del museo es como encontrar un pedazo de no tiempo entre el pasado y lo que ahora vivimos. Abro la puerta y decido ir a una mesa tranquila, quizá la más alejada, ahí donde el sonido se vuelve pausa y el aroma a café se mezcla con historia. Mr. S se sienta frente a mí, con cuidado se deshace de la chaqueta y el gorro que cubre su pelo de un intenso gris. No sé por qué, al mirarle me recuerda tanto a ella.

—Tomaré uno largo, necesito despertar un poco mis sentidos —declara.

—¿No deberías cuidar la cafeína? —bromeo, aunque haya sido yo quien ha lanzado la invitación.

Cuando el camarero llega pido el café para él, un mocca para mí y otra buena ración de dulces recién salidos del horno.

El joven se marcha en silencio y en el momento en que nos encontramos a solas es cuando Mr. S se lanza a un “ataque” sin opción a evitarlo, con ese interés que busqué en el pasado y que ahora soy capaz de apreciar con total sinceridad.

—Ahora habla, siento que tienes mil aventuras que contar.

—Si yo te dijera... —Mis dos manos van a parar a mi pelo, lo arreglo un poco y le miro con una sonrisa—. Tenías razón, Portobello solo ha sido el principio.

Antes de continuar, me quito la chaqueta, coloco bien el jersey negro que llevo puesto y dejo el bolso apoyado sobre la silla.

—He conocido a alguien —le digo, pensando en Carla, consciente de cómo el rostro se me ilumina.

—¿Y?

—Pues que he venido aquí por vacaciones... y la verdad es que estoy hecha un lío. Todo está pasando demasiado rápido y yo, no creo poder lidiar con algo así en este momento.

—Mi niña, la vida no está hecha para que nos neguemos a ella. —Él me mira, lo hace como una vez hizo mi abuela en un intento por darme consuelo—. Yo creo que si está sucediendo es porque así debe de ser. ¿Vas a luchar en contra de lo que el presente tiene por ofrecerte?

—No lo sé —dudo, aunque en realidad lo tengo claro.

—Ambos sabemos que no lo harás. ¿Qué es lo que más te preocupa?

—El miedo al fracaso, perder todo lo que construí con tanto esfuerzo, que esto sea mi imaginación, equivocarme, mi madre, las conversaciones que tengo pendientes. ¿Puedo seguir?

No puedo creer estar viendo en esas arrugas la misma sonrisa que tuve en un pasado en el que me sentí totalmente perdida. Me pregunto si debe estar aquí, mirándome tan de cerca como yo puedo ver el reflejo de mi rostro sobre los ojos de un tesoro para la vida. La nostalgia me abraza, acaricia mi piel con la misma elegancia que aquellas manos me abrazaron en el pasado. Su risa es como un canto al amanecer, Mr. S agradece al muchacho por su café y decide tomar la

taza entre las manos. Esta tiembla en dirección a sus labios. Yo me quedo observándole como si en vez de vivirlo realmente tuviera frente a mí una ilusión de la que voy a despertar en algún momento. Por eso, en el fondo agradezco no estar soñando, y aunque no se lo transmito en palabras, sí lo hago sonriendo.

—Empecemos por quién te arranca suspiros.

—Carla, la maldita Carla Abney. —Finjo molestia. Cuando la nombro temo la sorpresa o más bien el rechazo, pero no hay detalle en su expresión que me obligue a dejar de hablar—. Es espontánea, alegre, aunque algo melancólica. Siento que le ocurre algo, que está un poco perdida en la vida, quizá como yo, y puede que sea eso lo que más me atrae de ella. Eso y la locura que la compone.

Le cuento todo, sin dejarme detalle alguno. Desde la vieja furgoneta *Lila* hasta la última caricia que hemos compartido. Y mientras hablo confirmo lo que me dice el corazón, que para el amor no hay medida ni tiempo en concreto, que a veces llega sin previo aviso, te golpea y se expande como lo hacen las ondas en las aguas de un lago, con fuerza y la intención de quedarse para siempre en tu recuerdo.

Hay dos segundos de silencio, su mano sobre la mía y una sonrisa en los labios.

—No hagas que tus miedos te lleven a correr lejos de lo que debes vivir, porque jamás te lo llegarás a perdonar. —Noto como a él le tiembla la voz, siendo capaz de ver la profundidad y el verdadero significado en esas palabras.

—Te ha pasado ¿verdad? —le pregunto, aunque poco después me arrepiento—. Perdona, no es de mi incumbencia.

—¿Alguna vez te has planteado que es vivir realmente?

Su pregunta deja en mi mente una especie de caos que no sé descifrar. Las palabras se enredan como la lana mal ovillada, no sé dónde encontrar el principio, ni tampoco el final de lo que debería responder.

—Vivir no es ir a lo seguro —declara, guarda la taza de café entre las manos y me mira con total atención—. Es tropezarse, temblar ante las inseguridades, llorar, gritar de dolor, es perder el control y ver la derrota de cerca para entender que es la victoria. Es una fuerte tormenta, la tempestad antes de la calma. Un huracán que te absorbe y te hace valorar el verdadero sentido de las cosas.

—Dicho así, hasta da miedo —admito ante él, intentando beber de mi café.

—¿Y no es el miedo lo que nos hace replantear que es lo que realmente queremos?

El sabor a chocolate se me queda pegado en los labios, noto el fuerte amargo, mezclado con la dulzura y esbozo una tonta sonrisa. Esta se cubre tras la porcelana, e irremediamente niego.

—Ojalá te hubiera encontrado antes. —Suspiro, pero esta vez lo hago de felicidad.

—Tenías que tomar un avión para poder hacerlo.

Ambos nos unimos a un coro de risas que recorren la cafetería. El sonido es como la

historia que se impregna en las paredes y acaricia el lugar de la misma forma que sus ojos lo hacen con todo lo que compone mi alma.

—¿Sabes qué es lo más triste? —le digo, dejando la taza sobre el platillo. Hay un dulce que llama mi atención cuando el camarero está de vuelta. Tiene hojaldre y una capa de miel que se me queda pegada en los dedos. Le doy un pequeño bocado y me veo en el paraíso antes de volver al infierno de mis pensamientos—. Que seas tú y no mi familia quién me brinde este apoyo y comprensión.

Un velo de melancolía me baña la mirada, puedo alcanzar a verlo en los ojos azules de él. *Poetry* de Wrabel suena y la siento como un mensaje directo al corazón.

—¿Alguna vez les has preguntado por qué? La razón como tal —me dice.

—¿Tiene explicación que te rechacen solo por quién has elegido amar?

—Aunque no lo creamos, todo tiene una explicación —añade, y veo verdad en esas palabras.

Tengo frente a mí a ochenta años de sabiduría, secretos y encontronazos con la vida. Sé que no estoy en posición de negar algo o no creerle porque su piel es una enorme cicatriz que se extiende a lo largo de su cuerpo, representando instantes que yo jamás llegaré a comprender o siquiera, experimentar.

La vergüenza se instala en mis mejillas. Muerdo mi labio inferior y entonces me pregunto si tendrá o no razón.

—Mi padre me odia, él cree que soy un mal para este mundo. No creo poder disculpar ese hecho jamás.

—Pero yo no he dicho que le perdones, Julia. —De nuevo ríe y creo estar viendo a mi propia conciencia entre debates y desarreglos con el presente—. Lo que quiero decir es que las personas, aunque actúen de forma incomprensible, siempre están compuestos de un por qué. Yo sé que amas sinceramente, veo luz en esos ojos llenos de tristeza, creo que tienes un espíritu fuerte, aunque no seas capaz de verlo y sientas que el vaso está medio vacío. Mi querida nieta fue una vez como tú.

Los ojos se le bañan en lágrimas, me quedo boquiabierta. El corazón comienza a latirme a toda prisa, y entonces caigo en la realidad de una situación que no había esperado.

—Lo siento mucho...

Él niega.

—Esto es la vida, y el amor —añade—. Amar es amar y nada más, pero entre medias, podemos intentar encontrar la respuesta a nuestras dudas y los motivos del por qué. Si esa es la única forma en la que lograrás respirar, mi niña, tienes que dar un paso al frente, sin arrepentimientos. Aunque te choques con un millón de muros.

Paredes que sé que debo atravesar y destruir en algún punto del futuro.

He dejado la cafetería con una revolución por corazón y aunque a primera hora mis ganas de visitar la Galería Nacional estaban en alza, ahora solo quiero caminar, caminar y pensar, ver que pasará, aunque tengo claro que no puedo saberlo ni lo sabré hasta que me encuentre de cara con lo que sea que va a suceder.

A pesar de la insistencia, Mr. S no ha querido que lo acompañe. Desde el punto en el que me encuentro todavía puedo verle andar con una ligera cojera en su pierna derecha. Por un momento temo parpadear y perderle de vista para siempre, el hecho de no volverle a encontrar me encoge el alma, aunque me ha prometido que Notting Hill será un lugar de reencuentro en algún punto, solo si antes soy capaz de poner todo en orden. ¿Le entiendo? Claro que no, pero sonrío con sinceridad porque esta es la esencia de nuestra relación.

—Ojalá el cielo ilumine tus pasos muchos años más —pido, me giro y empiezo a caminar.

Trafalgar Square se baña de colores gracias al cúmulo de personas que vienen y van. Hay niños corriendo con padres que lo hacen detrás, abuelos que como Mr. S pasean tomándose el tiempo con calma, así como debe ser. Yo me encuentro en un punto céntrico, siendo una más de tantos, un ser insignificante para lo que es el mundo en general, pero no menos importante para dar sentido a la existencia de esta realidad.

Busco en mi bolso el teléfono, me pongo los auriculares y dejo que el reproductor suene. *Run to You* de Lea Michele baña mis oídos con una melodía a piano compuesta de pura verdad. Suspiro y busco en la pantalla el símbolo del WhatsApp para abrirlo y leer otra vez el mensaje de mamá.

Ya sé lo que ha ocurrido, espero que estés bien.

Vuelvo a leer y sin pensarlo, me pongo a escribir.

La verdad es que no, no lo estoy, si quieres más tarde podemos hablar.

Tecleo y envío el mensaje, sintiendo un alivio inesperado por el que me culpo antes de dar un vistazo al frente. Con los ánimos por el suelo y deseos de volver al apartamento busco el primer supermercado cercano y me dirijo por la calle Duncannon a Sainsbury's, dónde espero comprar lo suficiente para no tener que volver a mi teléfono loco, entre la búsqueda de ubicaciones y líneas de metro que coger.

Si hubieras planificado todo mejor no tendrías este problema , pienso.

Y caigo en la cuenta de cómo he cambiado en los últimos días, porque en realidad sí creía tener todo previsto cuando cogí el avión desde San Francisco.

En el interior del supermercado voy directa a la sección de frescos lamentando encontrar grandes diferencias con respecto a mi ciudad. Echo de menos ver la mezcla de colores entre cajas y largos pasillos, también el aroma de la sección floral, pero me doy por vencida ante el día. Nada fanática de los productos envasados, tengo que conformarme con algunos productos y me apunto en mi lista mental encontrar un buen sitio en el mercado de Portobello para satisfacer mi espíritu sin la necesidad de hacer un daño mayor al mundo.

Tras cinco minutos de espera pago con tarjeta y tomo el camino de vuelta a casa, si es que así lo puedo llamar. Lo hago pensando en todo lo que he hablado con Mr. S, con la necesidad de

encontrar pronto la respuesta a cada una de mis preguntas.

Aunque eso signifique caer en la locura.

EN LA VIDA TAMBIÉN EXISTEN ERRORES DE LOS BUENOS

¿Qué es lo que hago aquí? ¿Qué coño estoy haciendo aquí? Mientras ordeno los diferentes ingredientes en el pequeño frigorífico y los armarios dispuestos en la diminuta cocina, no hago más que preguntarme las razones de mi viaje y este supuesto crecimiento personal al que debo enfrentarme. ¿Es necesario? Durante un segundo pienso que sí, al siguiente lo niego y tengo ganas de gritar. Considero que en ciertos aspectos puedo ser una mujer insoportable, eso que llaman bipolar, aunque esté a una gran distancia de la definición científica. Pero ¿que soy insoportable?, sí, podría poner la mano en el fuego. Estoy a punto de reírme de mí misma cuando me giro y apoyo el trasero en la encimera antes de cruzarme de brazos. Necesito un espejo en el que poder mirarme y delinear una sonrisa, aunque uso la imaginación para entregarme ese resquicio de paz.

La cabeza me da vueltas, como si estuviera en plena resaca. ¿De qué? ¿De verdad y amor? ¿De miedo? Tal vez de todo a la vez o nada en concreto.

Qué lío.

Menudo lío tengo en la cabeza.

—Necesito pensar en otra cosa... —me digo.

Y entonces hago lo que me he negado desde hace días. Parece que me guste ir de error en error. En silencio, busco a Thomas entre los contactos y le llamo, aquí son casi las tres de la tarde, así que debe estar despierto.

—¿Julia? —pregunta con la voz queda.

No sé si por la sorpresa o el madrugón.

—¿Cómo va todo por ahí? —pregunto.

Anda, sé más natural si puedes, me recrimino entre pensamientos.

—Como siempre, ¿y tú qué tal? ¿Las vacaciones bien?

—Como deben ir —respondo, quedándome en silencio durante un rato—. Es que... me estaba preguntando si hay algo en lo que pueda ayudar, no sé, ¿algún caso?

—Julia, ¿no deberías pensar en descansar?

—Debería, pero ya me conoces, no puedo. No tan fácilmente.

Thomas se ríe, yo quiero preguntar que le hace tanta gracia, pero termino por omitirlo.

—¿Y bien? —insisto.

—Carl quiere meterse de lleno en un par de negociaciones, le diré a Amber que te haga llegar los contratos comerciales para que los revise. Ya sabes que difícilmente confío en alguien además de ti.

—Y Alexander —le recuerdo.

—Julia...

—No pasa nada, no voy a insistir en algo que no puedo cambiar. Espero el correo, que tengas buen día.

Antes de que pueda hablar cuelgo el teléfono y cinco segundos después deseo estrellarlo contra la pared.

—¿Qué haces aquí Julia? Dime... —hablo para mí misma, aunque no sé ni para qué me lo pregunto.

Voy hacia el “salón” y tomo asiento en una de las sillas. Abro el ordenador portátil y voy directa a los documentos. Más de diez años de carrera como abogada corporativa y laboral a punto de caer en saco roto. Apoyo los codos y dejo que mi rostro caiga entre las manos. Suspiro mientras alcanzo a ver el reflejo de mi pelo alborotado en la pantalla.

El teléfono suena, es un mensaje de mamá.

No puedo pasar otra mañana más sin saber de ti.

Estoy al ordenador, ¿videollamada? Es la única opción que le ofrezco.

La notificación llega un segundo después. En el trascurso intento arreglarme un poco, aunque es evidente que no lo consigo. Me recuerdo poner la mejor sonrisa y cuando mamá aparece en la pantalla la saludo sin pensar.

—¿Cómo es el tiempo por allí? —No me sorprende nada que empiece por ahí.

El tiempo es de lo que todo el mundo habla cuando no se tiene nada qué decir, un extraño salvavidas para momentos de incomodidad.

—Frío, te aconsejo que hagas un cambio de armario si tienes pensado venir aquí algún día. Cuando vuelva necesitaré un par de maletas más.

—¿Será dentro de mucho? —pregunta, como si demostrara algún tipo de interés.

Aunque, extrañamente, sí que lo percibo.

—A finales de febrero, más o menos, aunque la verdad es que estoy replanteándome hacerlo antes.

Se puede leer mucho en las personas a través de una mirada, y la mía grita desesperación y duda, aquello a lo que Mr. S ha dicho que me debo lanzar. El problema es que no sé si tengo la entereza o fortaleza para lograrlo.

—¿Me contarás que ha pasado? —ruega, o es lo que intuyo.

Como una estúpida me quedo mirando a la pantalla. Veo su expresión, siente tanta pena que apenas es capaz de sonreír. Me compadezco de ella y ahí es cuando noto la luz a través de una puerta abierta que nunca he atravesado.

—¿Por qué ha ocurrido todo esto, mamá? —me animo a preguntar—. ¿Qué es lo que hice además de ser yo?

—No hiciste nada, cariño.

—¿Entonces? —insisto, muerdo mi labio inferior y noto como estos me tiemblan.

A ella también le sucede. Es algo que a las dos nos representa cuando estamos nerviosas o la tristeza pinta el trazo de nuestro corazón.

—No puedo justificar las acciones de tu padre, y aunque no lo entienda o apoye su actitud, no puedo dejar de amarle.

—¿Aunque pierdas a tu hija?

—Él también te quiere, a su manera, pero lo hace.

—No sé si puedo creérmelo —ironizo—. Espera...

Voy en busca de un vaso de agua, cuando alcanzo a ver bien la pantalla me doy cuenta que ella ya lo tiene al lado. Ambas somos como piezas de cerámica elaboradas con las mismas manos. Solo nos diferencia las imperfecciones que a lo largo del tiempo se han dibujado gracias a nuestras propias caídas y equivocaciones.

—Me gustaría hacerlo mamá, pero no puedo. Sigo preguntándome por qué —añado cuando vuelvo a mi asiento. En ese momento doy un trago para ocultar la pesadez que siento—. No tenéis idea de cuanta falta me habéis hecho todos estos años. De cómo os he necesitado y te necesito ahora. Me estoy volviendo loca.

—¿Por alguien? —pregunta sin yo esperar. Me quedo en silencio y entonces sonrío—. Cariño...

—No me has respondido. —Mi rostro es serio, tanto como el tono de mi voz.

—Porque no lo sé, no sé por qué ha ocurrido todo esto. No tengo idea de por qué la vida nos pone esta clase de pruebas. Solo sé que no podemos pretender ser piezas iguales o encajar como lo hace un puzzle. Tu padre tiene sus propias convicciones u opiniones, estén bien o mal es algo que yo tengo que respetar, como te respeto a ti y quiero que seas feliz, Julia. Jamás en la vida he deseado algo distinto a tu felicidad, pero no podéis pretender que esté en mitad de todo esto, con una cuerda atada a cada mano, tirando de mi hasta romperme.

Las lágrimas bañan sus ojos.

También los míos.

Sorbo la nariz y me echo a reír, como si fuera esa niña pequeña con las rodillas raspadas después de perder el equilibrio en su monopatín.

Cuando vuelvo a mirarla siento que ya no tengo treinta y seis años. Soy un árbol vulnerable a una tempestad, tengo miedo a romperme y la verdad es que ya lo he hecho.

—Nunca me lo habías dicho —le aclaro.

—¿El qué?

—Que quieres mi felicidad, solo dejaste que saliera por esa puerta, sin más, sin un abrazo, sin nada. —El solo recuerdo, me parte por dentro.

—Y me arrepiento, como no tienes idea cariño. Me encantaría estar allí ahora mismo.

Y a mí también, pienso. No sé porque no lo digo en voz alta.

—No te preocupes —digo a cambio.

Después me meto de lleno en una conversación donde admito todo lo que ha ocurrido. El rostro se le desencaja cuando le digo lo que ha pasado en Nolan Law. En su mirada se perfila la decepción, no solo por ellos sino ante el mundo porque como yo, mamá piensa que nada debería impedir que una mujer logre su objetivo personal. Me encojo de hombros e intento tomarlo con filosofía. Mientras tanto, guardo un par de consejos en los que espero meditar próximamente.

Y finalmente llega Carla, con su Volkswagen viejo, blanco y amarillo, el cubo de flores, su pelo rozándole el cuello y esa soltura que en algunas ocasiones se tiñe de gris. Ahora que me veo sobre la pantalla puedo darme cuenta de cómo mis ojos se convierten en un mar de emociones. Quiero controlarlo, pero no puedo y lo cierto es que ya no sé si estoy en posición de evitarlo.

—¿Crees que es un error darte la oportunidad de sentir? —me dice mamá.

Dibujo una mueca mientras muerdo mi labio inferior. No lo sé, eso es lo primero que me digo. En una postura más cómoda, pongo el pie derecho en el asiento y me aferro a la pierna para intentar que mis manos no desaten sus nervios en cualquier parte.

—Creo que no es algo que quiera que pase.

—Cariño, eso no lo puedes controlar. ¿Lo hiciste con Sophia? ¿Con la elección de tu carrera? Y así podría continuar. Aunque ahora parezca que eres una controladora...

—Mamá... —me quejo.

Ella se echa a reír, y yo la acompaño. Después, carraspea.

—Aunque ahora parezca que eres una controladora —repite para que me quede claro—, tú siempre te has movido por impulsos. Cada instante de tu vida has hecho lo que el corazón te ha pedido, has tomado caminos muy distintos al que escogería una persona que medita todo con cuidado y exactitud. Y es cierto, te has roto los huesos y el alma en mil pedazos, pero ¿la vida no se compone de páginas rotas, libros desgastados o de errores de los buenos?

En ese discurso sé bien reconocer las razones por las que habla en ese sentido, porque lo ha vivido en su propia piel, y también me lo confirma con la mirada y la continuidad de unas palabras que me llegan hondo.

—De los peores errores te arrepientes, sabes que no volverías a cometerlos. Pero de los

mejores también obtienes experiencias de vida. Créeme, un error bueno puede derivar en infinitos momentos de felicidad.

—Gracias mamá. Me siento como en plena adolescencia —le recuerdo casi en broma, evocando aquellos recuerdos.

—Así es el amor cuando renueva todo lo que toca, te hace experimentar cada instante como si te rozase los labios por primera vez.

—Tenía que ser aquí... no puedo creer mi mala suerte. —Formo un puchero, casi fingido pero real, tanto como lo es el color de mi piel o el tono de mis ojos.

—¿Y si en realidad es buena suerte?

Eso me deja pensativa, medito a qué puede referirse y entonces llegan todos los por qué. Las preguntas al por qué he viajado, por qué he dejado el trabajo, por qué de estas vacaciones, por qué, por qué y por qué. Me veo a mí misma, hace unos días, cuando decidí llevar el índice como una tonta creyente del destino hacia el globo terráqueo para que el giro rápido de mi presente cambiara su curso de inmediato. Y lo hizo, abruptamente y de una forma totalmente inesperada e inconsciente.

—Piénsatelo, disfruta de tu estancia en Notting Hill, déjate llevar y haz todo lo que te pida el corazón. ¿De acuerdo?

De fondo, escucho el sonido de la puerta.

—Ya tienes que irte, ¿verdad? —Cuando asiente no tengo más remedio que sonreír mientras saludo a la cámara—. Dale un beso de mi parte, aunque lo rechace de inmediato.

Bromeo, mamá pone los ojos en blanco.

—Te llamaré.

Y así es como termina nuestra conversación. De inmediato niego, lo hago porque esto no ha sido una charla común con una amiga de toda la vida. Nuestras confesiones entre silencios han dicho más que cualquier sílaba de más. La pantalla se queda en negro, llevo el cursor al correo electrónico y espero por la notificación para trabajar como si fuera lo mejor que tengo que hacer cuando no, yo sé que no. Aunque me limite a seguir ignorando lo que siento.

NO HAY CUÁNDO, CÓMO, NI POR QUÉ

Alrededor de quince minutos y cuatro cambios de look después he conseguido estar lista para la “cita” del viernes noche. El reloj de pared marca casi las cuatro de la tarde y no sé si voy a poder mantener la comida en el estómago de los nervios. La locura de todos estos días comienza a pasar factura en forma de insomnio y demasiados pensamientos durante el día. Por más que intente solucionarlo por mí misma no soy capaz de encontrar una salida que no marque sobre la puerta el nombre de Carla. Y otra vez, inevitablemente, pienso en ella mientras me miro por última vez en el espejo. Me pregunto si le gustará el pintalabios rojo, o el *eyeliner* negro que acompañan a un traje gris *retro chic*. Aunque más allá de eso, mis pensamientos se centran en si habrá estado bien, o si también estará pensando en mí.

Estoy a punto de responderme en voz alta cuando escucho un claxon que me deja sin respiración en cuanto lo reconozco.

—No, no puede ser...

¿Vamos a ir al SoHo en Lila?

Rápidamente corro al otro lado del apartamento y me encuentro frente a la ventana, apartando las cortinas blancas para ver más allá y descubrir que, efectivamente, el Volkswagen está aparcado en la puerta.

Carla se asoma por la ventanilla y saluda en cuanto me descubre “espiándola”.

—Mierda...

Muerdo mi labio inferior y le hago un gesto con la mano como si estuviera diciendo que me espere un par de minutos, mismos que utilizo para dar vueltas por el salón sin ningún tipo de motivo.

—No puedo creer que te comportes como una adolescente, Julia, maldita sea... espabila.

Me lo recrimino buscando las llaves. Un poco de perfume y todo está en orden para salir, aunque vuelvo atrás cuando me recuerdo que esta no es una noche Californiana en la que llevar ropa un tanto fresca. Suspiro, sé que no puedo perder otra media hora más en elegir chaqueta así que me hago con un abrigo de manga larga de solapa que da el toque formal al conjunto y ya está. Lo demás, el destino lo dirá.

Es lo que me digo siempre.

Bajo las escaleras corriendo y cuando abro la puerta, Notting Hill me golpea en la cara con un frío aterrador. El cuerpo se me hiela al instante, lo ignoro negando y doy un par de pasos,

pero la voz de Carla me interrumpe.

—¿Dónde va tan guapa señorita?

—A morir... —susurro medio en broma cuando echo un vistazo a la furgoneta.

Carla se echa a reír.

—*Bah*, no será para tanto, este es el transporte más fiable y seguro que conocerás jamás.

—Eso lo dudo, y...

—¿Los chicos? —me pregunta cuando ve que busco en el interior—. Irán allí por su cuenta.

—Qué conveniente... —digo, pero mi tono de voz no permite que sea escuchada.

—Entra, prometo llevar cuidado. —Carla me dedica un guiño, sabe bien como jugar sus cartas.

Reconozco que me lo pienso, pero cuando lo hago, tomo asiento, cierro la puerta y me pongo el cinturón siento esa extraña seguridad que no puede proporcionarme otro lugar. Y tengo claro que es por quién me acompaña. *Pum, pum*. Giro mi rostro y veo su perfil, totalmente concentrado en arrancar el motor y echarse a la carretera. Su mano se mueve y enciende la radio. Suena una canción.

—*Paradise*, de George Ezra —anuncia Carla sacándome las dudas de la cabeza—. Llevo esperándola días, pensaba que nunca llegaría el lanzamiento. Te encantará.

Al principio no quiero creerlo. Pero conforme la canción avanza siento que el corazón se me encoje. No sé si Carla está de broma o qué coño pasa.

I Will ride on down the road

I Will find you, I Will hold you,

I'll be there...

Mientras la escucho me quedo sin respiración, me siento encerrada en cuatro paredes oscuras a la espera de ser salvada con un abrazo, sus brazos. Necesito centrar mis pensamientos por lo que rebusco en mi bolso y lamento no haber traído un poco de agua porque de verdad lo necesito.

—Es...

—Una obra maestra ¿verdad? No todo es jazz en la vida, tengo que admitirlo.

Asiento, pero no soy capaz de decir una sola palabra. Carla conduce como si no pasara nada; quizá es que para ella no ocurre lo mismo que para mí, a pesar de lo que yo pueda o no pensar, incluso desear.

Sus ojos se vuelven oscuros a la luz de la noche. Bajo un semáforo me fijo que lleva el pelo peinado como si el agua del mar se lo hubiera acariciado. Puedo ver las raíces de color más oscuro entre los huecos de un rubio que ahora se ve castaño claro. En sus labios se dibuja una

fina línea, casi sonrío en un baño de color rosado, la piel también le brilla con la ligera capa de maquillaje que no logra ocultar del todo sus ojos cansados, unos que me encantan, da igual la forma en la que se vean. El vuelo de su jersey blanco se mueve al ritmo de los volantazos que da con *Lila* por toda la ciudad, y si hace días temí por mi vida, ahora siento que me encuentro en pleno carrusel; dispuesta girar, a gritar y encontrarme con lo inesperado para disfrutarlo, besar a las emociones y si hace falta, arriesgarlo todo como si no fuera a despertar de este sueño.

—¿Cómo va todo? —Escucho su voz, pero no reacciono. Entonces, insiste—. Tierra llamando a Julia.

—¿Qué? —El lado imaginativo se interrumpe como un vinilo al levantar la aguja—. ¿Decías?

—¿Tanto miedo tienes de ir conmigo? —ironiza, aunque yo lo interpreto con más profundidad.

Para mi suerte vuelve la atención a la carretera.

—Tengo que reconocer que no es mi coche, pero no está tan mal. A veces es mejor la vieja confiable... —le respondo, sin estar tan convencida de ello.

—Algún día te contaré como llegué hasta *Lila*, pero decía que cómo estás, con el trabajo y todo eso.

Estamos a más de la mitad del recorrido, me doy cuenta cuando veo el Buckingham Palace más allá, y aunque sé que digo más con mi silencio que contándolo, me animo a hablarle de ello.

—Me han pedido ayuda para un caso... en realidad llamé a mi jefe para ver si podía echar una mano en algo.

—Entonces, vas a seguir allí —afirma más que pregunta.

Pero no me mira.

—Todavía no lo sé —respondo, y hasta yo misma me sorprendo con lo que he dicho. Veo a Carla sonreír, yo también lo hago—. Por ahora quiero estar aquí y disfrutar todo lo que pueda de Londres, llevo más de una semana en la ciudad y siento que no he descubierto tanto como me gustaría.

—Eso tiene arreglo, podemos ir a donde quieras, solo tienes que aceptar que te lleve en *Lila*. Es mi condición.

¿Poner en riesgo mi vida a cambio de estar con Carla? Me pregunto, como si no tuviera clara mi respuesta.

—Acepto —le digo, y sello el trato mostrándole mi mano.

Cuando ella me la entrega da un volantazo y frena de golpe.

—¡Maldita seas Carla! Joder, me vas a matar de un infarto.

—Ay Julia... qué Californiana eres...

Sé que se burla de manera inconsciente, o quizá lo haga a propósito, pero el encanto con el que lo dice provoca que yo ría a carcajadas, y el resto del viaje no es más que la subida a una montaña rusa por la que ambas descendemos a gritos en forma de conversación y risas.

Una vez llegamos al SoHo y encuentra aparcamiento veo a los chicos esperándonos. Tony es el primero que saluda, de hecho, sale corriendo a mi encuentro y me abraza como si fuéramos almas gemelas que han pasado años sin verse.

—¿Por qué eres tan guapa? Dime con qué diablo has hecho un trato.

—No seas tan exagerado, solo me he arreglado un poco.

—¿Un poco? —exagera y de paso hace que me muera de la vergüenza. Después se aparta y pone ambas manos sobre mis hombros—. Chica, cualquiera diría que te has arreglado para alguien.

Su risa se mide entre diabólica y encantadora, carraspeo y le miro con claros deseos de matarle, aunque es Taylor el que me salva de una situación insalvable.

—Deja a Julia tranquila, al final va a odiar Londres y tú serás el culpable.

Declara con la frialdad de un hombre de negocios. Nos parecemos bastante después de todo, por eso le miro y por fin respondo:

—Lo dudo, a veces creo que debí haber nacido aquí —admito ante todos.

—¡No lo puedo creer! —Son Cameron y Tony los que gritan, claramente encantados.

Ambos me miran como si dieran por hecho que no voy a irme nunca.

Yo me encojo de hombros, doy un abrazo a Cameron y veo como alguien se acerca hacia mí. Sus ojos son oscuros y fogosos, lleva el pelo negro en un recogido y su cuerpo se mueve lento, como si deseara que la observasen bien. Lo hago y entonces extiende su mano y me sonrío.

—Los chicos no hacen más que hablar de la famosa Julia, así que supongo que aquí estás.

—¿Y tú eres...?

—Shelby, encantada.

—Es la ex novia de Carla. —Dice Tony, ella le mira con odio fingido y después se abrazan como si nada—. Y una mujer encantadora.

Tony lo susurra en mi oído provocándome un escalofrío.

La piel se me eriza al instante.

Me giro para encontrar a Carla, pero está hablando con su hermana. Su rostro parece desenchajado, se aferra al brazo de ella y después se separa volviendo a una estabilidad que lucha por recuperar. Intento ignorarlo, pero no puedo, porque no es la primera vez que le ocurre, ahora que lo recuerdo. Pero cuando quiero caminar e ir en su busca, Tony se aferra a mi brazo y tira de nuestros cuerpos con fuerza.

—Tengo que ensayar, así que vamos. Además, aquí hace frío y puede que pesques un resfriado.

—Sí, puede ser, pero... —protesto de forma inevitable.

—Venga —insiste.

Yo giro mi rostro y vuelvo al mismo lugar, ahí donde está Carla.

Siento como si Tony deseara alejarme de ella por algún motivo en concreto, pero todo se queda ahí en cuanto nos abrimos paso entre la gente de camino al interior del local. Las luces, más claras que la otra vez, nos reciben con esa calidez que me relaja al instante. Aquí dentro puedo sentir que no hay nada en el mundo que pueda ir mal. No sé la manera en la que describirlo, pero lo siento como la anestesia necesaria para evitar hacerme preguntas que no sé si estoy preparada para responder. Tony se separa de mí y me deja con los chicos no sin darme un sonoro beso en la mejilla.

—Te dedicaré una, así que atenta.

—Está bien, está bien, pero ve, no pierdas más el tiempo conmigo —lo animo.

—¿Quieres tomar algo? —Es Shelby quién me sorprende con el tono de su voz, y de paso, su cercanía.

—Claro, ¿por qué no? ¿Dónde está...?

—Tomando un poco de aire, seguro que pronto la tienes aquí. —Está claro que da por hecho de quién hablo.

Deseo preguntar, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Comienzan a sudarme las manos y no sé si es bueno que Shelby note que estoy nerviosa por la simple razón de encontrarme con alguien que ha sido tan cercana a Carla lo que, por cierto, da respuesta a una de mis tantas dudas. Sonrío encantada, pero eso no aleja los miedos que se abren paso galopando a través de mi pecho, logrando que el corazón lo abandone sin remedio.

—¿Cuánto tiempo...?

—Unos tres años, con un par de descansos, aunque no como el de Ross y Rachel — bromea haciendo referencia a *Friends* —. Carla es una mujer encantadora, pero tiene un punto de locura difícil de entender. A veces.

—Si yo te contara...

Dejo la frase al aire cuando escucho la música llegar desde el escenario. Rápidamente los instrumentos crean un ambiente de sensualidad que acompaña a una respiración que se altera en cuanto la puerta se abre y veo aparecer a Carla. Mis ojos van a parar a los suyos, ella sonrío, y el mundo se esfuma a nuestro alrededor. Nos volvemos el centro de todo, yo mirándola mientras camina lentamente con la expresión tan dulce y alegre que conocí días atrás. Sus labios se mueven, no escucho lo que dice, pero siento que entona una melodía de amor cuando llega a mi lado y comparte una caricia sobre mi hombro.

—¿Ibas a beber sin mí? —se burla.

Y me mata, con una bala directa al corazón. Me tenso, no evito morder mis labios. Asiento y ahora soy yo quien juega con los dedos sobre su piel.

—Nunca. —Es Shelby quién le responde.

El peso de la realidad me despierta de golpe. Estoy en medio de dos personas que se comprenden más allá de las palabras y me doy cuenta por cómo se miran. Se me seca la garganta y de repente me encuentro en la típica situación incómoda, al menos hasta que al otro lado de la barra aparece un chico preguntando qué deseamos tomar.

—Una cerveza bien fría, por favor —le digo.

—Claro.

Ignoro que piden ellas y por el resto de la noche prefiero centrarme en Tony sobre el escenario. El tiempo pasa, tomamos asiento y yo me quedo en mi metro por metro de soledad y dudas, acompañando la receta con un toque de estupidez e ingenuidad. *¿Qué estoy haciendo?* La verdad es que no lo sé, y eso es lo que más me jode, no poder dar dos pasos al frente sin acabar con cuatro hacia atrás. Varios clásicos del jazz logran distraerme, Tony se maneja de maravilla con la guitarra y el saxofón. Lo demuestra cuando versionan *Jungoso* de Sonny Rollins y dejan en completo silencio a todo *Ronnie Scott's*. Mis dedos bailan al ritmo de la melodía y es cuando la sonrisa de él me indica que está cumpliendo su promesa.

—¿Qué te parece? —me pregunta Taylor.

—Que todo este viaje ha merecido la pena —respondo sin pensármelo dos veces.

Y es cierto, pero no solo por encontrarme aquí esta noche.

Los aplausos llenan cada espacio del local. El cristal muestra dos escasos dedos de la tercera cerveza que acaricia mis labios y un fervor más que notable en las mejillas. Grito *bravo* una y otra vez deseando que la velada no acabe, aunque haya llegado a su fin.

Somos magia creada con música, sonrisas y sueños por un mejor mañana.

Minutos después, mis pies se arrastran por el asfalto, a mi derecha Tony no deja de hablar de jazz, a mi izquierda Cameron se vuelve el soporte necesario para no caer. Nos movemos por el SoHo en un ambiente de neones y colores vivos, desde el rojo pasando por el morado y terminando en la alegría de miradas que, como la mía, buscan ser amadas una noche más. Carla camina delante de mí, lo hace al lado de Shelby y apuesto a que su hermana se ha dado cuenta de cómo las miro.

—Te gusta, ¿verdad? —Era evidente que lo iba a preguntar.

—¿Qué?

—Cameron, ¿no ves que está borracha? Sería capaz de responderte cualquier cosa —le dice Tony, aunque ni eso me va a salvar de la situación.

—Bueno... ¿y a quién no le ocurriría? —admito.

Me encojo de hombros y echo a reír en un intento por mantener la cabeza al frente y no tropezar. La visión de lo que tengo delante se ensombrece ante mi cuando Tony me pone su sombrero. Yo lo coloco con gracia y me separo de ambos para iniciar mi propio camino a solas, entre lo que no quiero admitir y la verdad que ya he dado a conocer.

Guardo las manos en los bolsillos e imagino que soy yo quién está junto a Carla.

Odio que me haya convertido en una mujer que apenas puede poner control a sus pensamientos o acciones. De golpe me encuentro en plena San Francisco, perdida y con los pies en la arena, rezándole al mar porque me ayude a encontrar el camino que debo seguir. Surfeo en mitad de un oleaje que me golpea con la elección sobre qué o no debo hacer. ¿Correr hacia ella? ¿Alejarme definitivamente? ¿Es lo correcto cuando tengo un billete de vuelta a casa que no sé si quiero romper?

Tal vez mañana despierte y haya olvidado todo, o quizá todo se trate de un sueño del que me desharé entre besos al café.

Escucho su risa, esa maravillosa música que crea con sus labios y de la que quiero beber. Y es aquí cuando me siento ridícula, al pensar en que deseo ser yo pero que no lo soy. La vida no es más que una composición de dilemas a los que no se pueden dar respuesta cuando más lo necesitas, porque el destino se cambia a golpe de acción no con un cuándo, cómo y por qué.

Irónicamente, mis ojos se plantan sobre el letrero de una puerta que está adornado con algunas plantas y flores que brillan bajo la luz de la luna.

Me veo a mí misma con los dedos danzando hacia cada uno de esos pétalos. Sé que es obra de Carla. No es necesario intentar descifrar la razón por la que reconozco que han sido sus manos los que dan color a ese lugar: The Argyll Arms, nombre que leo antes de que todos nos agolpemos en la puerta en un intento por dejar el frío atrás.

No tengo claro que darme al encierro vaya a ser lo mejor que pueda hacer en este momento, así que me quedo por unos segundos afuera, justo debajo del letrero, a un paso del infierno y el paraíso.

—¿Quieres ir a casa? —pregunta Cameron, y yo niego.

—No, sólo necesito un poco de aire, enseguida entro.

Me despido de ella y busco un lugar de apoyo que termina por ser la pared de ladrillo rojo que hay al lado. Con el teléfono en mano veo dos mensajes de WhatsApp de Amber insistiendo en que deje de lado el trabajo.

Sólo necesitaba un poco de distracción, le respondo.

La verdad es que no tengo ganas de discutir con ella.

Y el peso del mundo se ata de nuevo alrededor de mis tobillos. En estos momentos no necesito a mi mejor amiga culpándome por no poder alejarme de todo aquello a lo que tan acostumbrada estoy. Cierro los ojos y deseo evadirme de lo que me rodea, desaparecer sería la mejor opción, pero ni de lejos voy a tener esa suerte, porque cuando los vuelvo a abrir me encuentro de cara con el centro de mis “problemas”.

—Cam dijo que estabas aquí —susurra Carla, lo hace con un delicioso toque de preocupación—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sólo necesitaba un poco de aire, ¿y tú? Antes de *Ronnie* te noté un poco rara.

—Ah, no, eso no fue nada —dice, aunque noto que intenta evadir el tema porque los dedos de su mano viajan al mismo punto donde van a parar cuando está nerviosa, el cabello tras su oreja derecha y el tic en su ojo izquierdo—. Perdona que no haya estado contigo durante la noche, Shelby tiene ese don de secuestrar a las personas —bromea.

—Pero ahora estás aquí —admito—. Y soy yo quién lo va a hacer.

Quizá sea la cerveza o un pequeño punto de rotura. Puede que cometa la mayor insensatez de toda la noche o de mi vida entera. Pero ya no me importa. Ni el cuándo, cómo o por qué. Dejo que el sombrero brille sobre esos ojos verdes, pero lo que baña realmente su visión es mi sonrisa y el modo en que me muerdo el labio cuando la atraigo hacia mí encerrando los dedos sobre su ropa antes de besarla, deseando envenenar su corazón con mi nombre y nada más.

COLORES EN BLANCO Y NEGRO

Tengo que admitir algo ante la vida, y es que no sé en qué punto dejé de ser una mujer que se movía por impulsos, como tampoco sé el motivo exacto del por qué o cuando hice a un lado todo lo que me componía para volverme una adicta al trabajo, dónde el control estaba por encima de cualquier otra cosa. Con todo agendado y las horas del reloj girando sobre ello. Sé que hay un día en concreto de mi pasado cuando mi alma se rompió en pedazos y decidí levantar mil y una barreras con tal de que no me dañaran más. Deseché la idea de que la espontaneidad formase parte de mis horas para tomar cartas en el asunto y completar una estricta vida en la que mi relación de ese entonces, tampoco tenía hueco ni lugar. Como todo lo demás.

Recuerdo aquel día, eran las once y veinticinco de la mañana, Sophia tenía las manos en los bolsillos y la encontré de pie frente a la papelería dónde debíamos encargar las pocas invitaciones para una boda que yo sabía que no se iba a celebrar. Y supongo que lo notó cuando el Mustang se detuvo frente a ella diez minutos más tarde de la hora acordada.

—¿Desde cuando llegas tarde a algo tan importante como esto?

—Desde que tengo un trabajo que atender, Sophia, no sé porque todavía no lo entiendes —le respondí, casi sin ganas.

No hubo un beso, tampoco un “*hola, ¿cómo estás?*” y la verdad es que no sé por qué decidimos alargar tanto nuestra despedida.

—Mira... creo que tenemos que hablar, ¿damos un paseo?

Su gesto me habló más de lo que podría haberlo hecho con palabras. No quería, pero aceptó porque no tuvo más remedio.

Yo lancé un suspiro, aunque nada tenía que ver con los que una vez le dediqué por amor. Tal vez todo hubiera sido mejor si nos hubiéramos casado cuando tuvimos deseos de hacerlo. Quizá nada malo habría pasado de no dejarlo pasar solo porque mis padres me rompieron el corazón. Pero ya no había modo de dar respuesta a todas esas dudas. Esa mañana solo caminé, lo hice a su lado en un intento por recordar cada uno de los instantes que estuvieron bañados de felicidad entre ambas, porque reconocía que cada día fue delicioso y sorpresivo, como encontrar un chocolate diferente dentro de un calendario de adviento.

Hasta que esos instantes se agotaron.

El calendario quedó vacío y así también mi corazón.

—Esto no va a funcionar... me gustaría poder decir que sí, pero no puedo mentirte. A ti

no.

—Sólo tengo una pregunta. —Sophia se detuvo en seco.

Estábamos a mitad de la calle, delante de una de mis pastelerías favoritas. Más allá del cristal pude ver la versión más joven de ambas en instantes lejanos, con una sonrisa instalada en los labios y las risas rompiendo con todo el sonido que nos pudo llegar a rodear.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué has esperado tanto si ya lo sabías?

—Porque no estaba preparada para dejarte ir. —Fue egoísta, lo sé. Debió odiarme, quizá darme una buena bofetada, pero no lo hizo, simplemente sonrió—. Ojalá tuviera otra cosa que decir...

—La verdad es que te entiendo, no te olvides que te conozco lo suficiente para saber cómo funciona tu corazón. Y tú ya no eres la de antes. Creo que debes encontrarte a ti misma, aunque no creo que lo hagas aquí.

—¿A qué te refieres? —pregunté con un millón de dudas bañando mi triste mirada.

—El mundo que conoces no hará que te replantees todo lo que debes cambiar. ¿Recuerdas lo que una vez me dijiste?

Negué, porque ciertamente, no lo recordaba.

Se aferró a mi brazo derecho y volvimos a caminar. Al mirarnos a ambas me di cuenta de que ya hacía mucho tiempo que no íbamos por las calles de la ciudad cogidas de la mano.

Lo nuestro fue un final que terminó hacía ya mucho tiempo.

—Me dijiste que solo perdería el miedo si era capaz de adentrarme a un bosque desconocido, porque no es luz lo que debía buscar, sino la oscuridad que te empuja a elegir, descubrir lo vulnerable, el peligro y la verdadera esencia de la vida.

—¿Por qué no lo recuerdo? —le pregunté.

—Tal vez porque tu cerebro se ha acostumbrado a contratos, reuniones de trabajo, nombres y direcciones, nada más —bromeó, pero era muy cierto.

Yo me eché a reír. Fue una de las risas más sinceras que le dediqué en los últimos meses, me di cuenta al instante.

—No sé qué voy a hacer sin ti —le dije girándome lo suficiente para quedarme frente a ella y poder llevar ambas manos hacia su rostro—. Eres una mujer increíble Sophia, no mereces nada de esto.

—¿Estás diciendo que tú sí? —respondió con toda la razón puesta en los labios.

—Yo ya no sé ni lo que estoy haciendo con mi vida —admití y la verdad que vi a través de sus ojos me dolió.

Tanto como para romper mi alma en pedazos. Lo suficiente como para ser consciente de que yo misma fui la que caminé por un sendero de pérdida donde dejé atrás cada pieza de lo que me componía. Me vi vacía, un recipiente con el mismo aspecto a mi yo verdadero, pero sin ese

brillo que una vez me caracterizó.

—Eso es en lo que te debes centrar, Julia—. Me sonrió, con la misma sinceridad que una vez me enamoró—. Algunas veces las personas solo estamos de paso. Servimos para poner una tirita en los corazones de otros y eso los ayuda a seguir avanzando hasta que encuentran la forma de sanar por sí mismos.

Aunque las lágrimas bañaron mis ojos no dejé que estas fluyeran, al menos no en ese instante. Me armé de todo el valor posible para no caer frente a ella y dejarle ver que el tiempo me convirtió en un árbol marchito de hojas caídas que estaban a punto de volar lejos para no volver jamás. A cambio la abracé y dejé que su aroma bañara mi piel por última vez.

Sus brazos le dieron cura temporal a un corazón con tantas tiritas que de arrancarlas provocarían mi muerte instantánea.

—Vas a estar bien.

—Y tú también —le dije. Ella siempre fue más fuerte que yo—. Te quiero. Gracias por no odiarme.

—También se puede odiar con amor —bromeó.

Y eso provocó la última sonrisa que compartimos antes de que yo diera marcha atrás. Avancé y me pegué esa fotografía al alma. Sophia mirándome como si nos acabáramos de conocer y descubrir un tesoro en la otra. Guardé las manos en los bolsillos y cuando volví al coche encendí el reproductor antes de arrancar el motor. Comencé a llorar al escuchar *Appreciated* de Rixton con la segunda estrofa golpeándome con los instantes que ella y yo compartimos durante tanto tiempo al ritmo de una canción que se convirtió en una de nuestras favoritas.

Recorrí San Francisco sin rumbo fijo. No acabé en la playa ni tampoco en *Schubert's* para comprar mi tarta de arándanos favorita. Dejé que la carretera hablase, crucé el Golden Gate y lo habría hecho un millón de veces más si la intención fuera detener el tiempo y el curso de mi destino. Allí, con las manos al volante, fue la primera vez que me lo pregunté.

¿Cómo logras volver a ser tú misma cuando no recuerdas nada de lo que fuiste?

Suena la misma canción y estoy cruzando el puente de otra ciudad. Londres tiene ese encanto y paz de los que nunca he respirado. El sol me mira de manera diferente. Sus matices son otra clase de colores a los de San Francisco y eso me hace pensar que me encuentro en otro mundo y que mi yo es otra versión de lo que debería ser. Ojalá fuera cierto, pero no. Han pasado casi tres años desde que me despedí de Sophia pero lo cierto es que aún no he logrado encontrar aquello que busco; aunque yo no soy aquello, ni aquello es otra cosa más que yo.

En algún momento he dudado de que las respuestas estén entre los edificios que se pintan a mi alrededor, y al segundo cambio de opinión. Lo hago cuando me doy cuenta de la manera en la que he actuado estos últimos días. He gritado, llorado de nervios, me he subido a un carrusel de emociones sin opción a elegir de cuál respirar y he permitido que estas ahoguen mi corazón hasta el punto de cortar mi respiración y hacerme sentir que puedo morir de felicidad e

incertidumbre a la vez.

A veces las personas somos tiritas que permiten al corazón vivir un poco más hasta que logren sanar.

Me recuerdo esas palabras antes de rozar mis labios con los dedos.

He besado a Carla y todavía no tengo claro de como logré salir viva de aquello.

Tengo la mente echa un ovillo de imágenes entremezcladas con risas y el saxofón a ritmo de jazz. Ahora recuerdo porque no debería beber tanto si ya no lo hago a menudo. Se me hace bastante divertido pensar que anoche estaba borracha y que ella me vio de esa manera. Otra historia es lo que provoca en mí el recuerdo de sus labios al rozar los míos.

—Que tonta eres...

—¿Perdone? —El conductor del taxi se me queda mirando sobre el espejo retrovisor.

—No, no es nada. Disculpa.

Debería haber alquilado un coche, o cogido el metro. ¿Por qué no lo hiciste?

Ya lo recuerdo. Porque no habría llegado a ninguna parte con el dolor de cabeza tamborileando a ritmo fuerte en mi cerebro para, de paso, recordarme mis acciones.

Pago una generosa propina cuando llegamos a un par de calles antes de mi destino y al abandonar el vehículo me resguardo del frío abrazándome sobre la chaqueta antes de caminar, ahora sí, con deseos de perder las horas en la Galería Nacional, por decirlo de alguna manera. Aunque sé que la exposición que deseo ver tiene cargo de admisión, lo cierto es que daría millones con tal de unir la silueta de mis sombras al arte que ahora me rodea.

Por primera vez en años.

Por primera vez en años , me repito.

Estoy aquí, reencontrándome conmigo misma y una de las piezas que componen parte de mi esencia. *Bum, bum* . El corazón me late con fuerza, una de las tiritas cae y me alegra saber que no estoy al borde de la muerte, sino de volver a nacer.

Camino por Sainsbury Wing con las manos en los bolsillos. He decidido no dejar nada de lo que llevo conmigo en el guarda ropa porque tengo prisa y necesidad por viajar a través de un mundo de luces y sombras. La exposición *Monochrome* me recibe con los brazos abiertos y la reproducción inacabada de la *Odalisque in Grisaille* . A lo que siento no se le puede poner voz. Me quedo sin respiración y me lanzo a través de ese precipicio, es como surcar un mar embravecido, al saber que tienes el noventa por ciento de posibilidades de morir, pero aun así quieres sentir el peligro sobre la piel.

Picasso o Ingres son algunos de los artistas que encuentro a mi paso.

No sé cómo explicarlo más allá de una liberación. El blanco y negro con los grises entre medias dan un nuevo significado a la vida y belleza que me acaricia renovando mi espíritu por completo. Abro las puertas a un paraíso que creía inexistente, camino entre las figuras, las miradas, curvas... y acaricio cada una de las prendas que llegan hacia mis manos para cubrir un

cuerpo que en algún punto se encontró frío y tembloroso, pidiendo por una nueva oportunidad.

Sonrío, las emociones bañan mis ojos una vez más, y aunque en principio me siento estúpida, descubro que también se puede llorar la pérdida de tu yo presente mientras se desprende de ti antes de dar la bienvenida a ese pasado que tanto añoras para convertirte en una mejor versión.

Pensando en ello, el teléfono vibra entre mis dedos y descubro un mensaje de Carla.

Me encantaría verte.

Ven , respondo y le envío mi ubicación, en una acción tan simple como la felicidad que ahora mismo siento.

El tiempo pasa y yo me detengo frente a la imagen difuminada de la pintura de Ritcher ‘*Helga Matura with Her Fiancé*’ de 1966. Cierro los ojos y me traslado más allá en el tiempo. Junto a la intención del artista, también me olvido del sentimentalismo que rodea a la protagonista, el color de la indiferencia logra que mis pies se eleven y experimenten la belleza de la nada, de la pureza antes de embarcarnos en este mundo de horrores y dolor.

Y así continúo, con el reloj corriendo sin el pasar de los minutos, hasta que el tiempo deja de ser tiempo y termino por convertirme en sombras entre luces, el encanto de la oscuridad.

No hay cálculo, ni tampoco prisas. Dudas o desaciertos. Vivo una utopía de la que sé voy a despertar, pero a la que me aferro con garras y dientes, con la tonta esperanza de no volver a la realidad. Una que a veces es demasiado dura de aceptar, otra que en pequeñas ocasiones se convierte en la aurora más bella del mundo y sus colores se impregnan de un nombre, unos ojos, esa sonrisa de labios nerviosos y un delicado tic en el ojo. En las manos que han logrado reconfortar mis penas con una simple caricia, y por supuesto, en la locura de desafiar a la muerte dentro de una furgoneta llamada *Lila* y que tiene la capacidad de hacerme gritar e imaginar que todo es posible.

Me encuentro en soledad a pesar de estar rodeada de gente, no escucho murmullos ni risas u opiniones. Tengo la sensación de que el alma abandona mi cuerpo para danzar y revolotear por cada rincón a la espera de encontrar esa llave que da paso a todos los sueños cumplidos y posibles por realizar.

Es un toque a mi espalda lo que me trae de vuelta.

Tan delicado como la brisa acaricia los pétalos de las amapolas en flor. Una sonrisa al amanecer.

—Parece que estés en el paraíso o mitad de un sueño.

—Quizá es lo que sea —respondo inmediatamente.

Me siento torpe, no estoy segura de si abrazar a Carla, darle un par de besos o dejar que las emociones me lleven a tomar de nuevo sus labios.

Es ella quién actúa y lo cierto es que no me decepciona en absoluto.

Cuando se acerca a mí percibo de nuevo su perfume. Esa delicada mezcla ácida con el olor impregnado de todas las flores que debe manipular en *Carla's* . Me rodea con los brazos y

las mejillas frías rozan las mías antes de que deje un sonoro beso que percibo como una caricia bajo las sábanas. Sé que no necesito más. Y entonces, le sonrío.

—Hay un espacio que quería visitar, y siento que no podría haberlo hecho sin ti —admito ante ella.

—¿Me lo dirás? ¿O será una sorpresa?

—¿Tú qué dices? —le respondo.

—Que te encanta vivir de sorprender a pesar de tenerlo todo controlado.

Y ha acertado.

Le cojo la mano y aunque en otro instante quizá me habría arrepentido, ahora no siento nervios o me paralizó. Solo lo hago y disfruto del tacto como si mañana fuera a volar lejos de su lado. Estamos en silencio, caminando, compartiendo respiraciones y latidos de corazón. Ella me mira de vez en cuando, lo advierto al verla de reojo y sonreírle, como si la tuviera enfrente y quisiera mostrarle todo lo que mi alma esconde. La gente no importa, tampoco los pasillos, ni el resto de la exposición.

Al menos hasta que llegamos a donde quiero y una puerta nos separa de lo que puede convertirse en el mejor instante de nuestras vidas.

—Habitación para un color —hablo.

Carla asiente, y aunque no responde, sus ojos se iluminan.

—Tú primero. —La invito.

La puerta se abre y una luz naranja nos envuelve, abrazando nuestra realidad. Cambia cada molécula de nuestra estructura para llevarse lejos el color y dar lugar a un blanco y negro por el que me asombro, sonrío y vivo. Miro directo a los ojos de ella, observa sus manos como si hubiera descubierto todo un universo imposible de tocar. Pero ahí estamos, intentando comprender como es posible que lo imposible se convierta en realidad.

Caminamos, nos movemos lentamente hacia el interior de la sala para quedarnos en el centro, donde el escenario nos drena a través de su naranja con la capacidad de transformar aquello que no creemos posible.

—¿Te gusta? —pregunto.

—Es... jamás había vivido algo parecido a esto, y mira que yo soy como soy —responde, riéndose con nervios mientras intenta poner palabras a esos pensamientos.

—Creo que entiendo lo que dices.

Movemos las manos en el aire, para comprender en profundidad lo que nos está sucediendo. Entrelazamos los dedos. Nos acercamos. Casi nos besamos, pero no, aunque yo he rozado sus labios y ella los míos a pesar de haberlo imaginado. La piel se me eriza y bailamos. Mi cuerpo vibra. Todavía no entiendo como tiene la capacidad para hacerme temblar, convertir mis huesos en un terremoto de emociones. Estamos viendo el mundo de una forma totalmente diferente a la que estamos acostumbradas, y lo mejor es que ha sucedido al paso de una puerta.

Intentamos ver el color, percibirlo, tocarlo, pero no lo conseguimos, todo es blanco y negro, con sus bellos grises y tonos entre medias, los nunca percibidos.

Y eso suena mucho mejor.

—Gracias por esto.

—¿Por qué exactamente? —le pregunto.

—Por conseguir que la vida se muestre ante mí como jamás la había visto.

Lo dice con una sonrisa enorme. Hay cierto misterio más allá de esta, un ápice que no alcanzo a reconocer. Me pregunto qué es.

Pero hoy no es el día elegido para buscar esa clase de respuesta.

LA COCINA Y UN JERSEY DE PUNTO GRIS

Se oye y respira jazz, no hay rincón o lugar que no viva de notas en este momento, aunque si prestas atención es una mezcla musical de risas lo que se escucha. Entre ellas está la mía mientras permanezco sentada en la mesa central del salón junto a los chicos, afirmando que ya no son extraños para mí. Pienso en ese detalle y me doy cuenta de cómo han cambiado las cosas en unos pocos días. Si bien aún me siento algo desconcertada, ya no me veo como una pequeña porción de ser en mitad de un enorme océano. Y estoy segura de que si ellos me escucharan en este momento dirían que estoy loca, lo sé, aunque a pesar de todo lo que pueda rebatir, lo creen. En el mejor de los sentidos, eso sí.

Cameron es quién aparece en escena otra vez, después de cerrar la puerta de casa y traer cuatro cajas de pizza, una vegetariana para ella y el resto para degustar según nos apetezca.

Se lo agradezco con una sonrisa. Intento poner toda la atención en la cena y en las quejas constantes de Taylor porque quiere fumar un cigarrillo y ninguno se lo permite. Somos como ese enigmático grupo de *Friends*, y aunque la idea de permanecer así toda la vida se suma al resto de pensamientos que ya forman parte de mí, sé que no debo ilusionarme demasiado.

Esto es algo para corto plazo, me repito, solo quedan unos días. Cuando lo recuerdo, descubro a Tony mirándome.

—¿Qué te tiene tan pensativa? ¿Trabajo?

—Hoy está prohibido pensar en eso, ¿recuerdas? —Es Carla quién le interrumpe.

Yo carraspeo.

Ella me mira. Me sonrojo, y entonces niego sutilmente, a pesar de que ese es uno de los tantos motivos por los que estoy así.

—No, no era eso, solo me decía que me siento muy bien.

Tony se levanta, se quita su sombrero y me lo entrega como la última vez. Creo que esa es su forma de decir que me acepta, que me quiere, y que también está feliz por tener mi presencia entre ellos.

¿Lo creerán de verdad?

—Deberías pensártelo —dice Stephen.

Él es el marido de Cameron, profesor y con un excelente gusto para peinar su pelo rubio, rizado y alborotado. A veces le cae sobre unos intensos ojos negros, y creo que es la combinación más perfecta que he visto jamás para unas facciones tan masculinas. Últimamente me dedico a pensar que habrá más allá de ellos, bajo las capas de invierno que nos cubren. ¿Cicatrices, marcas de nacimiento, tatuajes? Lo que sea con tal de conocerlos en profundidad, pero al final vuelvo a las palabras de él.

—¿Qué tengo que pensar? —le digo con un sentimiento de extrañeza.

—Pues quedarte aquí, no para siempre sino por más tiempo. Si te sientes bien y estás más relajada... ¿por qué no lo haces? —pregunta, aunque sé que lo hace porque no me conoce en profundidad.

Es como una de esas ideas que tiras al aire y al café siguiente ya has olvidado.

—No es tan sencillo.

—Nunca es sencillo... —añade Cameron. Me mira y después echa un vistazo a nuestro alrededor. Aunque sabe que es la única, se apresura a coger un pedazo de pizza como si alguien más se la fuera a quitar de las manos. Da un buen bocado y después prosigue. Carla no la mira con buenos ojos y eso me saca una sonrisa—. Quiero decir que los cambios nunca son fáciles cuando creemos no necesitarlos. Aunque tú ya empezaste dando el primer paso.

—Eso es cierto... —Aunque me siento incómoda al imaginarlo, sé que tiene parte de razón.

Y no alcanzo a saber por qué. ¿Quizá porque sí me lo estoy replanteando?

—Aunque la verdad al cien por cien... es que este viaje fue algo totalmente improvisado. Cuando todo ocurrió estaba a punto de ascender en mi trabajo, digamos que perdí la oportunidad y la frustración llevó a la rabia y la rabia a otros sentimientos y eso a...

—A acabar aquí —me interrumpe Tony, con la felicidad bañando la pureza de su mirada.

Agacho la vista, dándome cuenta de cómo sí empieza a conocerme.

Hay tantos matices en esas tres palabras, momentos de los que ellos no son conscientes, sentimientos que soy capaz de guardar en la profundidad de mi corazón pero que se disparan en cuanto miro a mi alrededor para chocar con los ojos que se cuelan entre mis sueños al cerrar los míos. La piel se me eriza, un escalofrío recorre mi columna vertebral cuando la descubro analizando el movimiento de mis labios o la forma en la que sujeto un trozo de pizza que permanece en el aire durante algunos segundos.

Todos se me quedan mirando.

Carraspeo y me encojo de hombros.

—Hoy no quiero pensar en eso —sentencio por fin, doy un bocado a la pizza margarita y niego, aunque supongo que es un gesto que nadie aprecia, y al final decido cambiar de tema—. ¿Dijiste que tenías una colección de vinilos, Cam?

El otro día descubrí que adora que la llamen así.

Y me gusta, como el ambiente que se ha creado entre todos hasta el sorprendente sonido del timbre y lo que trae con ello.

—¡Esos deben ser papá y mamá!

Carla se levanta tan rápido como yo me quedo sin respiración. Escucho el sonido de sus pasos desde el salón hasta la puerta.

Apenas son veinte segundos, aunque no tengo idea de por qué los cuento.

—¿Está aquí? —escucho desde la distancia.

—Lo prometido es deuda.

Ambos entran de la mano, cuando les veo me parece extraño que ellos sean sus padres, debieron serlo jóvenes y ambas se parecen mucho a él.

—Papá, mamá, ella es Julia, la Californiana que tiene más de Londinense de lo que cree —bromea Carla, y por primera vez no me disgusta.

Limpio mis labios con la servilleta y me levanto para entregarles la mano.

Dios, estoy sudando. ¿Lo estoy o es mi imaginación? No puedo dejar de hablar conmigo misma, pero debo despertar.

—No tenía idea de que vendrían, es un placer.

—Si vuelves a tratarnos de usted te verás en problemas, señorita. —Carl, el padre de ambas se echa a reír.

—¿Es costumbre americana recibir así a los cercanos? —le interrumpe su mujer.

—En realidad es costumbre del trabajo —digo, en un intento por sonar con algo de coherencia—. Soy abogada y en este mundo no hay casi tiempo para no ser coloquial.

Se hace el silencio antes de que todos estallen en un coro de risas al que me uno como si fuera la mejor bromista del mundo.

Todo lo contrario.

—Carla tenía razón, tienes pimienta.

—Es algo de familia, no te molestes en preguntar —dice Cameron en cuanto me ve abrir la boca—. ¿Más cerveza?

Asiento sin pensármelo dos veces a sabiendas de que no me conviene en absoluto.

Todavía tengo el amargo y dulce en los labios, mezcla de aquel primer beso que en este preciso momento me muero por repetir.

Carla parece leerlo en mi expresión por el modo en que se muerde los suyos.

Me va a volver loca, está claro, va a lograr que lamente mis acciones, aunque no haya ningún tipo de arrepentimiento en la idea de hacerlo. La pizza lo paga con un par de bocados al cambio musical *bebop* de Dizzie Gillespie que acaricia cada pared. Me giro un poco para poder

mirarla y la noto preocupada, hablando con su madre al oído. Tiene la misma expresión que descubrí en *Ronnie Scott's* antes de entrar. Intento leer que hay más allá, pero desisto cuando Taylor llama de nuevo mi atención para que nos hagamos un par de fotografías.

Me veo a mí misma sonriendo, como si las preocupaciones o mi pasado no existieran.

La mitad de mi lucha contra la otra y la idea de abandonar lo que ahora me hace sonreír. ¿Cómo descubres el camino que elegir si frente a ti tienes un laberinto de decisiones enmarañadas entre sí? ¿Cómo sabes si dar un paso adelante te hará cometer el peor error de tu vida? ¿Cómo averiguar si ese sería un error de los buenos?

Me levanto y camino hasta la cocina con esos pensamientos apoderándose de todo lo que hay en mí. Estoy metida de lleno en un fango de dudas a las que observo con confusión sin saber qué debería hacer. Hasta las manos me tiemblan, siento presión en el pecho y no sé qué hacer.

—¿Estás bien?

Creo estar en un sueño, cada vez que escucho la voz de Carla pienso que estoy dormida, viviendo una experiencia en la que no hay responsabilidades ni decisiones que tomar. Asiento, todavía le doy la espalda. No me obliga a girar, pero cuando lo hago apoyo las manos en la encimera de color oscuro que tengo bajo estas.

—Sentimientos encontrados, ¿y tú? Te he visto preocupada otra vez. —Digo “otra vez” como si lo hubiera preguntado más de un millón de veces.

—En realidad hay algo que debería de...

—No me hagas caso —la interrumpo, aún no tengo idea de cuanto me voy a arrepentir no de haberla escuchado en este momento—, que tus padres estén aquí ha sido...

—¿Una bonita sorpresa?

—Sorpresa desde luego —bromeo.

Muerdo mi labio inferior y me muevo lo suficiente para que no se nos vea más allá de la puerta.

—Carla... esto es... —La veo dudar, como si batallara contra algo en su interior, pero finalmente se acerca y niega—. Una locura...

Me da tiempo a añadir, antes de que sus manos se planten con delicadeza en mi rostro y bese mis labios, esta vez con calma. Acariciándome como las olas llegan a la arena en una noche de mar serena, aunque mi corazón es un océano tormentoso de olas feroces y sentimientos a punto de hacer que me desmaye.

Disfruto de sus labios y el aroma a flores. Correspondo sin pensar en lo que hay más allá de la cocina, al ritmo del jazz, con los dedos enredados en su jersey de punto gris y su cuerpo pegado al mío, dándome la oportunidad de sentir la calidez de su piel a pesar de estar a varias capas de distancia. Se me corta la respiración al pensar justo en eso. Quizá nos hemos unido en esas pecaminosas imágenes, porque ella sonrío sobre mis labios dibujan una línea traviesa, como una niña que ha realizado la mayor travesura.

—Es una locura, sí... —dice Carla, dando continuación a mis palabras—, pero la vida es

aburrida sin ellas.

Declara y a continuación suspira, pero con pesadez en vez de ilusión.

Lo noto y confirmo por cómo se separa de mí, acariciando con ambas manos la camisa que llevo puesta, mal elegida, por cierto. Porque tengo frío, aunque sé que tengo la piel de gallina por su culpa.

—Será mejor que salgamos. Después te enseño esa colección ¿quieres? —me pide mirándome a los ojos.

—Por supuesto que sí.

Quiero añadir algo más, pero no me da tiempo. Cuando Carla deja la cocina, abro el grifo, mojo mis manos y decido refrescar un poco mi cuello. Al girar el rostro me encuentro con una ventana y a Taylor tras esta, fumando en el jardín. Sonríe tan ampliamente como probablemente yo lo haya hecho después de mirarla a ella, aunque no puedo descifrar que esconde esa mirada de raíces asiáticas.

La velada se ha vuelto en una mezcla explosiva con una excesiva alegría como ingrediente principal. El estómago me duele de tanto reír cuando Tony pierde por tercera vez su turno en un juego de mímica que al parecer es una tradición en las noches de sábado, aunque Stephen dice que a veces ven entre tres y cuatro películas seguidas.

Su recuerdo más peculiar es el día que hicieron maratón de *Bridget Jones* comiendo toneladas de helado a pesar del frío, y todos han sellado la promesa de repetir antes de que vuelva a San Francisco.

Si es que lo haces, me digo, recordando las palabras de Tony.

Tengo que hacerlo. Es lo que debo. Pero, ¿lo quiero?

Cuando la hora óptima para despedirnos llega, cojo mi abrigo, la bufanda y me quedo plantada bajo la puerta, esperando algo y a la vez nada.

—Ha sido una noche increíble —digo, escuchando el sonido del motor a mi espalda.

Taylor y Tony se marchan antes que yo.

Carla está junto a sus padres en el interior de la casa, agarrada con fuerza al brazo de su madre. Se ha puesto un poco pálida, pero doy por hecho que es el cansancio después de muchas horas despierta y el trabajo de toda la semana. Ahora me doy cuenta que están a punto de dar las cuatro de la madrugada.

Por un momento soy egoísta, así es como me siento. Quiero pedirle que me acompañe, pero en el fondo agradezco volver sola a casa después de haber quedado con ella para hacer un tour por la ciudad.

—Se volverá a repetir, te lo aseguro —dice Stephen, me abraza y huelo el azahar impregnado en su camiseta.

Esta familia es un jardín de flores que quiero seguir descubriendo con el paso de los días.

La puerta se cierra y ya a solas comienzo la caminata de vuelta a “casa”.

—Tienes que volver, y lo sabes, ¿está claro, Julia? —susurro para mí misma.

Aunque mientras recorro Notting Hill, otra parte de mí desea no tener que hacerlo nunca.

AQUEL LOCO PRIMER AMOR

Todavía recuerdo como le conocí, a mi primer gran amor. Es lo primero que he hecho hoy al abrir los ojos, acordarme del inicio de todo. No de lo malo, ni de lo bueno, sino de todo. La primera parada de un viaje obligatorio que me ha llevado hasta aquí, a estar envuelta en sábanas desconocidas que con el paso de los días se vuelven más cercanas y casi mejores amigas. Me quedo en silencio, como he dicho, recuerdo cuando le conocí. Él se llamaba Peter, pero no fue mi primer amor, sino el chico que me presentó a su hermana.

Cuando dijo su nombre, sentí una especie de escalofrío, sí, sí, esa sensación que te aborda al presentir que algo está por ocurrir, aunque no sepas la profundidad de ello.

Yo tenía catorce, casi quince años, quizá muy joven para experimentar, o muy tarde para descubrir. ¿Quién podía saberlo?

Las cajas comenzaron a apilarse una al lado y encima de otra en la entrada de lo que sería su nuevo hogar, justo a tres de la mía. No éramos vecinos cercanos, pero sí lo suficiente como para poder saludarnos a diario.

Yo le dije *buenos días*, y él me sonrió.

—Me llamo Peter —exclamó con alegría—, ella es mi hermana.

Se giró y la vi.

Las piernas me temblaron, estuve a punto de caer al observar su belleza y alegría, ahora puedo reconocerlo. Por aquel entonces me guardé el orgullo e impedí que ella percibiera todo aquello que podía leerse a través de mi expresión. Me enamoré al instante, y también me odié a la vez, porque a pesar de comprender mis sentimientos, todavía no entendía el por qué algo tan igual a cualquier tipo de amor, me pareció totalmente extraño.

—Yo soy Julia —respondí, y le entregué mi mano. A ella la saludé con la otra mientras mordía mi labio inferior, antes de mostrar un poco más de valentía—. ¿Queréis ayuda? No tengo nada que hacer.

—¡Claro! Mamá ha traído unas magdalenas, si quieres después podemos compartirlas.

Yo asentí encantada, él creyó que pensaba en estar con él.

Y así fue como empezó todo.

Yo temblando, y ella entregándome una porción de amor.

—¿De dónde venís? —pregunté.

Hubo algo en su acento que los delató antes de que pudieran responder.

—Dallas, al norte de Texas —dijo ella.

—Vaya... eso es todo un cambio.

—Lo que yo dije —añadió encogiéndose de hombros. Quiso quitarle importancia, pero yo vi como recordarlo le dolía—. Pero ya sabes cómo son los padres con el trabajo.

—Sí, los míos están mucho tiempo ocupados.

No protesté, en realidad siempre me pareció bien, porque eso me entregaba cierta libertad para poder estar en casa campando a mis anchas sin tener que preocuparme en si debía o no tener la música alta. Mirándola a los ojos, no pensé en eso. Tenía ambas manos cargadas con una caja de libros que más adelante compartiríamos, y uno de ellos se iba a convertir en mi favorito: *Matar a un ruiseñor* de Harper Lee. Pero como decía, no fue eso en lo que pensé.

Inevitablemente imaginé decenas de escenarios dentro de casa, donde juntas reíamos, corríamos, nos acariciábamos, besábamos. Cinco minutos fueron suficientes para saber que me gustaba y cuatro para querer ir más allá.

Así son las experiencias que más te marcan en la vida, llegan de improviso, en un pestañeo, se nutren de tu alma y se anclan a tu corazón, y por más que quieras, ya nunca, nunca, te dejan escapar.

—¿Habéis visitado ya parte de la ciudad? Es lo que se suele hacer antes de una mudanza —le dije ya en su casa, como si yo fuera toda una experta en esas cuestiones.

—Solo por la playa.

Cuando Peter respondió, el rostro se me iluminó.

—Mi lugar favorito —añadí a la conversación en tono pausado.

Lo cierto es que el corazón me iba a mil por hora y eso se dejó ver en mi respiración.

—Podemos ir algún día, también os puedo enseñar el barrio —insistí—. Los sitios más cercanos, el instituto... porque supongo que iréis a Lowell. —Ella asintió.

No sé por qué lo supuse.

Vi algo en ellos, ese valor académico y competitivo que debía existir en estudiantes como nosotros lo fuimos, para poder acceder a un lugar de prestigio y como yo, formar parte del club de natación.

Sé que suena aburrido, pero aquellos años fueron lo mejor. Lo mejor hasta que se convirtieron en lo peor, cuando un día cualquiera mi padre se enteró y estuvo a punto de echarme a patadas de casa. Como una vez intentó reconducir mis sentimientos.

Impensable para alguien que debe quererte a pesar de todo, ¿no?

A día de hoy, todavía me preguntó por qué. ¿Por qué nunca pudo aceptarlo?

Recordándolo, caigo en la cuenta de que pasaron diecinueve meses desde que Peter y su hermana se mudaron tres casas al lado. Durante aquellas semanas nos empeñamos en negar lo que sentíamos por la otra en múltiples ocasiones, quizá por miedo, sobre todo por eso. Teníamos un pánico atroz a demostrarlo, queríamos expulsarlo y dar paso a otra clase de emociones, caminar de la mano, mostrarnos tal y como quisimos ser ante un mundo donde la aceptación daba pasos agigantados, pero que tampoco estaba preparado para tal clase de libertad.

Ella estaba en mi habitación, tan perfecta como siempre. La vi morder por tercera vez una barra de chocolate blanco, la envidié, envidié a ese dulce como nadie tendría idea jamás. Me quedé embelesada, mirándola, siguiendo el movimiento de sus labios hasta que ella reparó en la atención que tenía puesta en ese gesto.

—¿Quieres? —me preguntó.

Yo negué.

No quería chocolate.

Bajó la cabeza y siguió con los apuntes. Al día siguiente teníamos un examen importante, todos lo eran en esa época de nuestra vida.

—Lo cierto es que...

—Alto —ordenó. Después me miró con sus bonitos ojos azules y sonrió—. Si sigues así no prestaré atención a esto y si no lo hago, el próximo fin de semana no podremos estar juntas.

Después de todo, me pareció una transacción justa.

Asentí con las mejillas rojas y un picor en los labios que no podía ni quería contener. La maldije por tener razón, lo hice una y otra vez hasta que quise apartar la mirada y seguir con lo mío. Pero fue ella quién me sorprendió. Todavía me pongo nerviosa al recordar la manera en la que ella solía pillarme desprevenida, para acariciarme, besarme y tocar todo lo que hay más allá del alma, esa parte a la que solo el amor puede acceder.

Y lo hizo, me besó como si nunca lo hubiera hecho, de la manera en la que escondes el deseo de toda una vida. Lo hizo cuando la puerta de mi dormitorio se abrió y él nos descubrió.

—¡Qué es esto! —gritó.

Papá enfureció al instante.

—Señor Rawley, yo...

—Coge tus cosas y vete de mi casa, no quiero volver a verte por aquí —le ordenó a esa chica de un perfecto océano por mirada.

Ella me miró a los ojos, y yo no supe que hacer. Hasta que él se acercó y yo me convertí en su escudo y espada, un muro inquebrantable construido de risas, recuerdos, caricias, besos y amor, sobre todo, amor.

Ese fue mi modo de evitar que la tocara.

—Déjala en paz, tú no lo entiendes. —Intenté explicárselo a mi padre.

Pero hay padres que no tienden a razones, personas que tienen su propio juicio y opinión de las cosas. Mi padre no entendía el amor, no de la forma en la que yo lo hacía, y nunca pude cambiar su razón de ser. A veces no se puede esculpir una pieza de nuevo, solo esperar un poco de comprensión, pero ni ese pequeño sueño se hizo realidad, todo terminó por convertirse en una frágil ilusión, en un deseo profundo porque él no gritara y ella intentara defender nuestra posición.

Cinco minutos después, se marchó.

La situación fue bochornosa. Podéis cambiar esa palabra por dolor.

Mi padre me miró a los ojos. Vi odio, un asqueroso odio y repulsión hacía mí a través de su mirada. Sentí náuseas. Aunque más allá de eso, me vi traicionada de la peor forma posible.

—No volverás a verla —dijo, después dio un portazo que movió los cimientos de un hogar que segundo tras segundo dejaba de serlo para mí.

Por supuesto, nunca le hice caso, en aquel instante fue la primera vez que me negué a dejar de ser yo, porque ella se llamaba Tanya, y se convirtió en mi primer amor.

UN NECESARIO ADIÓS

El suelo de la ciudad es un conjunto de piedra, sombras y gotas de lluvia taciturna a pesar del sol brillante entre algunas nubes de color gris. Han pasado varios días y todavía siento que esta visión es tan bella como observar el movimiento del mar en las playas de San Francisco. Van a dar las dos y media de la tarde. No estoy en el apartamento, aunque muchos lo llamen hotel. Tampoco a las puertas de una pastelería, ni mucho menos buscando un poco de mí misma mientras guardo una taza de café entre las manos.

Observo mis propios pasos en movimiento, siguiendo la estela de unos que me gustan mucho más.

Está a mi lado, agarrada a mi brazo, con los dedos bailando sobre la chaqueta oscura que llevo, siempre tan habitual en mí. Ella me ha dejado claro que me queda bien, pero no solo la llevo por eso. Digamos que es lo que me identifica, el clasismo mezclado con algo de modernidad y un pelo rizado que baila como el movimiento de un muelle de juguete. Carla no hace más que hablar, me hace mirar a un lado y a otro, ver cada rincón de Londres como si quisiera que guarde esa visión para siempre. Sé que lo haré, pero no porque todo lo que veo sea increíblemente maravilloso, sino porque son recuerdos que he dibujado a su lado. Y jamás abandonarán mi corazón.

Hace unos minutos ha dicho que tiene un plan excelente para terminar el día y me he hecho un par de preguntas.

¿Cómo piensa en eso sin haber empezado esta pequeña aventura? ¿No era yo quién siempre tenía todo planeado de las dos?

—Sé que te gustan mucho los dulces, bien cargados de chocolate —comunica con alegría.

—Así que te has fijado —le digo, negando, como si fuera un horrible pecado.

—Me fijo en muchas cosas, aunque no siempre lo deje ver —aclara, con un tono de orgullo que, debo reconocer, me encanta.

—¿Ah sí?

—Por ejemplo, sé que has sido fumadora por cómo miras a Taylor cuando da una calada a sus cigarrillos. Eres ambidiestra, aunque te gusta escribir más con la izquierda. Siempre miras el teléfono en hora punta, como si esperases el resultado de un importante caso. —Carla gira su rostro y me observa, pero lo hace bien, escudriñando cada secreto que se pueda encontrar en mi alma. Así es como lo siento antes de escucharla continuar—. Y te gusta tanto el negro como para llevar siempre una prenda de ese color, aunque sean los calcetines.

Lo último suena a burla, pero no lo es, porque su voz transforma ese detalle en uno encantador. Otra razón para amarla.

Y una más para hacerme suspirar, por no sé cuanta vez.

—Qué analítica, serías una buena abogada —le digo, como si se tratase de un juego.

—¿Yo? ¡Ni de coña! Qué aburrido.

—¡Oye! —protesto—. Para nada lo es.

—Yo no podría estar todo el día pendiente del papeleo, Cameron me ayuda con eso en la floristería, prefiero hacer arreglos, combinar colores y aromas, soy más de trabajo manual.

—Ya... —No sé si lo identifica, pero mi imaginación piensa en otra clase de trabajo.

Carla se ríe al ver mi expresión, seguro que se ha dado cuenta, yo prefiero no decir nada y seguir con la rutina que ahora mismo llevamos a cabo, mirar a un lado y otro, hasta descubrir cuál es nuestro destino.

—Allí es. —Cuando habla de nuevo, señala a un pequeño puesto ambulante.

La boca se me hace agua al pensar en unas cuantas crepes bañadas de chocolate y un poco de helado. Es lo que ambas pedimos.

South Bank es otro de esos rincones dignos de admirar, no puedo pensar lo contrario. Aunque hay algo que lo supera, y es la imagen de Carla mientras come. Incluso me pregunto qué es lo que piensa, pero no digo nada, porque prefiero seguir sus pasos hasta que ambas nos encontramos frente al río Támesis, sentadas en un banco donde la brisa golpea con fuerza, helando nuestros cuerpos. Ya no sé si ha sido buena lo del helado, aunque joder, el sabor vale mil veces la pena.

—¿Y bien?

—¿Y bien...? —indago esperando a que diga más.

—¿Mejor que las playas de San Francisco?

Desde donde estamos, alcanzo a ver el Palacio de Westminster que se encuentra a escasos trece minutos del London Eye. En las aguas veo el reflejo no solo de toda una vida, también de historias, sueños cumplidos y otros por realizar. Me quedo pensativa durante algunos segundos, los suficientes como para hacerla entrar en dudas o ponerla un poco nerviosa. ¿Lo hago a propósito? Claro que sí.

—Hay una razón por la que es mejor, ¿quieres saberla? —le respondo por fin.

Tras dar otro bocado a la crepe, me tomo un momento para girar mi rostro y verla a los ojos. Su mirada, expectante, brilla de una forma tan peculiar como digna de guardar para siempre en la memoria. Y eso es lo que pienso hacer.

Sé que se pregunta si voy a decir algo, así que no la hago esperar más.

—La razón eres tú, y solo tú.

Mis labios ya no saben a chocolate, este se mezcla con el caramelo de un beso que me lleva a un vacío sin oscuridad ni temores, sobre un manto de pétalos y el aroma que percibo a través de su piel. El cielo ya no es azul, lo percibo verde, aunque juraría que se parece más a la avellana que he degustado al anochecer. El tacto de mis manos da pinceladas suaves como el algodón y de repente parece que ambas hemos creado un mundo totalmente distinto a lo que deberíamos estar viendo.

Escucho el susurro del Támesis, este se mezcla con su respiración y no sé cómo puedo oír también nuestros corazones al ritmo de un reloj que marca las tres. Ya ha pasado más de medio día, pero lo cierto es que aquí no hay tiempo, sino amor.

Y eso me recuerda a algo.

A las veces que me sentí perdida, a lo mucho que deseé volver a sentir, y al cómo odiaré la vida cuando esta me diga que tengo que irme, dejarla, y no respirar de ella un segundo más.

—Cuando creía que no podía sorprenderme más, llegas y lo haces. —Puede que Carla tenga razón, pero en realidad ella también es la que me sorprende a mí—. Nunca pensé que una equivocación fuera a llevarme por un camino tan maravilloso.

—Créeme, sé de lo que hablas —respondo.

Porque es así como lo sentí cuando dejé San Francisco.

Y ahora Londres me sonrío, con sus nubes grises, días de lluvia y ambiente a dulce melancolía, lo hace tirando de mí para que descubra que en todos esos tonos donde yo veía solo oscuridad pueda rebuscar la felicidad que siempre quise encontrar. Miro al frente, a esos ladrillos de historias y besos escondidos, de amantes cuyo encuentro solo podía darse bajo un silencioso cielo oscuro. La magia en la noche, el amor en una mirada, la felicidad a su lado mientras le pega un buen bocado a su crepe y se llena los labios de helado mezclado con caramelo. Y yo sonrío, lo hago porque su rostro es la mejor visión con la que pudiera encontrarme en este momento.

Amplío mi gesto al ver la comisura de sus labios, la limpio con mi dedo índice, y después pruebo de estos sin apenas haberlos rozado. Parezco estar viviendo en años atrás, pero lo cierto es que me encanta este nuevo presente.

—Entonces, ¿me dirás a donde vamos a ir?

—Lo verás cuando anochezca, aunque de día también puede apreciarse todo de una forma maravillosa —se dice, como dándose la razón.

Yo me encojo de hombros, pero no lo hago por desinterés, todo lo contrario.

Los nervios hacen que tartamudeé en más de una ocasión, vuelvo a mis comunes tics con temblores de manos y comienzo a hablar de más, contando mil cosas y a la vez ninguna que tenga sentido, pero sé que a ella le gusta, y mucho más a la ciudad. ¿Qué tendrá Londres que me hace sentir tan viva? ¿Qué habrá ocurrido para dar este giro de ciento ochenta grados? ¿Y dónde está mi yo anterior? ¿Muerto? Puedo jurar que las cenizas se han esparcido a lo largo de mi alma para lograr que nazca un nuevo fuego que ha dado forma a la mujer que ahora se encuentra sentada, sin preocupación por lo que podría perder o en realidad con una sola: La decisión que no soy capaz de tomar sin pensar en las consecuencias que tendrá para nosotras.

Mis dedos con los suyos. El cabello rizado decorando el brillo de sus ojos. La felicidad bañando los míos.

El dulce se acaba, pero no los recuerdos que nos quedan por formar durante los próximos minutos u horas, aunque para mí el tiempo haya dejado de existir. Pasa a segundo plano, y cuando la noche comienza a bañar las aguas del río que vemos en el recorrido como si nuestros pies se deslizaran por este, comprendo que es lo que va a ocurrir a continuación. Carla señala en silencio, basta un gesto para que mis ojos se abran como platos mientras observan los colores azules de la gran noria que da renombre especial a la ciudad.

Mi cuerpo se encoje al pensar en la altura, pero ella me cede la mano y así es como me dice que nada malo va a pasar.

—Vas a disfrutarlo mucho, ya lo verás —añade con esa sonrisa en los labios.

Los latidos de mi corazón son las agujas del reloj que avanzan poco a poco hasta que ambas nos encontramos allí, a la espera de entregar las entradas y subir. Reconozco que me pongo más nerviosa en cuanto entro, pero el paso de los segundos y la seguridad por estar al lado de Carla, logran que todo eso se olvide. En cuanto comenzamos a elevarnos la perspectiva de Londres cambia ante mí de una forma que no puedo llegar a describir. Quizá suene estúpido, incluso imposible, pero creo verme a mí misma más allá, caminando por todas esas calles de posibilidades infinitas mientras me mantengo firme a su lado, hasta apoyar las manos en el cristal observando el reflejo de ambas. La cápsula de cristal gira de una forma mágica, y aunque no entiendo cómo ha conseguido que vayamos solo nosotras dos cuando la capacidad normal es de más personas, me da totalmente igual.

Sé que Carla está esperando qué o no voy a decir, tengo las palabras atascadas en la garganta, pero se bien lo que estoy sintiendo y quiero pronunciar, más allá de un “gracias” que se queda absolutamente corto. Estoy volviendo a nacer, como si mi vida anterior en años pasados no hubiera tenido sentido alguno. El dolor y la incertidumbre se desprenden capa por capa, y poco a poco mientras yo me elevo puedo ver el reflejo de lo que una vez fui, dibujándose entre las sombras que se pierden con un ligero soplo de viento.

La noto a mi lado, me da la mano y su respiración me acaricia el cuello. En un abrir y cerrar de ojos deseo despertar todos los días con el pelo enredado entre sus dedos y ese aroma tan especial rozando la punta de mi nariz.

Mi mente lamenta que sea imposible y el corazón ya lucha a contracorriente.

—Es la primera vez en mucho tiempo que vivo un momento tan mágico como este, la ciudad, las luces, el Támesis... todo es... fantástico —confieso, aunque me quedo corta en palabras—. Me alegra que por una vez en la vida lo hayas tenido todo tan perfectamente planeado.

Carla se echa a reír.

—Creo que voy a cogerle cariño al hecho de hacerlo más a menudo.

Sus labios forman una sonrisa, esa preciosa línea que también se refleja en unos ojos que no dejan de mirarme. Se está perdiendo la ciudad, lo bonito de la noche bañándola, aunque supongo que prefiere descubrirla directamente desde mi visión, porque a mí me pasaría igual.

—Julia, no tienes idea de cómo has cambiado todo mi mundo en estas pocas semanas. Tú...

Pongo el índice sobre sus labios, y la miro, como tantas veces he hecho, soñando que es posible detener el curso de lo que ahora estamos conociendo. Porque no quiero promesas para el mañana, no quiero decepciones ante las posibilidades de lo que no podamos vivir.

—Tú eres quién me ha devuelto la sonrisa. —Lo dice separándose un poco, insistiendo en sus palabras y dejándome con la inquietud de saber a qué se refiere o si quiere decir algo más.

A cambio, se queda en silencio, y ahora sí es cuando gira y se dedica a observar su amado hogar.

La piel de Carla adquiere un tono especial, no es producto de las luces, puedo notar como el cabello se le pega al cuello y este se baña de una fina capa de sudor, al igual que a mí me ha ocurrido en cientos de momentos cuando los nervios se han apoderado de todo mi corazón.

—¿No lo hacías antes? —pregunto.

Sé que no porque en mi caso ha sido exactamente igual.

Somos lo que queda de árboles caídos tras una tormenta, las hojas que se pierden marchitas, el susurro de un llanto en mitad de la noche, luchando contra la soledad, preguntándonos si la vida tiene sentido y si al abrir los ojos encontraremos la felicidad.

La noria se detiene y Carla tiene que agarrarse con fuerza.

—¿Acaso la gente puede hacerlo todo el tiempo? —Se limita a responder—. Ser feliz.

No, claro que no, eso ya lo sé.

Pero no me bañes en dudas, digo para mí misma.

Carla baja con torpeza, y yo tengo que agarrar su mano. De repente, cuando la cúpula se abre siento que toda la magia se ha convertido en una pesadilla de la que quiere y necesita despertar.

—¿Qué ocurre?

—No te preocupes, a veces los espacios pequeños y las alturas me marean un poco. — Aunque sonrío, siento que hay algo que no está bien.

Puede que mienta, puede que no, pero lo dejo estar y otra vez lo dejo pasar.

Sin tener idea de nada en absoluto.

—¿Quieres que volvamos a casa?

—Esta tenía que ser una noche mágica —protesta, aunque es más un lamento que proviene de unos labios temblorosos—, tenía que serlo...

—¿Crees que no lo ha sido?

Las dos nos alejamos un poco, yo busco un taxi con la mirada, pero no dejo de prestarle atención. Me atrevo a girarme, encaro su mirada, aparto un mechón de su rostro y dejo que ese

pelo corto acaricie mis dedos de la misma forma que un día traté las flores con las que la conocí. Entonces la beso, busco sus labios lentamente, moviéndome para encajar no solo con los suyos, sino con su corazón, alma y cada grieta que la compone.

Y en mitad de la noche, casi a punto de llover, le dejo claro que la felicidad no hay que buscarla, y que los momentos perfectos existen, aunque no todo salga como teníamos previsto.

ESCALERAS QUE ESCONDEN

PUERTAS DE COLORES

Dicen que la vida pasa en un suspiro, un leve parpadeo, cuando cierras una puerta, o simplemente al abrir los ojos otra vez. Sobre todo, dicen que avanza mucho más rápido cuando tus deseos son contrarios y deseas retener entre los dedos cada momento e instante que tienes la oportunidad de acariciar con las manos. Una realidad a la que me negué por mucho tiempo creyendo que yo sería la excepción, y a la que ahora me aferro con verdaderas ganas de que no se escape entre mis dedos.

Hay una mezcla de aromas entre rosas, claveles, margaritas y crisantemos. Las hojas del calendario han corrido tan aprisa como lo hacen mis pasos mientras voy hacia el interior de *Carla's* y de vuelta a la calle para dejar los pedidos en *Lila*.

Su dueña me ha prometido no sufrir ningún tipo de percance. Ha sonreído, me ha mirado a los ojos y ha confirmado que hoy solo estaremos en la floristería dando color a las sombras. Una expresión que no había entendido hasta ahora. ¿Se puede motear esa eterna oscuridad de diferentes tonalidades como el arcoíris baña el cielo en un día nublado? Estamos en la parte de atrás y aunque la luz incide con fuerza —extraño para esta época en Londres— no es eso en lo que me fijo. Mis ojos se plantan en las grietas de las paredes, los trozos donde faltan pedazos de pintura y parece que la humedad se va a apoderar de cada rincón. Hay belleza en lo viejo y lo desgastado de este lugar, a sabiendas que por aquí han pasado vidas y se han vislumbrado sonrisas.

Como la de Carla.

—Es la última vez que dejo todo en manos de Cameron —protesta.

Yo me giro y la miro en la lejanía con una especie de libreta en las manos. Son páginas que intenta ordenar, pero sus dedos se mueven torpes y eso la hace ver adorablemente sexy.

—¿Y no será que tú necesitas un poco de orden por aquí? —la reto.

Frunce el ceño.

Me echo a reír y ella niega, pero no tarda en encogerse de hombros.

—Te lo dije —confirmo, aunque no quiera llevar la razón.

—Creo que al final si tendremos que hacer algunos encargos hoy, sino no podré quitarme trabajo de encima. ¿Tú tienes algo que hacer?

Su expresión cuando ve como intento sonreír no tiene precio. Todo mi cuerpo se convierte en un esqueleto poseído por el pánico como si fuera a introducirme en un bosque oscuro del que no seré capaz de escapar. Aunque al mirarla a los ojos siempre veo la luz necesaria para salir adelante, y eso no va a cambiar.

Ni ahora, ni parece que nunca.

—Tenía una videoconferencia, pero puede esperar.

—No, no, si es importante ve a lo tuyo, le pediré ayuda a Tony.

—¿Y mancharse su precioso vestuario? Venga, no digas tonterías —me burlo. Carla parece meditar en ello durante algunos segundos, pone los ojos en blanco y termina por reír a carcajadas al imaginarlo. Después hago un gesto con la mano y le dedico un guiño—. Mando un mensaje y estoy contigo. Además, estoy de vacaciones, no debería ni pensar en ayudar al imbécil de mi jefe. No tengo idea de por qué soy tan tonta.

—No creo que seas tonta, solo eres tú.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que eres profesional, una mujer que no deja las cosas a medias, a pesar de haber viajado a la otra punta del planeta —añade con orgullo.

Uno que brilla en esa mirada verdosa.

Veo el mismo color en los tallos de las flores que tengo entre manos. No tengo idea de cuáles son, pero huelen de maravilla. Reconozco el aroma en alguna de las prendas que Carla ha llevado.

Suspiro y mis pies caminan por sí solos hacia ella.

—Odio que tengas razón, ¿lo sabías?

—No creo que me odies —ahora es ella la que se burla y yo caigo en el embrujo de sus palabras y el movimiento de sus labios. Deseo besarla, crear esos fuegos artificiales a los que juntas somos capaces de dar vida. Doy un paso al frente, pero Carla lleva su atención a los papeles que tiene entre manos y entonces me paralizó antes de que hable—. Pero eso ya lo sabes, ¿no?

Lo añade con un tono de voz totalmente diferente.

Intenta desviar mi atención, pero ¿a qué?

Recuerdo la escena de Rachel y Luce en *Imagine Me & You*, con las rosas rojas como protagonistas y sus labios dando esencia a la vida que comenzaban a compartir juntas. Ahora soy yo quién siente el impulso de apartar esos malditos documentos de sus manos, tirarlos y dejar que las espinas nos lleven a una loca escena de risas, vergüenza y algo que recordar cuando pasen los años.

La miro a los ojos y siento que esa última palabra se esfuma cuando recuerdo mi cercana marcha y lo consciente que Carla es de ello.

Tal vez sea eso.

No quiere que le rompa el corazón.

Yo tampoco quiero hacerlo, ni que me partan en dos.

Pero otra parte de mí... ay, otra parte de mí quiere mandar todo a la mierda y darle una hostia a la vida para decirle *aquí estoy*, y no vas a poner freno a mi felicidad.

—¿Crees que podrás elaborar un par de ramos si te doy indicaciones? —su voz me despierta.

—Claro.

Respondo, como si en realidad me viera capaz de no salir huyendo.

Sé que Taylor no fue el primero en ser consciente de lo que ocurría entre las dos, pero sí el que me dio una advertencia, por decir algo. Quedaban tres pedazos de pizza en una de las cajas y todos estaban preparando la sesión de juegos para después. Nunca hubo palabras como *¿Cuáles son tus intenciones?* o cosas así, pero sí una charla que cambió un tanto mi perspectiva y que, a la vez, logró que me sintiera mucho más segura de mí misma.

—¿Quieres uno? —preguntó ofreciéndome un cigarrillo.

—No, lo dejé hace tiempo.

—Algo me lo decía. —Sus ojos se rasgaron más si cabe, en una sonrisa complaciente y tranquila—. No te importa que yo sí fume ¿verdad?

—Adelante.

Estábamos en la parte de atrás de la casa, en un jardín cubierto de flores y por así decirlo de ella. Yo tenía un poco de frío, pero logré apaciguarlo con mis propios brazos. Al estirar el cuello vi a los padres de las chicas charlando tranquilamente con ellas mientras el resto se movían como pollos sin cabeza. Algo estaba yendo mal, pero desde luego no iba a ser una catástrofe. No como acabaría siendo mi interior si no conseguía apaciguar los nervios que me recorrían por dentro. Miré a los ojos de Taylor otra vez y advertí su forma de intentar desmenuzar todo lo que había más allá de los míos. Tuve que lanzar un suspiro, y él lo notó, volvió a sonreírme, pero yo esperé para escuchar cualquier palabra que me hiciera escapar de esa casa en el primer sábado que pasamos todos juntos.

Y aunque fue algo parecido, no sucedió exactamente así.

—Te gusta ¿verdad? —preguntó—. No me malinterpretes, no tiene nada de malo — detalló poco después, moviendo la mano derecha como quitándole importancia mientras el pitillo iba directo a sus labios. Dio una calada larga, tomándose el tiempo de llenar sus pulmones para luego expulsar el humo del tabaco tranquilamente. Joder, cómo echaba de menos ese sabor. Entonces, volvió a mí—. Pero...

Claro, hay un pero . ¿Cómo no iba a ser así?

—¿Qué harás cuando tengas que coger el avión de vuelta a San Francisco?

Taylor se atrevió a realizar en voz alta la misma pregunta que yo me estuve haciendo durante días, mientras acortaba las distancias con Carla en actos de locura y desenfreno, de sabor a vida, pero a la vez con la capacidad de crear una cuenta atrás que pronto nos explotaría en la cara.

—¿La verdad? La verdad es que no lo sé —admití, y no le mentí al respecto.

Volví a abrazarme y a mirar al interior de ese hogar repleto de felicidad, pero con ciertos enfoques diferentes, como si un tsunami estuviese a punto de arrollar a esa familia, de sangre y amistades por igual.

—¿Crees que me estoy equivocando? ¿Crees que debería dejarlo?

—No, todo lo contrario, yo no soy nadie para impedir que una persona sea feliz, mucho menos Carla. Es solo que el tiempo... —Taylor se detuvo en esa palabra.

Tiempo. ¿Qué es el tiempo? Advertí un carraspeo y él tuvo que llevar el cigarro hacia los labios para intentar desviar la atención del tema, como si hubiera metido la pata. Ese fue el momento indicado para preguntar, aunque de nuevo no lo hice por miedo a lo que pudiera encontrar, aun cuando observé el gesto de preocupación en Cameron y sus padres, incluso cuando noté como Carla actuaba diferente en un intento por hacer que ese “nada” no se notase.

Nada y todo a la vez.

—Ya, mis vacaciones serán cortas —añadí yo, con la esperanza de que se estuviera refiriendo a eso.

En ese momento, no reparé en ello. Solo seguí hablando.

—Podemos decir, y es cierto, que es una locura enamorarse de alguien cuando sabes que este viaje solo será temporal y tendrás que dejar todo atrás de un momento a otro.

—¿Has dicho enamorarse? —Taylor se quedó sorprendido.

Yo lo admití sin apenas darme cuenta.

—Ni yo misma creí poder hacerlo tan rápido —admití ya sin remedio alguno, aparté un mechón de mi cara y después sonreí, cabizbaja, con las mejillas dejando que ese color canela adoptase un sonrojo especial.

—Si los fuegos artificiales existen, ¿por qué el amor no debería empezar de una forma fugaz y ardiente?

Yo me hice la misma pregunta, todos los días y todas las noches desde que llegué a Notting Hill y me crucé con ella.

—No sé cómo va a ir todo Taylor, pero ahora no quiero pensar en eso, el único miedo que tengo es hacerle daño y...

—Ella tiene muy claras las cosas —me interrumpió y miró con firmeza. Lo dijo tan fríamente que me sorprendió—, la vida se lo ha enseñado así y sé que no daría un paso en falso o adelante si no estuviera segura de lo que hace, a pesar de todo.

—¿A pesar de todo?

—De lo que pudiera pasar —dijo, volviendo a ese tono de advertencia ante las extrañezas del presente—. Ya sabes, todo puede dar giros inesperados.

No sé por qué sentí que intentó dar varios pasos atrás con lo que dijo.

El humo otra vez en sus pulmones.

Una pregunta en mis labios.

Y la puerta de aquel maravilloso hogar abriéndose ante nosotros.

—¡Ya está todo arreglado! —gritó un Tony con gesto desesperado—. ¿Vamos a jugar? Hoy es noche de apuestas.

—Lo termino y entro —respondió Taylor.

—Entonces me llevo a la chica. —Tony vino hacia mí, me guiñó el ojo y no tardó en devolverme a ese estado de éxtasis que experimentas cuando estás a punto de subirte a una montaña rusa.

Pero la conversación con Taylor, se mantuvo en mi recuerdo durante días.

Incluso hasta hoy.

Cuando el motor de *Lila* arranca, tengo las manos apoyadas sobre los muslos. Mis dedos hacen presión y ya no sé si es por la inseguridad que siento dentro de esta vieja caja de metal, o por los nervios que me producen recordar las primeras palabras que cruce con Carla mientras recorríamos Londres como si yo fuera su ayudante de verdad. Ante nosotras se abre una calle, con poco tráfico, lo que me permite escuchar el susurro de las personas que pasean a nuestro alrededor.

Debe ser un poder sobrenatural, el percibir lo más simple de la vida sin prestarle demasiada atención, como los colores más inusuales, las sonrisas escondidas en tristeza, las hojas pintando cuadros elementales sobre la ciudad.

En la radio suena *Heart Hope* de Oh Wonder. Durante estas semanas he estado nutriéndome desde cero de la música alternativa Londinense, y admito que en comparación con todo lo que conocía, no soy capaz de describir cómo me está gustando ver la ciudad y este nuevo mundo a través de sus canciones. Me siento en mis primeros años abrazando al jazz, entrando en tiendas para comprar vinilos desconocidos y disfrutar de cada acorde o melodía tumbada en la madera fría de la casa de mi abuela, acariciando las imperfecciones con los dedos mientras comía helado en los días más calurosos. Y a pesar de estar metida en ese ambiente de una burbuja que no quiero abandonar, quiero escupir las palabras que digo a continuación, entrando en pleno centro, como nuestro primer día juntas:

—Carla, todo está bien, ¿verdad?

—¿Por qué me lo preguntas? —responde, sin mirarme a los ojos.

Su atención puesta en la carretera es digna de enamorarse, una y mil veces.

—Es solo una sensación...

—Tú no preguntas por sensaciones, me extraña que como abogada te guíes solo por eso —aclara, dando en el clavo.

Aparta por un segundo la atención de lo que tiene delante y me sonrío.

—No me gustan los rodeos, cosa que ya sé que también sabes —me dice—, así que habla sin miedo.

—Últimamente te noto más distante, y sé que las circunstancias no son las mejores —le digo, refiriéndome a lo cerca que estoy de volver a mi rutina habitual—, pero me preocupa haber hecho algo mal.

—¿En serio? ¿Tú?

Lila se detiene abruptamente como si hubiéramos atravesado un bache. Lanzo un grito mientras mis manos van a parar al frente y después me aferro al cinturón de seguridad como si de repente la vida se me fuera a escapar de las manos. Por supuesto, Carla se echa a reír y yo tengo deseos de matarla.

—Te he dicho mil veces que no...

—Ya te dije que es fiable, este cacharro no será el que nos mate, créeme —lo dice con tanta seguridad que hasta me da miedo.

Pongo los ojos en blanco, me llevo las manos hacia el ojo y después arreglo un poco mi peinado.

—Tú no has hecho nada más que traer un vendaval de alegría a mi vida, y a la de los chicos. Eres el aire fresco que nos hacía falta, como ese ingrediente que hace a un perfume especial y único. Lo único que pasa es que el trabajo, cuando estoy sola... a veces se complica demasiado.

Quiero creerla, claro que sí, y me obligo a hacerlo mientras sonrío.

El semáforo se pone en verde y avanzamos con las inseguridades ancladas en el mismo lugar.

—Déjame ayudarte más, esta noche hablaré con Thomas, le diré que tomaré estas vacaciones en serio ¿de acuerdo?

—Pensaba que no lo harías nunca. —Ahora es ella quien niega y se alegra también en el proceso. Las dos caras de una moneda, dos polos opuestos que me muero por acariciar, besar y conocer en profundidad. Como los tesoros más extraños hallados jamás—. Te estás perdiendo mucho de Londres y Notting Hill y no me gustaría que volvieras a San Francisco sin ver algunos lugares emblemáticos, y cuando digo emblemáticos no me refiero a los habituales, hazme caso.

—Contigo espero cualquier cosa, y a la vez nada decepcionante, de eso estoy segura.

Ella sonrío, echa un vistazo al espejo retrovisor y sigue con el recorrido dejándome en silencio y con la única compañía de una radio que parece seguir nuestros corazones. Melodías y notas suaves, también fugaces y fuertes como cualquier estrella en mitad de la noche.

Cuando entramos en el barrio de Kensington me sorprende la simetría perfecta con la que el barrio encaja todas las piedras, puertas, colores y flores en conjunto. Me obligo a girar el rostro y mirar atrás para darme cuenta de que estamos en esta realidad y no hemos viajado unas cuantas décadas atrás. Si lo que observo es su visión de algo especial, entonces, quiero adentrarme a cada una de esas realidades sin soltarle la mano. No tengo miedo a admitirlo, pero sí a no tener tiempo para cumplirlo. Lo pienso, lo rumio, el pensamiento rebota en mi cerebro por más que intente desecharlo y cuando por fin lo consigo, *Lila* se detiene para dejarme a merced de un suspiro y la sonrisa que quiero arrancar de sus labios en forma de beso. Por el contrario, no me muevo, y no puedo entender por qué, o quizá sí, estoy embelesada con todo lo que veo ante mis ojos cuando pensaba que lo más bonito que podía observar eran las calles antiguas de San Francisco.

—A partir de aquí seguimos a pie —indica Carla, que ha dejado la furgoneta aparcada en el lugar donde debería estar el vehículo de uno de los residentes al sur de Kensington.

Yo asiento y espero a que se mueva. Decido que ojalá no lo hubiera hecho, pero no hay más remedio que continuar, porque cualquier segundo a su lado y acción, son válidos para enamorarme más de esta mujer.

—Tú coge los ramos, yo iré a por lo demás. ¿Ves aquella escalera de allí? Hoy nos encargaremos de dar vida a todas las plantas de la señora Patel.

—¿Lo haces muy a menudo?

—Desde hace un par de años, algo más antes de lograr establecer *Carla's* en Notting Hill. Digamos que así me ganaba la vida. La gente es muy perezosa en cuanto a cuidar de flores se trata, no me malinterpretes, quién lo ama lo hace sin tiempos de espera o preocupaciones, pero si tienes una vida ocupada...

—Ya, ya, lo entiendo, se bien lo que es eso.

La piedra marrón y mojada nos lleva poco a poco hasta las escaleras que esconden una gran puerta pintada en lila junto a una ventana anticuada. Yo elevo la mirada, me nutro de los aromas, pero también de los ladrillos que rodean ventanales con adornos en metal azul cubriendo el cristal. Al ver el cuidado con el que Carla camina me doy cuenta de la importancia que para ella tiene estar ahí, un trabajo que le recorre las venas. Ni siquiera reparo en cómo debe detenerse un par de veces a respirar ni la manera en la que coge fuerzas poco después para continuar. Solo la miro acariciar las primeras hojas y la sigo sin más.

—Es muy importante protegerlas en esta época del año, aunque estas podrían sobrevivir a un invierno mucho más duro que el de Londres —dice, no me mira, pero sé que está sonriendo y sus ojos brillan como nunca.

—No como yo —bromeo, echándome a reír.

A la vez, tiro los nervios fuera, sin saber porque los siento.

—Vamos adentro, quiero colocar ese par de ramos antes de terminar con esto e ir a la casa del señor Anderson.

La calidez nos acoge de inmediato, aunque no hay ningún tipo de calefacción. Me veo a mí misma sin la capacidad de pronunciar una sola palabra cuando noto la confianza que

depositan en Carla al dejarle las llaves de un hogar que perfectamente podría ser destruido por almas irrespetuosas.

Ella tose.

Yo me quedo parada en la puerta.

—No temas, aquí no hay ningún fantasma, aunque lo parezca —dice, con un tono bromista, y apagado a la vez.

La casa se pinta ante nosotras como la viva imagen del hogar donde una vez viví con mi abuela. Hay un montón de estanterías con libros antiguos, de cuero desgastado, lámparas, pero también velas, un periódico abierto sobre la mesa, y dos tazas de porcelana vacías como si en realidad sirvieran más de adorno que para tomar el té. Dejo ambos ramos sobre esta y después entrelazo mis dedos fijándome en la chaqueta marrón de Carla y como su pelo roza el cuello de esta. Yo la miro en un intento por devorarla sin previo aviso, y ella también lo hace, pero por primera vez o quizá no, noto duda en su corazón. Doy por hecho que cuando está trabajando no se da la oportunidad de caminar hacia lados que no son correctos. Doy por sentado que se trata de eso. Aunque no.

Pero yo no lo sé. Yo no sé absolutamente nada.

La veo trabajar y moverse. De vez en cuando la ayudo con la tierra una vez ha terminado con las tijeras de jardinería. También riego las plantas cuando estamos en la escalera de nuevo, siguiendo las indicaciones de Carla con cuidado, porque no todas pueden empaparse por igual, o morirán, con la misma rapidez que un amor se esfuma al abrazo del olvido.

—Me gusta la delicadeza con la que hay que trabajar ¿sabes? Cuando estoy en la oficina, siento que todo mi trabajo no es más que una montaña de arena que está a punto de derrumbarse sobre mí.

—Ya te dije que era relajante y justo lo que necesitabas —me recuerda.

—Lo que yo ahora necesito es... —digo, aunque sé que me va a interrumpir.

—No distraerte para que podamos terminar pronto, o no podré cumplir con mi promesa —se excusa.

Y así continúa durante los minutos siguientes, tiempo que al final se convierte en horas que siento desperdiciadas y no entiendo por qué.

Porque el privilegio y premio de este recorrido no es otro que conocer en profundidad a la mujer de la que me he enamorado en tan pocos días. La que hace replantearme absolutamente todo. A la que odio por cambiar mi perspectiva del mundo. Por la que lloro cuando me doy cuenta que temo el día en que deba caminar hacia el interior del avión para alejarme y tal vez no volver jamás.

¿Y si me quedo? ¿Y si esto no es un sueño?

¿Y si es la oportunidad de mi vida? ¿Y si no me voy?

Y si...

¿Qué tal si espero a mañana y dejo que el tiempo hable por las dos?

CUANDO LOS COLORES DESAPARECEN

Hay una taza de café sobre la mesa. Frío. Tanto como lo están mis pensamientos. No sé cómo apartar la mirada de la ventana, son mis ojos contra el hielo imaginario que intenta romperse al paso de imágenes y palabras que no consigo poner en orden. Mis dedos hace rato que se han aferrado a las cortinas blancas que he apartado con la intención de que entre un poco de luz al interior del apartamento. Ni eso me alivia. Tampoco una llamada de teléfono. Hablar con mamá, o la charla que tuve con Thomas la noche anterior dejándome claro que todo está bien y que no tengo por qué estar tan pendiente del trabajo. Cada día es más evidente que no me necesitan, o esa es mi sensación.

Parece que tengo frente a mí todas las señales suficientes para no volver, aunque todo lo que me compone prefiera ignorarlo. Tenerle miedo a la vida es perder la oportunidad de respirar, de brillar, tenerle miedo a todo es apagarte poco a poco y yo lo estoy consiguiendo.

¿Y por qué cojones lo permito? No lo sé. Las manos me tiemblan producto de mis propias inseguridades, cercanas a esa adolescente que una vez fui.

Pero despierto cuando el teléfono vibra encima de la mesa, al lado de la taza de café más helado que antes y un par de tostadas a mitad de comer. Corro con la ilusión de una niña pequeña a ver quién es y descubro como mi corazón tiene razón al ser la batuta que carga mi alma de melodías de amor. Veo su nombre, y sonrío cuando leo que esta noche vendrá al apartamento y que le gustaría pasar una velada tranquila conmigo.

Cierro los ojos y recuerdo una canción, *Heal* de Tom Odell, e inmediatamente mis pies se elevan lejos de la muerte y ese agujero imaginario donde la oscuridad me ha tenido atrapada durante años.

Está claro que se puede curar la tristeza con un ínfimo segundo de felicidad.

Respondo y aunque el café frío jamás me ha gustado lo bebo antes de ir directa a tomar una ducha y dejar el apartamento para recorrer el que ahora es mi hogar. Mi pelo baila sobre una chaqueta en color gris combinada con una gran bufanda de un tono mucho más oscuro, casi bañada en negro. Quiero visitar el mercado de Portobello Road una vez más para comprar algo de comida y dulce, pero antes me decido a dar un paseo por los callejones peatonales, más conocidos como *mews* porque me muero por fotografiar el de St Luke's donde se rodó *Love Actually*. Y cuando llego yo soy una mezcla entre pureza, inocencia y nervios a partes iguales.

—¿Podría ayudarme? —Mi voz suena a un bello cántico con acento Californiano cuando muestro el teléfono móvil a un hombre que casualmente pasa por allí—. Solo será una, prometido.

Y con una sonrisa, guarda la instantánea dedicándome un gesto amable.

Me encanta como la gente de este lugar es capaz de entregarte un pedacito de alma sin pedir nada a cambio, y ese trozo soy yo delante de un fondo azul más bello que cualquier cielo al que pueda mirar.

—Gracias.

Asiento y guardo las manos en los bolsillos. Las mejillas me duelen y los cristales de las gafas se me empañan debido al frío mientras avanzo perdiéndome entre las calles como si no tuviera rumbo fijo por el que dejar que viajen mis pies.

Y es así.

Hasta que el destino desea todo lo contrario. Como siempre ha debido ser.

—¡Julia! —El grito me sobresalta.

Giro sobre mis pasos y descubro a Shelby junto a Tony. Es el último quién se abalanza sobre mí en mitad de la calle.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto.

—Venga, ¿no sabes ya que este barrio es como mi segundo hogar? De verdad chica, a veces me sorprendes.

—Si ya sabes que soy distraída ¿por qué te pones así? —protesto, aunque ambos acabamos riendo. Shelby también lo hace y el rostro se me baña de sorpresa al descubrir un millón de cosas.

—¿Dabas un paseo? —pregunta ella.

—Más o menos, quería hacer unas compras, pero hace días que no me tomo unos minutos para recorrer el barrio así que...

—Si quieres podemos ir a tomar algo juntos —sugiere.

Aunque quiero negarme Tony me atrapa del brazo y se queda entre ambas.

—Si fuera hetero ahora mismo toda la ciudad me envidiaría. —Nos guiña un ojo y es él quién empieza a caminar.

—Pero...

—Pero nada, seis ojos son más que un par y podrías perderte. No queremos eso, ¿verdad Shelby? —bromea, mordiéndose los labios para no reír.

Menudo cuadro. Yo pensando en que poder cocinar a Carla mientras camino por este barrio de ensueño junto a su ex. ¿Y si de casualidad nos la encontramos?

No, no pienses en eso.

Tony me mira en silencio y yo me encojo de hombros como si no tuviera nada importante que decir. En realidad, tampoco tengo opción, aunque una parte de mi desea continuar caminando a pesar de, sí, otra vez, el miedo. Cinco minutos o quizá menos, es el tiempo que me

doy para seguir los pasos de ambos y acabar de nuevo en Portobello para adentrarnos en *Bluebells* y e intentar volver a ser yo.

Esa mujer que acepta el sombrero de Tony como gesto de hermandad, incluso aunque no lo traiga consigo. Lo que me hace fijarme en el destello pelirrojo de su pelo castaño.

—Allí hay sitio —dice Shelby.

Sigo sus pasos y me quito la chaqueta junto a la bufanda para dejarlo todo en una de las sillas que hay en una zona céntrica de un local con mezcla de hogar y modernidad.

—Si no te digo algo moriré —añade ella poco después—. Me encanta ese estilo tan...

—¿También te impone? —la interrumpe Tony—. Una abogada a la que temer, una mujer de armas tomar, firme y elegante a la vez.

Yo me quedo con la boca abierta.

—Super sexy —añade.

—Tony, cállate ya —le exijo de inmediato, el calor me sube por todo el cuerpo hasta arderme en las mejillas.

—Él tiene razón, tienes mucho estilo y a mí no me gusta mentir ni quedarme con cosas por decir —admite Shelby sin facilitarme en absoluto la situación. ¿Soy yo o me come con los ojos? Prefiero suspirar, tomar asiento y fingir que nada ha pasado—. Iremos de compras algún día, debería tomar ejemplo de alguien como tú.

Añade y al menos ahora su voz no suena lasciva, o no tanto. Es más un cántico de sinceridad.

—No si yo no voy, ¿trato?

—Sabes que sí, tonto —le digo a Tony, y me echo a reír, apartando el pelo de mi cara para hacerme un recogido sencillo con mis propios mechones. Hablo como si no me fuera a marchar jamás de aquí y eso me reconforta, aunque a la vez me asusta—. Jamás te traicionaría, pero ya que me has traído hasta aquí, pide algo bueno o saldré por esa puerta odiándote para siempre.

Su puchero no tiene precio.

—Por cierto, ahora que nos estamos sincerando, tengo una duda. —Le miro a los ojos y en estos se debe reflejar cierta malicia que no piensa ocultar. Sé que Shelby me mira y Tony espera las siguientes palabras sonrientes—. ¿Tú y Taylor alguna vez...?

—Tienes que estar de coña —responde con expresión desencajada.

Shelby es la que rompe a risas.

—¿Qué? Yo también me fijo en las cosas... —Y para molestar me encojo de hombros frente a él.

El resto de la conversación, son nuestras voces juguetonas, mezclándose con la esencia de una verdadera amistad.

Al cerrar los ojos, abrirlos y observar otra vez a mi alrededor, recuerdo una mañana de primavera en la que iba del brazo de Amber mientras nuestros pies se sumergían en las aguas de la orilla de las playas de San Francisco, como tantas veces hicimos. No era un día en particular ni sumamente especial, a excepción de que no fuimos a trabajar como “gratificación” por nuestra excelente labor durante las últimas semanas en Nolan Law. En especial lo agradecí para no tener que soportar a Alexander y su aire de superioridad en un viernes.

El sol incidía con fuerza, lo que impedía que pudiera ver al frente con claridad, pero a ninguna nos importó porque las sombras sobre la arena no eran más que un escenario de oro bañado en sinceridad.

—Qué bien sabe estar fuera de la oficina.

—Últimamente es un infierno, ¿no te lo parece? —dije, sorprendiéndome a mí misma al admitirlo.

—¿Y lo dices tú que eres adicta al trabajo?

La miré a los ojos y me quedé en silencio, después mis hombros se movieron frente a mis ojos, ocultándose poco después por el agua de las olas besando la orilla y nuestra piel.

—Es que últimamente, todo es diferente ¿sabes? A veces creo que Sophia tiene o tenía mucha razón, me he perdido, sin remedio ni vuelta atrás.

—Quizá no es del todo cierto. ¿Tú estás dónde quieres estar?

¿Cómo iba a imaginar que unos nueve meses después me encontraría huyendo de ese infierno?

—Laboralmente hablando sí, quiero decir, estoy a punto de conseguir el ascenso, de cumplir mi sueño. Siento que lo rozo con mis dedos, y esta ciudad es un santuario, aunque me gustaría que algunas cosas fueran diferentes.

—Como la relación con tus padres.

—Por ejemplo —le admití mordiéndome el labio inferior y con un terror voraz en mi corazón—, pero eso es algo que no voy a poder cambiar.

—¿Estás segura? Quizá si les dieras otra oportunidad...

—Las convicciones de un hombre no se cambian tan fácilmente Amber, y mi padre me ha demostrado durante toda mi vida una postura clara y firme. Pero es mejor así, prefiero saberlo a vivir con el desconcierto de lo que podría o no pasar.

—Supongo que tienes razón.

Su voz sonó triste y no fue para menos. Ella conocía toda mi historia, como yo sabía que se escondía en cada grieta de esa personalidad tan tranquila, pero a la vez repleta de múltiples y diferentes matices. Ambas nos detuvimos para observar el horizonte, más allá del mar, como si quisiéramos alcanzarlo todo con las manos a pesar de no tener la oportunidad de conseguirlo. Aunque mi abuela siempre dijo que aquello que deseas está a un solo paso si tienes el valor para lanzarte e ir a por ello. En cientos de ocasiones me pregunté en que partes de mi día a día debía aplicarlo y al final llegué a la conclusión de que no se puede vivir del todo si no caminas con la

intención de luchar contra la guerra invisible de las horas, el destino y lo que traen hacia ti.

Me sinceré incluso en mitad de ese silencio, donde el mar azul destelló como las estrellas lo hacen en un cielo pleno y oscuro en mitad de la noche. Pequeñas conchas se asomaron por la tierra para acariciarme los pies y aunque me quedé estática supe que estas llegaban a mi encuentro para hacerme saber que los pasos eran correctos.

Al menos así lo venía creyendo desde hacía tiempo.

Con mis múltiples cagadas incluidas, porque no os puedo mentir, hubo muchas veces que metí la pata hasta el fondo. Quizá dejar ir a Sophia fue una de tantas.

Suspiré al recordarla, pero también sonreí porque sabía bien que estaría mejor sin mí.

—A veces la echo de menos. Siempre me ha resultado difícil entender como mi abuela ha estado más a mi lado que mis propios padres, siendo ella de otra generación —recordé con añoranza.

—Supongo que es porque te amaba con el corazón, y no era un amor ciego sino verdadero y cristalino, con el que no juzgas a pesar de no entender algunas cosas. Esa clase de amor con el que abrazas imperfecciones, limpias lágrimas y acoges entre tus manos el alma de la otra persona sin importar los colores que la compongan. —Las palabras de Amber provocaron que un par de lágrimas me surcaran el rostro—. Allá donde esté, sigue cuidando de ti, de eso estoy segura. Jamás dudes que por ser lo que eres debes ser amada de menos o juzgada, aunque los echés de menos y desees que ciertas personas pudieran estar en tu vida, hay que dejar ir aquello que nos envenena.

—Tienes toda la razón, duele, pero tienes razón. Joder, ojalá te hubiera encontrado en aquellos años donde no tuve idea de qué hacer —le dije, me giré y la abracé con fuerza, escondiendo el rostro en su hombro dejando que mi integridad y fortaleza se tambaleasen.

El golpe de las olas dibujó en mi rostro otra sonrisa, después alcé la mirada al cielo para creer que desde lo más alto ella nos miraba de la misma manera que lo hizo estando a mi lado, en un hogar donde me forjé como la mujer valiente que debía ser, fui y soy.

Para golpear cualquier muro.

Para derribar todo el daño que me propinasen con fuerza y valor.

—El lunes, cuando vuelvas a la oficina verás todo con otra cara —añadió Amber llevándome de nuevo a una caminata tranquila por la arena—. Quizá las cosas no cambien pronto, o tal como tú quieres que lo hagan, pero lo harán.

Y vaya si Amber tenía razón.

Es difícil dejar de reír cuando te rodeas de personas tan auténticas como únicas y aunque en principio reconozco que desconfié de Shelby —por evidentes razones—, estoy descubriendo la razón por la que se mantiene tan unida a los chicos, muy a pesar de todo. Aunque evito en todo momento pensar que sus labios han besado los de Carla, o que sus manos han llegado más allá de lo que yo he podido alcanzar. El café se atasca en mi garganta y tengo que carraspear para volver

a la realidad mientras la veo sonreír.

—La verdad es que no sabría bien si me podría negar, a quedarme por aquí —digo—, este barrio tiene lo mejor de la ciudad, aunque algunos puedan decir lo contrario, aunque tampoco he ido por ahí preguntando —bromeo y dejo la taza a un lado. Con los dedos parto un trozo de croissant y lo llevo hacia mis labios. Tony me mira con la ceja derecha levantada y sé lo que está a punto de decir, pero yo me adelanto a su respuesta—. El SoHo también está muy bien.

—Tienes suerte de haber dicho eso, creo que estaba a punto de matarte —se burla Shelby.

—Eso no lo voy a discutir ahora, porque puede que me envenene o salgáis con preguntas que no tienen sentido. —Tony me dedica un guiño y levanta las manos en señal de paz mientras nos mira—. Por el momento me conformo con que vengas al próximo concierto, no puedes perderte uno más o juro que volverás a San Francisco con mi odio siguiendo tus pasos.

—¿Hablas en serio? No te creo... —finjo, intentando no reír.

—No me tienes preciosa —añade chasqueando los dedos. Después echa un vistazo a su alrededor—. Voy al baño un segundo, no me criticéis demasiado queridas mías.

—Pondremos todo nuestro esfuerzo —responde Shelby aguantando la risa.

Cuando nos quedamos solas la mirada se me va al mostrador y los diferentes dulces que todavía quedan expuestos para darme un buen atracón. Eso me demuestra que estoy nerviosa, no tardo en levantar la mano y pedir que me traigan un par de pedazos de brownies. También miro a Shelby por si ella quiere algo, aunque niega y después suspiro cuando el camarero se marcha dejando a la vista los taburetes vacíos en color azul.

El local no está tan lleno de gente y eso lo agradezco en parte, porque puedo escuchar perfectamente la música y una sonrisa se dibuja en mis labios al reconocer una canción de The Veronicas. Australia viajando directo a Londres a golpe de voces y acordes.

—¿Echarás de menos todo esto? —Shelby habla y reconozco que el sonido de su voz mezclándose con la canción es bastante agradable.

—Va a ser un problema... pero sí.

—¿Y por qué no das un giro definitivo a tu vida y te quedas? Por lo que sé y me han contado los chicos, las cosas no van tan bien en San Francisco.

—No sé... —le digo, quedándome paralizada.

Una sensación que odio.

—Sería un cambio muy grande, supongo que sí. Aunque podrías formar tu propio despacho, en Londres la gente también necesita ayuda y algún abogado que otro.

Su sonrisa me transporta a la idea enseguida, y no suena tan mal. De hecho, me hace reír mientras niego.

—¿Sabes? No es mala idea, siempre he estado acostumbrada a trabajar con un gran equipo, aunque lo pensaré.

—¿Lo dices por complacerme?

¿Por qué debería complacerla? Me quedo en silencio al intentar buscar una respuesta para eso y otra vez siento el calor acariciarme las mejillas.

—Al contrario —admito, aunque no sé si es real o no—, lo digo porque tengo mucho en lo que pensar, aunque no sé, hay tantas cosas...

¿No parece que Tony tarda demasiado? Intento buscarlo con la mirada y después suspiro. Los brownies llegan a tiempo, pero para ese momento tengo la taza de nuevo entre las manos y estoy dando un largo sorbo de café.

—Es que han pasado cosas que todavía no sé bien como definir. —Y sin más, me tiro a una piscina vacía—. Carla es tan...

—¿Complicada?

Asiento tan rápido que hasta yo misma me sorprendo.

—Siempre lo ha sido, aunque estos últimos años es un poco más difícil de llevar —dice Shelby y yo reconozco a través de su mirada una forma de recordar momentos e instantes en conjunto.

El corazón se me paraliza. No son celos. No sé qué es. Un pitido en ambos oídos y la música se apaga. Todo viaja a cámara lenta mientras ella mueve los labios en un discurso al que presto total atención, pero poco después yo me rompo como un vaso de cristal cuando escucho la palabra “enfermedad”.

—Espera, ¿qué has dicho?

—Pero, ¿no lo sabes? —me pregunta, con gesto de haber metido la pata.

Tony se sienta a nuestro lado, la canela de mi piel se pierde. Me quedo tan pálida que siento voy a vomitar de un momento a otro. Él me coge la mano, me pregunta que pasa, pero no soy capaz de responder. Todo a mi alrededor se esfuma y yo me caigo en un hoyo imaginario.

Nada en la vida ha podido prepararme para esto.

UNA CONSTELACIÓN DE LUNARES

La lluvia golpea la ventana con fuerza. Siento que es un presagio, el reflejo del huracán imaginario que recorre el interior del apartamento. Toda la información está mezclada y se pierde en ciertas ocasiones por esa música que deseé seguir escuchando en la cafetería con tal de no darme de lleno contra una realidad tan dura como dolorosa. Cáncer. Tiene cáncer. Tony se quedó tan pálido como yo al darse cuenta de la manera en la que me había enterado. Ambos juraron haber tenido esa conversación con Carla en la que ella les aseguró decírmelo. Después, solo recuerdo la manera en la que todo giró a mi alrededor y tuve que salir para tomar aire, o vete a saber qué.

En este momento tengo el teléfono en mano y veo su mensaje, lo he visto durante tantas veces en los últimos minutos que me asusta la idea de borrarlo en un arranque de furia. Tiene que ser mentira. Pero nadie mentiría con respecto a algo tan serio como el cáncer.

¿Y Carla?

¿Qué hay de ella? ¿Por qué coño no me lo ha dicho antes?

Estamos a último día de enero, hemos tenido ¿cuántos? ¿veinte días? Casi tres semanas para romper el hielo, o lo que sea, agarrar el tiempo entre las manos y partirlo en pequeños fragmentos para darnos la oportunidad de tener una charla sincera sobre eso. Aunque también se me vienen pequeños flashes en los que quizá quiso hacerlo, pero no se dio la oportunidad.

Ahora lo entiendo, los gestos de preocupación, las veces que ella misma se evadía y parecía estar en su propio mundo. El modo en que su mirada se perdía en cualquier lugar o un punto en concreto de vez en cuando. Sus pausas. La manera en la que debe tomar aire muy a menudo. Y sobre todo el cómo corre hacia la vida sin pedirle permiso, siempre a prisas como si todo se le fuera a escapar de las manos. Las mías tiemblan, vaya si tiemblan, y ahora ¿qué? ¿podré mirarle a la cara como si nada? ¿Abriré esa puerta y le sonreiré como si no supiera nada, de la manera que lo he hecho cada día porque estoy irrefrenablemente enamorada de ella? ¿Qué voy a hacer? ¿Qué? Otra vez leo su mensaje, y caigo en la cuenta de que no he traído nada para cocinar. No tengo qué ofrecerle, más que una copa de mi vino blanco favorito. Por la celebración de la vida. Y de la muerte. Su filosofía es tan pura que me duele, duele como si miles de espinas se me estuvieran clavando en la piel ahora mismo.

No puedo respirar. Llueve, es profundamente de noche y yo no puedo respirar. Ahora sería un momento perfecto para encontrarme entre las calles con Mr. S y dejarme llevar por esos consejos que mi abuela siempre supo darme también. Porque no sé cómo cojones voy a poder enfrentarme a esto tan desconocido y a la vez aterrador.

—¿Por qué me has hecho esto? —pregunto, egoístamente, como si ella no tuviera suficiente.

De la manera que actúan los humanos cuando les hacen daño, sin darse cuenta del dolor contrario, de cómo es a ella a quién la muerte persigue y no a mí a quién abraza. Aunque para mí, vivir es tan importante como saber que de un momento a otro podemos morir. Pero no así. No ahora.

El teléfono vibra sobre la mesa. Es Carla.

Llegaré en diez minutos. ¿Lo estás deseando tanto como yo?

Lo que quiero es echarme a dormir, y olvidar esa maldita conversación con Tony y Shelby. Lo que quiero es no haber dejado nunca San Francisco. Lo que quiero es... amarla por el resto de la vida, joder. Acariciar su cabello y hacer de sus labios el caramelo con el que deleitarme de aquí a la eternidad.

—¿Qué has hecho...?

Otra vez deliro, o al menos parece que lo hago mientras viajo a la cocina y comienzo a buscar algo con lo que poder cocinar, pero termino por decidir que es mejor pedir algo para cenar. Mucho más sencillo y rápido. Una forma de que ella evite en todo momento preguntar por qué he decidido usar un ingrediente cualquiera u otro en particular, y por qué he aprendido a cocinar en los momentos más dolorosos y cruciales de mi existencia.

Siendo los fogones un gran escape para mí.

Pero no me da tiempo. Los minutos pasan y este se pone en mi contra. La puerta del apartamento se abre y cierra un segundo después, su risueña caminata va acompañada del silbido que a veces sale de sus labios cuando se encuentra feliz. Esta noche Carla es la que brilla, pero yo, mis manos aprietan la encimera con fuerza. Quiero romper el marrón bajo la fuerza de mis dedos y caer a un abismo que no me permita regresar.

—La puerta estaba abierta, no deberías dejar que...

—¿Por qué? —pregunto, aparezco entre las sombras, con el pelo alborotado y la voz rota, no por el dolor sino por el extremo pánico que me desgarró el corazón—. ¿Por qué Carla?

—Porque cualquiera podría entrar y este es un barrio seguro, pero...

—¡No me refiero a eso! —la interrumpo, elevando con sorpresa el tono de mi voz.

Carla corre hacia el pequeño espacio que ejerce como salón-comedor y deja el bolso sobre la mesa en color negro. Después se deshace de la chaqueta que está pintada con un montón de gotas de lluvia, me mira con esos ojos verde en los que tanto amo reflejarme y descubre el temor en los míos. Va hacia mí e intenta abrazarme, pero yo rechazo sus brazos.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Algo del trabajo?

—No Carla, no, lo que me pasa eres tú —digo, tan tajantemente que incluso yo me asusto—. ¿Cómo has podido permitir que los días pasen sin saberlo?

—¿Sin saberlo? —Cuando hace la pregunta, tengo presente que no reconoce bien a qué

me refiero.

Caigo en la cuenta de todo lo que se ha esforzado por mantener el secreto hasta encontrarse preparada para ello, pero para mí no es suficiente. Esta vez no.

—¡Me lo ha dicho Shelby! ¡Shelby! —Llevo mis manos hacia el pelo y lo aparto de mi cara. El escenario se ha convertido en una melodía rota por la voz de James Arthur en mi cabeza y la traición escondida en los acordes de *Impossible*. Quiero echarme a llorar, pero estoy tan enfadada que no me lo permito—. Estás enferma... Carla, tienes... tienes...

Me cuesta pronunciar la palabra.

Ella se queda de pie, veinte escasos centímetros de mi presencia, levanta la cara, agarra todo su orgullo, asiente y responde.

—Tengo cáncer, sí.

—Y pensabas... ¡qué! ¿Dejar que volviera a San Francisco sin saberlo?

En sus ojos veo la posibilidad de esa idea.

—Joder, hoy solo íbamos a cenar —añado en voz baja—. Yo solo quería cenar. ¿Por qué? ¡Dime por qué!

Los cristales de las ventanas vibran y ya no estoy segura de si resulta por el tono de mi voz o por la fuerza de la lluvia.

—¡Porque no quería que me mirases con esa cara! Porque no quería que en cada encuentro conmigo tuvieras que pensar que me muero ¿vale? —dice con sinceridad y a la vez un valor admirable—. Eres...

—¿Qué soy? —la interrumpo.

—Eres una persona maravillosa Julia, pero... se supone que te vas ¿en cuánto? Poco más de dos semanas. Preferí pensar que podríamos disfrutar del día a día sin que el cáncer sea el tercero en discordia.

Sé que tiene razón, pero otra parte de mí la odia y la reprende. Permito que las dudas y las preguntas me consuman como en cualquier caso, en el trabajo, cuando no soy mujer, ni persona, sino abogada.

—Preferiste, ¿crees que tienes el derecho de ocultarme algo así?

Las mejillas me arden, me giro y voy directa a la ventana, corro las cortinas con fuerza y planto ambas manos en la ventana fría. Miro hacia las calles lúgubres, llorando en una pena mucho más grave que la que yo podría estar sufriendo. Pero es mentira, porque sucede, al contrario.

—¿Crees que tienes derecho de hacer esto conmigo? Odio que se pase el día lloviendo y, sin embargo, estoy aquí, cada uno, preguntándome los motivos por los que debería quedarme, y todos se enfocan en ti.

—Yo nunca pretendí que...

—¿Qué! ¿Qué? ¡Venga dilo!

—No pretendí que esto fuera a pasar, no fue mi intención. —Habla, no hace más que hablar juntando palabras que no tienen sentido, como si no tuviera idea de qué debe decir en realidad—. Jamás quise hacerte daño.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —repito.

—Ya te lo he dicho —responde, y es cuando me giro para poder mirarla a los ojos bajo el foco de luz de un techo que sobre ella se ve todavía más bonito—. No quería que me miraras con tristeza o pena como muchos hacen...

—¿Pena? Tú... ¿te has molestado en conocerme? ¿Sabes todo lo que pienso de ti? ¡Acaso te lo has preguntado!

—Deja de gritar por favor... —me pide.

—¿Por qué? ¡Porqué!

No responde y no es por falta de valor. Lo veo en sus ojos, porque como yo, no puede permitirse que ambas nos odiamos. Va en busca de su chaqueta y su bolso, pero cuando está a punto de abordar la salida, corro hasta ella y la detengo. La obligo a girarse, a que me mire y la beso. Rompo la realidad con mis labios pegados a los suyos, convierto el ácido limón en un dulce adictivo mientras encajamos de una forma que va más allá de la perfección. La lluvia sigue cayendo, pero la noche ya no me parece tan tenebrosa como antes, porque al saborear el interior de su boca descubro el verdadero sentido de la poesía y todas las cartas de amor que los enamorados rezan bajo la luz de las estrellas.

—¿Por qué? —le vuelvo a decir, esta vez caminando con ella hasta que una pared se interpone—. ¿Por qué has permitido que me enamore de ti?

Le rozo los labios y me permito tirar a un lado su bolso y la chaqueta que aún mantiene entre las manos.

—Te odio por haber hecho que me enamore de ti —le repito, preguntándome a mí misma como ha podido ocurrir en tan poco tiempo.

Y de repente caigo en la cuenta de que con ella el tiempo no existe. Porque con ella la realidad toma otro sentido. Porque con Carla los días no son días, y los momentos dejan de ser minutos para convertirse en sonrisas, caricias, besos y un millón de recuerdos. Sí, quiero que coja mi corazón entre sus manos y lo rompa a su antojo si es necesario para que yo nunca pueda olvidar su amor. Que me estruje los pulmones hasta quedarme sin respiración. Deseo que abraze mi piel con sus dedos, un tacto cegador y ardiente que me recorra hasta más allá de las entrañas. Sin remedio, sin mirar atrás, sin opción a arrepentimientos.

Se lo digo, con la mirada, con el cuerpo, con el suspiro que se escapa de entre mis labios dejando ir lentamente un aire que es todo suyo y ya no me pertenece más.

Porque estoy dispuesta a entregar el alma, y no hay palabras que puedan poner sentido a lo que siento cuando a nuestro alrededor cada detalle se paraliza para dejarnos a solas, una frente a la otra, a punto de explotar en fuegos artificiales que inician con una caricia de sus dedos sobre mi cuello, en la curvatura que da paso al delirio. La calma se pierde con un parpadeo en el que

guardo su visión, esa imagen de su rostro que he visto en infinitas ocasiones, pero nunca de la manera en la que ahora se expresa, mientras me mira deseando olvidar los permisos.

Uno que no es necesario porque ya le he entregado cada fragmento de lo que compone a mi corazón.

Y solo queda ir más allá.

La ropa perdiéndose por el camino, nuestros pasos apresurados y manos en cabellos alborotados. Los besos que yo le entrego en unos labios adictos como el chocolate, y los que ella me da a cambio necesitándolos como el respirar. Somos el movimiento ligero de las olas que abordan la orilla del mar, el viento que mueve las copas de los árboles, el cántico de un pájaro al despertar. Somos lo que siempre hemos querido y en sintonía lo que alguna vez perdimos. Suspiros entre gemidos, un galope de cuerpos unidos y piel desnuda, descubriendo constelaciones de lunares por doquier, uno aquí, otro allá. Un par que beso, varios más sobre los que ella sonríe mientras me observa, como un tesoro que no se puede tocar y al pecado que te quieres entregar.

No puedo parar de besarla, ni frenar el deseo con el que mis dedos la saborean en el lado más oculto de su cuerpo, entre unas piernas que tiemblan y piden por más cuando la humedad de ambas grita nuestros nombres.

Recuerdo bien el brillo del mar, como la luna es capaz de besar las aguas y enamorarlas con ese resplandor tan especial.

Carla es la luna, sus ojos las estrellas que se unen en compás y cada trazo de su piel el mar que se mueve por y para mí mientras ambas nos entregamos a lo soñado desde el minuto uno que entre en su vida. ¿Cómo lo sé? Es inexplicable, pero ¿acaso el amor no es en todos los sentidos una eterna incógnita? Sonríe al pensarlo y ese gesto se acentúa cuándo noto un cosquilleo a la altura de las costillas que convierte en un delicioso hormigueo caminante hasta que pierdo el sentido de la cordura. Si es que en algún momento la he mantenido estando a su lado. Sé que no y lo mejor es que ya no tengo miedo a admitirlo.

Como tampoco temo mostrarle de mí aquello que quiero entregar.

—No te detengas, nunca... —le suplico.

Apenas tengo fuerzas para pronunciar esas cuatro palabras.

Ella no me responde, o al menos no lo hace diciéndolo a viva voz porque lo demuestra arrancándome un gemido con sus dientes sobre mis labios. Se mueve lento como el viento en primavera y aunque en conjunto somos lo más parecido a un huracán, esa es la forma en la que disfruto de su tacto. Hasta que los segundos pasan y el tiempo se convierte de nuevo en algo atípico, en una melodía musical a la que no le pongo título más que con nuestros gemidos y que nos roza la piel intensamente, como las perlas brillan en el interior de su cascarón a la espera de ser acariciadas por unos dedos con la capacidad de hacerte temblar.

Y yo lo hago, al lado, bajo y sobre su cuerpo. Mientras la beso y ella se une al toque de una guitarra con esa vibración tan característica, única y especial, hasta que la canción da su acorde final justo antes de un volver a empezar, distinto, pero no por ello menos especial.

Su pecho sube y baja rápido al principio, después lo hace lento y se une al mío entre risas

que ya no puede contener tras sus labios.

Hemos creado el desastre más increíble que haya podido sentir jamás.

—Te odio —repito y lo diría un millón de veces para ocultar una palabra que todavía no me permito decir pero que está ahí.

—¿Cómo nunca has odiado a alguien en la vida? —me pregunta y la energía de sus dedos provoca un nuevo suspiro cuando aborda mis caderas—. Porque si no es así, puedo lograr que lo consigas...

Su tono de burla, esa picardía, joder, como odio esa picardía.

Estoy enredada en una tela de araña de nombre Carla, y ya no tengo forma de escapar.

—Siempre se puede odiar un poco más. —Muerdo mi labio inferior al decirlo.

Y la cama se convierte de nuevo en un campo de batalla, donde se libra una guerra de besos y caricias cuyas vencedoras son un par de locas soñadoras.

LUCIÉRNAGAS

No he visto el recorrido de las manillas del reloj, ni pretendo hacerlo porque tengo la atención puesta en una sola acción y persona. Las sábanas de la cama todavía mantienen su calor al igual que el perfume mezclado de las flores salvajes que he descubierto por primera vez, como el sabor del pecado en la miel de sus labios. Puedo escucharla, aunque vaya descalza. Se mueve por la pequeña cocina de la manera que un cuerpo pertenece a un hogar. Este que hemos creado y es solamente nuestro. Esta vez no canta, pero de vez en cuando deja ir un silbido que hace juego con su risa en mis pensamientos, cabalgando con la velocidad del latido de mi corazón.

Hemos liberado una guerra y firmado una paz entre las paredes del apartamento y un dormitorio que ya no se verá igual para mí. Cierro los ojos y lo hago porque deseo permitirme un segundo para darme la oportunidad de creer que es cierto y que todo esto está lejos de ser un sueño al que debo poner fin al despertar.

—¿Quieres azúcar? —pregunta.

Ella sigue aquí, y es real, tanto como el juego que iniciaron dos enamorados en otra historia ficticia con la capacidad de ganarse el corazón de los que vieron *Notting Hill*.

—No, cuando es normal tomo el café solo. —Casi le grito, y eso que la tengo a unos pocos metros de distancia.

—Abogada, sexy y además de gustos potentes —declara, en un discurso que suena a las mil maravillas—. Parece que lo tienes todo Julia Rawley.

—Aún hay muchas cosas por conocer —le respondo yo cuando vuelve a la cama con ambas tazas entre las manos y dejando que la luz del día brille sobre su piel clara—. Pero no seré yo quién te las diga, o no tendría ninguna gracia.

—Estamos de acuerdo —admite entregándome mi café—, espero que te guste, no es que sea una experta...

—Te puede sonar a cliché, pero dudo que haya algo de ti que no me guste.

—Sí es un cliché, aunque lo acepto encantada. —Se echa a reír, y después esconde esos maravillosos labios en una taza que deseo arrebatarle de las manos.

El silencio que se crea entre ambas mientras disfrutamos del sabor amargo es mejor que cualquiera con el que haya amanecido en los pasados días. Su pelo está alborotado y hay un par de mechones cortos que le caen sobre la frente. Brillan más, dejando ver ese castaño escondido bajo un rubio que le queda demasiado bien. Por un momento me pregunto si alguna vez lo ha

llevado más largo y la imagino, aunque en el fondo no me importa porque de una forma u otra, se sigue viendo maravillosa.

Con los nervios en los dedos y el toque morado de las flores bañando sus párpados.

—Se me está ocurriendo algo. ¿Te gusta ir de picnic?

—No es que lo haya hecho mucho... ¿no te dije ya que soy adicta al trabajo?

—Lo eras —me regaña y después me guiña el ojo, con la felicidad recorriéndole el rostro, destruyendo cada una de mis defensas una vez más—. Hoy iremos de picnic.

—¿Y qué pasa con *Carla's* ?

—Le diré a Cameron que se ocupe cuando salga de las clases, los jueves solo está ocupada un par de horas así que aceptará encantada. Siempre dice que debería descansar un poco, así que voy a darle la oportunidad de aprovecharme de ella —aclara con esa picardía bañando cada tramo de su rostro.

Yo sonrío, aunque el trasfondo que llevan esas palabras es tan duro como para evitar que me sienta feliz al respecto.

—Entonces iremos de picnic. Pero te advierto que soy un poco... miedosa con los insectos y esas cosas.

—No te preocupes, si alguno te ataca, prometo estar ahí para salvarte.

La creo, me hundo en sus ojos bañados en verde y la creo. Lo hago por el tono de su voz, por cómo me observa, y por el beso que después deja sobre mis labios, con el deseo de encerrarnos en el apartamento y no abandonarlo nunca más. Llevando un nuevo matiz de su café hasta los míos, degustando aquello que me es conocido y a la vez tan desconocido.

—Si sigues haciendo eso, el picnic se cancela —declaro escondiendo una pícara sonrisa tras la taza.

—El picnic no se cancela porque la espera hará que luego venga algo mejor —me reta.

Carla maneja las palabras con tanta elegancia y una divina maldad que me hace reír a carcajadas, hasta que un millón de mariposas se instalan en mi estómago y revolotean por todo mi cuerpo logrando erizarme la piel. Podría ahogarme en suspiros y no temer morir si lo hago en este momento, estando a su lado, pudiendo mirarla tan de cerca, bebiendo de su aliento entre la taza que aún mantengo entre las manos. Me pone tan nerviosa que es capaz de romper mi entereza en un millón de fragmentos que reconstruye con la simple caricia de sus dedos.

Da igual si es sobre mi piel o apartando un mechón rizado y desaliñado de mi rostro. Después guardo un segundo para mí, cuando el café se termina.

La observo en silencio como he hecho un millón de veces con todas las obras de arte que he tenido la fortuna de poder ver. Ninguna se asemeja a la maravillosa imperfección que es la mujer a la que tengo suerte de ver sonreír. Pensando en todos los días que están por venir, sin contar que son pocos porque cada segundo es rozar la eternidad a su lado.

—Espero que lo cumplas —le digo por fin—, porque si no tendrás a una abogada bastante

enfadada, y créeme, esa versión de mí no te gustará tanto.

O quién sabe, quizá sí.

He ignorado durante todo el camino lo que nos rodea como si de verdad no existiera un Londres precioso que observar.

Inevitablemente tengo los ojos puestos en la forma que Carla conduce a *Lila*, lento y entregándome una paz que también es capaz de regalar con solo girar su rostro y sonreírme. El viaje de quince minutos que tenemos por delante hasta Primrose Hill promete ser único en labios de ella, y yo no tengo más opción que creerla porque sé que está dispuesta a cumplir con su palabra. Tras una compra de última hora en el supermercado para hacernos con provisiones de todo tipo para un picnic —a excepción del mantel que traemos del apartamento—, me hace creer en instantes que serán inolvidables a su lado.

—¿Algún día me lo contarás? —digo, tras romper con mis propios pensamientos.

—¿El qué? —responde ella, concentrada en la carretera.

Tiene una hermosa arruga en su entrecejo debido a ello. Ojalá pudiera fotografiarla en este momento.

—Pues como te hiciste con *Lila*. ¿Es una herencia familiar?

—En realidad vino con la floristería. —Al decirlo es cuando me mira, pero también noto el mimo con el que acaricia el volante—. Su anterior dueño iba a retirarla, la verdad es que estaba hecha un desastre, tirada en la calle de atrás, a punto de ser llevada al desguace. ¿Te imaginas? ¡Iban a descuartizar a mi pobre *Lila*! —grita, formando un gracioso puchero con los labios—. Pero al final decidí gastarme los ahorros que me sobraron de *Carla's* en darle una reparación digna para que me acompañase en cada instante de vida que me quedara.

Sus últimas palabras me queman por dentro y ella lo nota por el intenso silencio que se crea después.

—¿Nunca te ha pasado que reconoces un objeto como si hubiese sido tuyo desde que naciste? —argumenta con una tonalidad con la que soy capaz de reconocer ese hecho, pero que no alcanzo a ver.

Y en el fondo agradezco que me lo pregunte, que Carla logre que evada lo cruda que es la realidad.

—Pues ahora que lo dices, nunca lo he pensado. Siempre he vivido muy pendiente de otras cosas —le admito, con un semblante de tristeza al darme cuenta de los posibles detalles que me he perdido a lo largo de estos años.

Cosas lo suficientemente triviales para hacer de tu felicidad extrema, porque a veces en la banalidad está la aventura.

—Tal vez sea porque aún no lo has encontrado, suele pasar muy a menudo. Pero eso es lo que me pasó a mí con *Lila*. La vi y me dije que no podía deshacerme de un objeto tan maravilloso, y aquí está, cascarrabias en ocasiones, pero con un gran corazón.

—Eso no lo dudo. —Aunque me muestro algo escéptica, cuando doy una caricia en el cuero soy consciente de lo valiosa que es esta furgoneta, porque guarda el alma de Carla en ella.

Pensándolo bien, incluso tengo cosas que agradecerle a este “cacharro” de metal. Un primer viaje. Una primera risa. El regalo de su voz. Esas dudas asaltando el corazón de ella. Podría decirse que nuestra historia comenzó en el interior de *Lila* y no con la mirada verde escondida entre las flores. Y la verdad es que ambas son posibilidades acertadas.

Mientras llegamos a Primrose Hill, tarareo *Sky High* de Donald Bird, intentando poner palabras a la melodía que nos acompaña mientras las calles de Londres se pintan de colores a través del cristal. Cuando al principio de este viaje las tonalidades lúgubres me parecieron el claro sinónimo de la tristeza, ahora soy capaz de pintar cada una de esas imágenes de una manera totalmente distinta en mi mente y memoria. Puedo ver los charcos y sobre ellos sonrisas, un cielo grisáceo que aguarda y espera con la misma intensidad que recibes un abrazo. Están los edificios antiguos, los ladrillos desgastados, los taxis clásicos con su brillante negro, las cabinas en color rojo compuestas de miles de recuerdos y momentos que bien podrían estar entre bienvenidas y despedidas.

No hay nada que no haya aprendido a admirar. No hay nada de lo que no me quiera nutrir. Ya no quedan razones para firmar una marcha.

—Visitar Primrose Hill es mejor de noche... —Carla habla como si fuera consciente del modo en que sueño despierta—. Pero siendo esta la colina que admira a Londres, no hay nada que envidiar a un poco de oscuridad.

—Podemos esperar a que anochezca —insinúo con total tranquilidad.

—¿Habrá suficiente comida para sobrevivir? —bromea.

El tono que Carla utiliza me hace sonreír al instante.

—Siempre podemos encontrar otra forma de evitar el hambre, ¿no? —Y ahora soy yo quien la mira con picardía, dejando ir esos pensamientos que chocan entre sí, batallando entre la paz y el caos, un estado de tranquilidad contra mi impulsividad.

—Entonces creo que no hay un plan mejor.

Y ambas nos damos la razón.

Casi parezco un niño encerrado cuando ella intenta encontrar un lugar donde aparcar. Me nuevo inquieta en el asiento y ya no soy capaz de seguir o tararear las canciones que suenan en la radio. El motor se detiene y perfilo una sonrisa, aunque en realidad todo mi rostro se baña de ese gesto que me es imposible borrar. Cogemos las bolsas junto al mantel que hemos traído y echamos a caminar. Enseguida noto el frío colarse a través de los pocos huecos donde la ropa deja que mi piel respire. Esta se me pone de gallina, pero a los pocos segundos me acostumbro a la temperatura.

Reconozco que todo de esta ciudad ya se ha vuelto una costumbre para mí. ¿Será eso bueno o malo? Aún no es el día para decírmelo, pero sé que llegará.

Carla sabe por dónde ir y yo sigo sus pasos hasta que nos encontramos en un lugar lo suficientemente tranquilo como para poder disfrutar de nuestra soledad, y a la vez perfecto para

observar la ciudad de una manera diferente y única.

La imagen me deja boquiabierta.

Sin exagerar, veo un millón de árboles, las personas se mueven como si fueran pequeñas figuras en un gran escenario, aunque eso no es lo más espectacular. Lo que más me impacta es ver el London Eye en paralelo y perfectamente hilado a los grandes edificios que dan un toque moderno al paraíso que, otra vez, me ha dejado sin poder respirar.

—¿Y bien? Te prometí algo especial, y esto es solo el principio, te lo advierto.

Casi no puedo escuchar a Carla, digo casi porque sí percibo esa alegría en el tono de su voz. Todavía me pregunto cómo es posible que esté tan viva cuando en realidad el presente es un paso más cercano para que ella se pierda en algún momento.

—No tengo palabras. Es espectacular, casi mejora las vistas del Golden Gate desde la playa.

Cuando respondo, quiero preguntarle si le gustaría verlo con sus propios ojos. Nadie tiene idea de cuanto, aunque es evidente que me arrepiento al primer segundo de pensarlo.

—Vamos a colocarlo todo, quiero... quiero que disfrutemos de esta vista todo lo que nos sea posible.

—Tenemos muchas horas por delante —me responde y coge mi mano libre.

Sin previo aviso, estampa un beso en mis labios. Otra vez me quedo sin respiración. Podría morir de la sorpresa entre Carla y todo lo que estoy viendo, y quizá ya lo haya hecho, como también volver a nacer. Una y mil veces, más de las que soy capaz de controlar. Respiro la profundidad de un aire que me parece más que puro, sanador y eso se refleja en la sonrisa que no puedo dejar de obviar una vez ambas nos hemos sentado, con las piernas estiradas, la comida a nuestro alrededor y las manos apoyadas sobre un césped vivo y fresco. Arrugo los dedos en un intento por recuperar las sensaciones que la arena siempre me ha entregado y aunque lo siento igual también lo siento especialmente diferente. Se trata de las primeras pinceladas en un lienzo en blanco donde ambas somos protagonistas junto a la ciudad y la naturaleza que nos rodea. Impregnadas de los nervios que surgen cuando no sabes cuál será el resultado final o si habrá algún detalle fallido de por medio. La pimienta de la vida, puedes pasarte y aun así que todo sepa delicioso y es preferible eso a quedarte con las ganas de ver cómo será.

—¿Sabes? Taylor ha diseñado alguno de los edificios que podemos ver desde aquí — comenta con ese curioso tono de voz con el que quiere darme a conocer detalles que todavía desconozco, y entonces señala en un gesto casi indetectable—, aquel con el tejado en caída.

—A veces él me intimida, como Stephen, el marido de tu hermana. —Un escalofrío me recorre e intento reír—. Se les ve tan serios que cuando estás con ellos no sé...

—Es raro que digas eso cuando la que intimidas casi todo el tiempo eres tú, ¿no te habías dado cuenta? —bromea Carla.

Pero de hecho no.

Entonces medito un poco y sonrío, agachando la vista mientras niego un par de segundos.

—Suerte que no me habéis visto en los tribunales. Por algo soy la mejor de Nolan Law.

Al hablar del lugar donde trabajo mi gesto se ensombrece y eso preocupa a Carla, puedo notar en su mirada antes de que vuelva a hablar.

—No te martirices por no haberlo conseguido.

—No es eso —interrumpo al instante—, me martiriza saber que, en un lugar como ese, rodeada de esos hombres, esos ideales... jamás lo conseguiré.

—Pues déjalo, busca un futuro mejor, forma tu propia marca, sé independiente, no sé. — Su mano acaricia la mía y después de encontrarme en el infierno, soy capaz de subir al mismo cielo—. Si ya has perdido tanto ¿qué más te dejarías por el camino si no lo intentas? Yo lo hice con *Carla's*, me lancé al vacío y ahora amo lo que hago. Hubo un momento en que decidí que no podía perder más tiempo ni dejar los sueños de lado, y tú tampoco deberías Julia. Porque la vida te pasa por delante cuando menos lo esperas, y es mejor arrepentirse de haber dado un paso al frente que no haberlo hecho nunca.

Tiene razón, tiene tanta razón que el corazón me duele. Y no solo por lo que dice, sino por el trasfondo y el significado que esas palabras tienen.

Hay tantas preguntas que me cruzan la mente, tantas dudas, lo incierto del asunto junto al miedo del no saber y a la vez, esa excitación y libertad que te otorga no conocer a que te enfrentas y saber que solo así serás capaz de beber de cada gota, sin dejarte nada, disfrutando al máximo de lo que tienes entre manos y lo que está por venir.

Quiero preguntarle sobre el cáncer, y a la vez no, porque sería como poner una bomba de relojería entre mis manos.

—Voy a pensarlo —digo por fin, haciendo a un lado el resto de pensamientos—, y seguro que termina por gustarte el resultado.

—Ahora eres tú quién ha hecho una promesa, y espero que la cumplas.

—Jamás dudes de mi —respondo, recibiendo por su parte un guiño y mil gestos más de amor.

Y cuando me quiero dar cuenta, la comida comienza a acabarse mientras ambas nos contamos anécdotas de la infancia, con tintes de rebeldía y muchas risas como protagonistas. La gente viene y va, se mueve a nuestro alrededor tan rápido que siento estar en una máquina del tiempo donde no soy capaz de poner control a los minutos que corren hasta que el cielo se despeja de nubes grises y comienza a bañar la ciudad de un color azul que se mezcla con el intenso verde de los árboles y los farolillos que se encienden para dibujar ante mí una noche espectacular.

Carla se mantiene en silencio, ni siquiera me doy cuenta del momento en que ha buscado su teléfono para capturar varias instantáneas de las vistas, de mi postura y de ambas, formando parte de esa pintura que quiero llevarme a casa para observar cada uno de mis días hasta que todo a mi alrededor se apague y ya no haya ningún trazo de luz entre grietas de oscuridad.

La miro a los ojos antes de escuchar un nuevo *click* y me pierdo en el reflejo de mi rostro sobre su mirada moteada de pequeñas luciérnagas, brillando con la misma fuerza que se agita mi

corazón. No la pierdo de vista y a partir de aquí sé que no voy a querer hacerlo nunca.

FOTOGRAFÍAS EN BLANCO Y NEGRO, POSTALES Y LA CAÍDA

El teléfono vibra por séptima vez y aunque me niego a romper las imágenes de un sueño que disfruto en pleno día —y ya despierta—, sé lo que me espera al otro lado si sigo ignorando las llamadas de Amber. Pensarlo me causa risa mientras me acurruco en el sofá y abrazo mis piernas; como en tiempos de antaño cuando era una adolescente cargada de inseguridades y preguntas del tipo *¿ella me querrá?* Niego con el espíritu aventurado a escuchar su voz y todos los sentidos puestos en otra parte, donde unos ojos deben lucir más bonitos con el reflejo de las flores a su alrededor.

Cuando descuelgo el teléfono mi mejor amiga empieza a hablar mezclando sílabas con y sin sentido a la vez. Lo único que alcanzo a escuchar es mi nombre y unos cuantos insultos que reconozco merecer por haber tardado tanto en contestarle.

—Te voy a colgar si no te calmas —la reprendo.

—¡Y me vienes con esas! ¿Pero a ti que te pasa? ¿Ya te has olvidado de que aquí tienes personas que te quieren?

—No, no es eso, pero los días han sido un poco más movidos, diferentes, y apenas quise estar pendiente del teléfono. —Le intento explicar.

—De eso ya me he dado cuenta. —Otra vez se queja —¿cuando no?—, pero esta vez deduzco que no es nada grave—. Bueno, entonces qué... ¿ya estás con la mente puesta en volver? Ha pasado el tiempo volando, y no tienes idea de cómo se te echa de menos por aquí.

—Sinceramente, lo dudo mucho. A excepción de ti, claro.

Y es duro, es duro darse cuenta como has puestos los últimos diez años de tu vida a disposición de un lugar que no termina de apreciar tu trabajo como debería. El cansancio se nota en mi voz y eso provoca un silencio algo incómodo entre ambas, sé que Amber quiere preguntar, pero no se atreve a hacerlo.

—Amber, yo tengo muy claro que nunca voy a conseguir mi objetivo en Nolan —le digo por fin—, así que tengo que pensar en algo para cuando vuelva. Carla también lo cree así.

—Carla, Carla, Carla —repite, con ese tono de voz que ya se hacia dónde va—. Por como dices su nombre se te nota muy entusiasmada, por no decir otra cosa... ¿qué ha pasado?

—Más bien, qué no ha pasado.

Durante la conversación le cuento lo ocurrido y ella grita por la emoción mucho más de lo que yo habría esperado en principio. La comprendo, porque esto es lo mejor que me ha pasado en la vida desde hace tiempo, mucho más del que puedo llegar a recordar. Noto a Amber tan ilusionada como yo lo estoy por lo sucedido, pero entonces llega el momento fatídico, ese en el que me asaltan las dudas y tengo que decírselo, recordando cada una de las palabras que Shelby y Tony compartieron conmigo aquel día en la cafetería y la misma Carla corroboró.

—Está enferma, Amber.

—¿Cómo que enferma? —pregunta, en un intento por comprender.

—Pues que... —me quedo en silencio. Las palabras se me atascan en la garganta y duele, duele tanto que el corazón representa ese daño con un latido frenético al que no puedo poner pausa—. Se está muriendo.

—Joder —añade, es obvio que no sabe qué más añadir—. Pero ¿cuándo...?

—Hace un par de días que lo sé. Y la entiendo, entiendo que no haya querido decírmelo, después de todo estoy de paso. Es solo que...

Cuando me quedo en silencio tengo que obligarme a levantarme del sofá y a caminar. La cabeza me empieza a doler y el ovillo enredado que tengo por pensamientos no se aligera por más que lo intente.

—Quiero encontrar un momento para hablar con ella, aunque Tony ya me lo contó todo, o casi todo. Me dijo que hace casi dos años dejó el tratamiento y decidió disfrutar del tiempo que le quedase porque las posibilidades de mejora eran escasas a esas alturas. Cada día para ella ha sido todo un regalo, no sabes la fortaleza que demuestra todos los días.

Suena tan duro que apenas tengo fuerzas para decirlo, pero lo hago, porque sé que si no lo hablo con alguien probablemente acabe explotando, gritando, llorando, o algo peor.

Amber suspira en varias ocasiones, no es capaz de creérselo, quizá ambas estemos en un sueño, pero sé que no cuando veo el jersey que Carla se dejó el otro día en el apartamento. Mientras tengo el teléfono en mano, lo acaricio con los dedos de mi mano derecha, dejo que el aroma de su cuerpo se impregne en estos y entonces sonrío al recordar aquellos minutos donde nuestras vidas florecieron como un campo en primavera.

—¿Y qué vas a hacer?

—Esa es la gran pregunta, porque ni yo misma lo sé —le digo con toda sinceridad—. Jamás esperé que pasara esto.

—Es normal, después de todo no la conoces tanto.

—No, no me refiero a eso —rectifico—, jamás esperé que fuera a enamorarme de Carla. ¿Lo entiendes ahora?

—Joder —repite, y no es para menos.

—Sí, esa es la palabra perfecta para definirlo. Estoy más jodida que en uno de mis peores casos como abogada —bromeo, aunque la verdad es que me cuesta hacerlo.

Al mirar a mi alrededor no veo más que cosas buenas. Eso es precisamente lo que me da la entereza para no pensar en lo demás, incluyendo esa conversación pendiente con Carla. Decido agarrarme a los pequeños detalles y no pensar en lo que pueda o no venir. Aquí y ahora, me prometo a mí misma dejar de ser esa abogada analítica que mide todo al detalle para convertirme en una mujer sencilla y dispuesta a vivir, a dejarse moldear por lo inesperado que ocurra o lo que tenga que pasar.

Es lo único que soy capaz de tener claro y así se lo dejo saber a una Amber que cuelga el teléfono, intranquila y a sabiendas de lo difícil que me va a resultar poner control a mis pensamientos, y peor, a cada uno de mis impulsos.

Lo siguiente que hago es marcar el número de mamá, aunque me quedo a medias, pensativa y al final mi acción se queda en nada.

—No, será mejor que no la preocupe demasiado, bastante tiene con él. —Y es cierto.

Decido mandarle un WhatsApp y después me voy a dar una ducha para deshacerme de una pesadez que temo no se va a querer marchar de aquí a mucho tiempo.

Notting Hill se presenta repleto de gente, como cada día desde mi llegada. Tengo los labios manchados de azúcar y una bolsa que contiene unos cuantos dulces más, hojaldrados y con un chocolate que me hace temblar de la satisfacción. Este es otro de esos caprichos que he permitido darme durante las vacaciones, sin remordimientos ni tener que pensar en descansos de por medio.

Con el sabor del dulce aún impregnado en mis labios, detengo mis pasos en la esquina roja de *Alice's*, justo a unos pasos de la fachada azul de otra tienda de antigüedades que tengo previsto visitar a lo largo de la tarde.

En la vida, he aprendido que lo que nos moldea no son nuestros padres, sino las vivencias que nos hacen madurar por dentro, sean buenas o malas, sin embargo, también soy fiel creyente de como los objetos son parte de ese espíritu que nos forja con el paso de los años. Reliquias que viven en el tiempo y que son capaces de guardar secretos que probablemente nunca contaríamos a viva voz.

De mi abuela guardo un pequeño colgante que siempre llevo conmigo. Sencillo y nada ostentoso, recuerdo de sus días de adolescencia. Me lo regaló por mi veinte cumpleaños, y desde entonces no me he desecho de esa pequeña joya, una que me ha entregado fuerzas cuando más lo he necesitado; incluso ahora, cuando veo como Carla viene hacia mí y me es inevitable pensar que, probablemente, llegue ese día en que ya no pueda volver a ver su sonrisa mientras me mira.

Es extraño como no nos prometemos cosas, sonreírnos hasta el final, querernos sin miedo a nada, de una forma en la que la muerte queda descartada cuando, en definitiva, siempre está ahí.

—¿Nunca dejas de comer? —Su encantadora burla no me sorprende.

Le enseño la bolsa y después doy otro bocado al hojaldre.

—Mientras sea dulce, no hay nada que me detenga. He comprado para los chicos, van a

estar donde Cameron más tarde, ¿verdad?

—Si, comeremos juntos antes de ir al SoHo para ver a Tony tocar. ¿Vendrás?

—No me lo perdería por nada del mundo —aclaró con gesto ilusionado.

—Ni me quiero imaginar cómo se pondría si no vienes. —Carla mira a un lado y a otro en búsqueda de algo que no sé qué es, aunque no tarda en dedicarme una mirada—. Bueno sí que lo sé, cogería una rabieta de campeonato.

—Ya me lo puedo imaginar, pataleando como un niño pequeño —le digo echándome a reír al representar mis palabras en la mente.

Tras sortear a las personas que se apostan fuera de *Alice's* soy yo quién decide entrar al interior para iniciar la búsqueda de algo que me llevaré con total seguridad. Hay varios letreros antiguos que llaman mi atención. Están llenos de colorido como el mismo barrio de Notting Hill. Acaricio un par con los dedos y después me hago con uno de color negro que parece representar las orejas de *Mickey Mouse*. Pensativa, muerdo mi labio inferior, todo lo que veo son reliquias, tanto que no me extraña que este lugar lleve ofreciendo vida e historia desde 1887. Sorteó un par de estanterías y otra mesa más para llevar la mirada a mi alrededor. Tengo una especie de radar para estas cosas, incluso Carla me mira con curiosidad justo antes de verme sonreír cuando encuentro aquello que más me llena.

Decenas y cientos de fotografías en blanco y negro, de la misma ciudad y todas las personas que formaron parte de Londres y este barrio desde hace tiempo atrás. No me importa la década, solo los colores que a veces se bañan en sepia o tienen un toque totalmente diferente a lo que podría ser una imagen normal.

La experiencia de lo neutro dentro de una vida llena de color.

—¿No son una belleza? —le digo, girando sobre mis pasos cuando ya sujeto un par entre las manos.

—Ahora entiendo porque te entusiasma tanto la exposición. Eres una amante de lo clásico —deduce Carla, descubriendo al fin una parte importante de mi alma.

—Va más allá de eso, me gusta intentar descifrar que se esconde tras la mirada de todas estas personas, imaginar cómo se veía un lugar antes de que nuestra modernidad llegara para barrer todo lo que existía antes.

Mi modo de hablar es tan seguro y alegre que logro verlo de una forma bella y perfecta en los ojos de ella.

—¿Y lo has conseguido?

—¿Entrar en todos esos mundos? —respondo como si me lo dijera a mí misma—. La verdad es que sí, incluso imaginar que yo pude vivir en otra época, disfrutar de calles adoquinadas, de paseos a caballo, de noches enteras frente a la leña de la chimenea. Sin teléfonos, televisión o aviones que te lleven al otro lado del mundo en un abrir y cerrar de ojos.

—Hubiera sido maravilloso conocerte en un ambiente como ese, aunque la verdad es que no me quejo de haberlo hecho ahora —añade Carla con una sonrisa de oreja a oreja—. A mí me

encanta coleccionar postales, no es que haya viajado por ahí, menos en los últimos años, pero me sirve con venir a un lugar como este y poder llevarme un par a casa.

—Pues ve a buscarlas —la incito de inmediato.

Nos separamos durante unos minutos sin romper el hilo que nos unirá de aquí a un tiempo infinito. Las mejillas me arden cuando pienso en ello e inevitablemente niego con una sonrisa dibujada en los labios. Me hago con unas diez fotografías más, y un par de tamaño grande para enmarcar en casa. Hay tantas cosas en *Alice's* que no sé por dónde más buscar o con qué empezar, aunque si llaman mi atención algunos vehículos de metal en miniatura, entre ellos se encuentra *Lila* en una reproducción que parece hecha al dedillo.

Me hago con el objeto, aunque tengo que intentar por todos los medios que Carla no se dé cuenta para poder hacerle un regalo que sé que va a apreciar de corazón. Como detalle para mí misma, busco uno de los autobuses emblemáticos de la ciudad y decido llevarlo conmigo además de las fotografías y un par de tazas de té antiguas. Entre todo el gentío la pierdo de vista y en el fondo lo agradezco para poder continuar caminando mientras me embarco en una travesía de décadas que se entremezclan frente a mis ojos, con un brillo de colores que tengo claro no voy a poder olvidar en años.

Cuando me acerco al mostrador sonrío a un chico joven cuya mirada brilla más que la de cualquiera. Admito que esperaba encontrar a una persona de más edad y como una fuerte ráfaga de viento Mr. S se me viene a la mente.

Giro el rostro para ver más allá del ventanal y creo reconocerlo entre el gentío, aunque probablemente no sea más que mi propia imaginación.

—Me llevaré todo esto, ¿puede guardar este en una de esas cajas de madera tan bonitas? Es para un regalo especial —le comento cuando le entrego la pequeña furgoneta.

—Claro, tiene muy buen gusto señorita —me dice el chico.

—Julia, por aquí todos me conocen como Julia la Californiana.

El muchacho de no más de veinte años y con un brillante pelo de color negro se echa a reír, reconociendo al instante mi acento americano. Me atiende tan rápido que incluso a mí me sorprende. En dos segundos cargo un par de bolsas que podrían haber sido más, busco por toda la tienda, pero no veo a Carla.

—¿Dónde estará? —me pregunto, estirando el cuello, viendo más allá.

Quizá está fuera, me digo por lo que decido abandonar el interior de la tienda y volver a respirar de la alegría que el mercado de antigüedades deja en todo aquel que lo visita.

—¿Carla? —la llamo, elevando un poco la voz.

—¿Aprovechando la mañana soleada?

Reconozco al instante ese tono, tan rápido como para girar sobre mis pasos y darme de lleno con esa mirada surcada de montañas que Mr. S tiene a quien abrazo sin pensármelo dos veces. Sorprendida porque no haya sido una visión me aparto para poder verle bien a los ojos, tan feliz que el corazón parece querer abandonar mi pecho. No quiero, pero durante estos

segundos, Carla queda en un segundo plano.

—¿Qué haces por aquí?

—¿Acaso no dejé claro que soy un enamorado de Notting Hill? Algunos viernes vengo por el mercado, es raro que no nos hayamos encontrado antes, querida. —Sus manos temblorosas van hacia las mías, las acaricia con tanta delicadeza que me hace recordar momentos en los que necesité un gesto tan verdadero como este.

—He estado un poco ocupada, ya sabe... enamorándome también —le digo, y entonces le dedico un guiño que le hace abrir la boca en una enorme O.

Se ha dado cuenta al instante de lo que he querido decir.

—Y eso que cuando nos conocimos no querías saber nada de todo lo que no tuviera que ver con el trabajo —afirma dejando ir una risilla encantadora.

—Cuánta razón ha tenido, si mi abuela estuviera viva, se lo agradecería también.

Vuelvo a abrazarle y llevo ambas manos hacia el rostro de él.

Soy capaz de acariciar las arrugas y leer una vida repleta de historietas en cada una de ellas. Me alegra y siento afortunada de poder formar parte de un presente que tal vez tenga los días contados. Pero no me importa, porque gracias a sus palabras y presencia también he aprendido a mirar por el ahora y no pensar en que el reloj corre en mi contra, diciéndome y gritándome a cada segundo que pasa que mi vuelta a San Francisco está cerca.

—Me encantaría poder tomar un café contigo, pero he venido con alguien.

—Algo así me imaginaba, no se puede ir a *Alice's* si no es acompañado de una persona especial —me dice, llenando de picardía su gesto. Se separa y me mira a los ojos antes de volver a hablar—. Entonces te dejo, disfruta mucho del día, estoy seguro que nos volveremos a encontrar. Londres no parece tan grande después de todo ¿verdad?

—Eso parece.

Le doy otro abrazo aspirando la naftalina de su ropa y me despido, con las ganas de volver a encontrarle, siendo él esa especie de ángel guardián que aparece cuando más lo necesitamos. Una irrevocable señal de que el destino es capaz de avisarte con diferentes señales.

Y es así como ocurre, porque cuando giro sobre mis pasos y me encuentro con Carla no espero ver la imagen que acude a mis ojos. Su mano tiembla mientras se apoya en la pared al otro lado de la tienda. La gente pasa por su lado, ignorando el hecho de que le pasa algo. Tal vez porque no lo intuyen o porque ella no lo deja ver, pero yo, yo soy capaz de ver más allá de lo que cuenta su cuerpo. Tengo miedo, y estoy a punto de perder el control dejando caer las bolsas que cargo conmigo antes de ir a su encuentro.

Durante la carrera, el tiempo se detiene. Los murmullos se convierten en múltiples susurros que no me veo con la capacidad de escuchar. Todo a mi alrededor se pierde y difumina cuando estoy a punto de llegar hasta ella, la única que existe en ese momento. Ella y yo. Yo y la vida dándome un aviso que no quería que llegara tan pronto.

—Carla, ¿qué es lo que pasa? ¿Estás bien? —se lo pregunto y le cojo la mano derecha en

un intento porque no se caiga.

Sé que está a punto de hacerlo.

Ella agarra su traje de valentía y niega, lo hace como la mujer fuerte que he tenido la fortuna de conocer durante todos estos días.

—No te preocupes, no es nada.

—Pero si estás pálida, y temblando, no me digas que no pasa nada —le respondo, con un especial tono de advertencia.

Es la desesperación la que habla.

Carla no ha comprado nada, ¿cuánto lleva aquí fuera?

En este momento lamento haberla perdido de vista. Desconozco tantas cosas que la idea de que le pase algo grave me aturde y provoca que el corazón se me salga por la boca.

—Ven, cógete a mí, buscaremos un lugar donde estar tranquilas.

—Ya te he dicho que no me pasa nada. —Carla intenta apartarme, pero me niego, no puedo permitirlo, no, no voy a dejar que haga esto sola—. Puedo llamar a Cameron.

—Cameron no está aquí, soy yo quién está contigo ¿vale? —la reprendo. No sé por qué elevo mi tono de voz en un momento que merece entereza y tranquilidad, pero lo hago, porque siento la necesidad de que comprenda que no voy a dejarla sola por más que ella quiera insistir—. Si quieres ir a su casa, yo te acompañaré, pero no pienso dejarte sola. No, me niego. No ahora que...

—¿Sabes que me muero? —interrumpe, casi con ironía.

Estoy a punto de dar un paso cuando sus palabras estallan en mis oídos.

Son como un puñal directo al alma.

Me la parte en dos, de hecho, me quedo paralizada sin saber bien que puedo hacer o decir. Quizá en otro momento la abofetearía, pero ahora, en este instante solo quiero abrazarla, besarla, curarla, decirle que todo irá bien, aunque ambas sepamos que hay un final que ya está escrito.

—Perdóname, no quería ser tan borde —me dice con la pena cargada en sus labios.

—No tengo nada que perdonarte, solo tienes que saber que no es por eso —le digo, porque no puedo aguantar las ganas irrefrenables de hacérselo entender—. De haberlo sabido o no, seguiría estando aquí, contigo, para apoyarte en lo que sea y acompañarte de ser necesario. Así que ahora vas a callarte y vamos a ir a casa de tu hermana sin necesidad de esperas ni tonterías, porque Carla, tú no estás sola.

Y nunca lo estarás, digo para mí misma. Haciendo una promesa que cumpliré mientras el tiempo me dé la oportunidad.

Su curiosidad le hace bajar la mirada, buscar entre las bolsas, pero no aprecia que he comprado un regalo que le entregaré cuando estemos a solas, en ese ambiente perfecto donde ambas formamos algo más que una pareja especial, dos mujeres que han visto la luz en mitad de

una oscuridad de la que no parecían ser capaces de escapar. Aunque las situaciones sean totalmente distintas.

Suspiro, lo hago cargada de miedos y preguntas, pero no me permito quedarme paralizada.

Empiezo a caminar, lentamente, acompañando a la persona que me ha abierto los ojos, la que hace que todos los días me despierte con una sonrisa. La mujer con la que me permito soñar en otro tipo de desenlace para esta aventura que inicié hace tres semanas. Quiero negarle al tiempo la oportunidad de avanzar, y aunque no podré lograrlo, cada segundo que paso a su lado me hace darme cuenta de lo especial que es todo esto. De cómo debes caer para volver a levantarte, de lo necesario que es llorar para poder reír, de cómo tienes que perderte en mitad de un laberinto durante un largo tiempo, para reencontrarte y por fin descubrir la mejor versión de ti.

No sé por qué no lo he visto antes, o sentido, o vivido. Quizá me lo he negado todo este tiempo o lo he tenido delante de mis ojos y no lo he querido ver. Puede que haya pasado todo por alto hasta que llegó Carla con esa locura impregnada en cada célula y me llevó a encontrar sitios recónditos de un alma que solo quería rendirse.

—Ya estamos llegando.

Parece que hayamos recorrido un sinfín de largas calles por toda Notting Hill. De soslayo veo la calle donde está mi apartamento. Egoístamente quiero llevarla allí conmigo, pero sé que no necesita otra cosa a la protección de una hermana que conoce todo por lo que está pasando.

La pena me recorre al no saber nada, absolutamente nada. ¿Por qué soy así? ¿Se me puede considerar mala persona por eso?

Todas las preguntas posibles asaltan mi mente durante los últimos metros hasta que ambas estamos frente a la puerta de Cameron y yo llamo al timbre. Por la hora espero que se encuentre en casa. Aunque ya he escuchado ruido en su interior. Entonces recuerdo que los chicos iban a reunirse antes de ir al SoHo, pero cuando la puerta se abre y veo a su hermana, yo niego, y ella también se queda pálida.

—Carla... ¿qué?

—No se encuentra bien —le digo a Cameron—, pensé que sería buena idea acompañarla hasta aquí.

—Ya le dije que no hacía falta —protesta Carla.

—Deja el orgullo atrás y pasa. —La voz de Tony aparece en escena.

Me sonrío de lejos y cuando me mira dejo que ambas vayan juntas hasta el interior de la casa. Silencio, es lo único que percibo hasta que él se atreve a bajar los escalones que nos separan para darme un abrazo.

—Has hecho bien.

—Gracias, aunque la verdad es que estaba aterrorizada.

—Créeme, te entiendo perfectamente —dice, sé que es cierto, y por eso es que me abraza

tan fuerte—. ¿Quieres entrar?

La pregunta se me queda atascada.

Lo medito, claro que sí, aunque no tardo en echarme hacia atrás.

Le miro a los ojos, niego y giro sobre mis pasos. Sé que, aunque quiera, todavía no tengo fuerzas para encontrarme de lleno con esto, no cuando las imágenes de la felicidad plena en el interior de ese hogar siguen tan presentes. No cuando recuerdo los colores pálidos de las paredes y los muebles antiguos que Carla acarició con sus dedos antes de mirarme a los ojos, tan enamorada como yo lo estoy. Ni mucho menos cuando, consciente de la familia que hemos formado, aún puedo escuchar el cántico de nuestras risas a coro en aquella primera noche de juegos.

Camino, no porque no quiera enfrentarme a ello, sino porque no estoy lista para verla caer.

Todavía no.

LA NIÑA DE LAS RODILLAS RASPADAS

Siempre he sentido cierto rechazo hacia el blanco, a pesar de su brillo y reconocer en este el color de la paz y la pureza, porque me es imposible sentir algo bueno cuando atravieso estos pasillos. Una recaída, así es como lo han llamado todos. Parecen estar tan acostumbrados a ello que las preguntas entre el grupo no se declaran de la misma manera que yo me las formulo en la cabeza. Estoy sola, a punto de salir a la parte de atrás de un hospital que he conocido por primera vez y que jamás tuve pensamiento considerar entre los puntos de un tour por Londres. Me siento una persona injusta, y egoísta, pero ¿qué más puedo hacer? Lo he dado todo, al menos lo estoy intentando, por mí, por ella, por ambas, y lo que más me asusta es que no sé si lo estoy haciendo bien.

Sola, estoy sola batallando con mis pensamientos cuando escucho pasos a mi espalda, intento no girarme o ignorar que esto es por mí, pero el corazón me late con fuerza e inevitablemente me doy la vuelta para encarar la mirada tan parecida a la de Carla, solo que con otro cabello y nombre.

—Sé que no te esperabas nada de esto —me dice.

—¿De qué hablas exactamente? —Intento ironizar, sonrío, aunque apenas tengo fuerzas para hacerlo y entonces, me rectifico—. No, no esperaba nada de esto. Pero es lo que tiene la vida, que nunca ves venir algunas cosas ¿no?

—Eso es lo que yo creo —responde, se acerca a mí y toma apoyo en la pared de ladrillo que tenemos detrás.

Frente a nosotras algunos pacientes dan un paseo con sus acompañantes. Otras personas se mueven con prisas, de la misma manera que el tiempo corre en contra de la mayoría de los que hoy nos encontramos aquí. Sea de una forma u otra es así cómo irremediablemente lo percibo. Esto ya ha dejado de ser algo tan simple como preparar el itinerario para un día más de vacaciones en la ciudad. Se trata de ella y lo que ha implicado conocerla, se trata de lo que siento y lo que no puedo dejar atrás o desechar por la simple idea de que me asuste.

¿Lo hace?

Claro que sí, siento tal pánico que apenas puedo respirar y Cameron es muy consciente, aunque, ¿cómo no iba a serlo si ella lo vive a diario desde hace años?

—Tendría que habértelo dicho, y no quiero defenderla, pero es que siento que ella tampoco se esperaba...

—¿Qué le gustase? —la interrumpo.

—No, volver a enamorarse. Contradecirse por completo y romper la promesa que se hizo a sí misma cuando tomó la decisión de vivir acorde a como ella lo sentía.

—¿Por qué lo hizo? —pregunto, giro mi rostro y la miro a los ojos buscando esa respuesta sincera que tanto necesito.

—Porque de una forma u otra se estaba muriendo, llegó un punto en que la medicación la convirtió en otra persona, le robó su personalidad, su fuerza, sus sueños, se lo llevó todo frente a una mínima esperanza de lograr superarlo con el tratamiento. Algo que evidentemente no consiguió. —Puedo notar como las lágrimas se acumulan poco a poco en esos ojos tan parecidos y lejanos a los de Carla, yo misma me hago de todo el valor posible para no derramar una—. Y en aquel instante, decidió que, si de todas formas iba a morir, quería hacerlo a su manera, aunque el tiempo ha sido muy relativo desde entonces.

—Entiendo, es una luchadora... —comento con un hilo de voz delicado.

—Y más terca que una mula —ironiza su hermana.

—Eso también lo he comprobado. —Ambas nos echamos a reír, y por primera vez en toda la mañana, se siente de maravilla.

Los dedos me piden alojar entre ellos un cigarro que poder llevar a los labios. Observo mis manos vacías a falta también de café y muchos granos de esperanza. La cabeza me duele de tanto pensar y compruebo lo complicado que es dar un solo paso en la situación en la que ahora me encuentro. He dejado a la mujer que amo en su cama, rodeada de cables, medicamentos y un pijama a cuadros verdes porque se niega a llevar el del hospital. Al final, suena hasta divertido, ver como sigue con empeño sus propias reglas y convicciones, aunque no tenga más remedio que aceptar estar aquí.

—Es una recaída, pronto estará en casa —dice Cameron, y yo noto el tono de confianza en su voz—. Así que tranquila.

—¿Tú lo estás?

—Todos estamos acostumbrados a esto así que supongo que sí.

—Pero tienes miedo —digo, y sé que he dado en el clavo.

—Todos lo tenemos, para ella un nuevo día no significa volver a empezar. Lo hemos aceptado, pero una cosa es aceptar y otra estar de acuerdo con ello, ¿entiendes?

—Me empiezo a hacer una idea.

—Llegará el momento en que ninguno de nosotros podrá hacer nada —continúa—, el tiempo y el destino decidirá por todos y ella se marchará.

Y cómo duele ser consciente de algo tan duro como esto.

Apoyo la cabeza en el ladrillo de la pared. Durante algunos segundos cierro los ojos y me quedo en silencio. Cuento los días, inevitablemente lo hago, los que han pasado y los que tienen que llegar. Uno más en Londres, otro menos para irme, añadiendo el hecho de que ya no sé si quiero hacerlo, barajando las razones del por qué. La cuerda tira del lado correcto, me guía hasta Carla y lo que deseo tener a su lado, pero hay otra que se aferra a mí con fuerza y me lleva del

lado de la confusión y, sobre todo, del miedo, ese irrefrenable temor que siento a no poder mantener la entereza ante ella, a mirarla tal y como no desea, a convertirme en las lágrimas que no derrama ante la injusticia de su inminente muerte.

Pienso como en cualquier momento esas estrellas por mirada pueden apagarse de un momento a otro y el estómago se me revuelve. Siento náuseas, quiero gritar al universo entero. Quiero decirle que no lo permita, que haga lo que sea posible para salvarla. Deseo mentirme a mí misma y creer que esto no va a pasar, pero lo hará y tengo que estar preparada para ello, sea aquí o a kilómetros de distancia.

Si huyo será lo mejor, porque no tendré que soportar perder su sonrisa. Me limitaré a no mirarla de cara y quedarme ahí, expectante mientras la muerte se acerca, la abraza y se la lleva.

Pero que injusto y egoísta suena para ambas.

Porque ahora, ahora sólo quiero luchar por hacer de cada uno de sus días, uno inolvidable, como ella me prometió descubrir lugares que jamás llegué a imaginar.

—Me gustaría pensar que puedo encarar esto como lo estás haciendo tú.

—En realidad no hay forma de hacerlo —responde Cameron y, de hecho, me sorprende con esas palabras—. Lo más importante es estar con ella, no compadecerte de su situación, cuidarla en el proceso, y joder, sonreírle al puto veneno que corre por sus venas.

Hace tiempo entendí que el tiempo podía dejar de ser tiempo, y ahora, lo tengo más claro.

—Eso me gusta. —Le dedico una sonrisa y después alargo la mano para aferrarme al hombro de quién se supone que debo considerar mi ¿cuñada? —. En cuanto respire un poco volveré arriba. Seguro que Carla piensa que me ha entrado un ataque de pánico.

—En realidad es justo lo que me ha dicho —bromea—. Durante estos días me ha contado que sueles ponerte bastante nerviosa en según qué ocasiones, y le es raro puesto que te ve como una de esas abogadas, serias y estrictas.

—Un tribunal no es lo mismo que la vida cotidiana. Ni mucho menos esto. —Me atrevo a añadir—. Aunque debo reconocer que a veces sí que es bastante peor. No tienes idea de la cantidad de imbéciles que he tenido que soportar a lo largo de estos años.

—Y... ¿vas a seguir soportándolos? —pregunta, abriendo la caja de pandora.

La pregunta de Cameron juega al *ping pong* en mi mente. Mientras recorro el último pasillo de mármol y paredes blancas después de dejar el ascensor, pienso en esas palabras como si tuviera que tomar una decisión aquí y ahora. El reloj corre en mi contra, escucho el tic tac en compás con el latido de mi corazón, a veces me frena y saca la cobardía que hay en mí. Otras, se encuentra con la valentía a la que me aferro para dar un paso al frente. Pero inevitablemente me quedo parada, justo antes de llegar a la puerta de la habitación.

Ahí está, la mujer más valiente que conozco, sentada en la cama, mirando por la ventana, aferrándose al presente con uñas y dientes, sin pensar en historias que no sirven para nada. Ella es el ejemplo de que el hoy es lo único que tenemos y que el mañana es totalmente incierto,

aunque de vez en cuando podamos soñar con disfrutar de besos, caricias y encuentros con el alma en un futuro más cercano.

—Venga, no permitas que te vea así... —susurro.

Y parece que me oiga, o quizá ya intuye que estoy aquí, porque se mueve, aunque no gira su rostro en ningún momento. Abro la puerta del todo y sin pensarlo dos veces, me enfrento al mundo.

—Si pudiera, te quitaría ese pijama tan sexy que llevas —le digo.

Suena tan sincero que incluso yo me tiento y juego para obligarme a cambiar de pensamiento rápidamente. Y aunque en parte no lo consigo, es suficiente con ver como su pelo le roza el cuello, con imaginar mis dedos desabrochando cada uno de esos botones y observar esa maravillosa figura que ya he besado bajo una prenda tan delicada como lo es su sonrisa cuando me ve.

—¿Acaso se me está insinuando, abogada? No debería decir esas cosas en un lugar como este.

—Yo puedo decir lo que quiera, en el momento que desee —la reto.

Me echo a reír, y eso da un brillo diferente a sus ojos. Aunque esas no son las palabras que busco, la forma en la que me mira es especial, única, se convierte en el aire que respiro. Así que cierro la puerta a mi espalda y voy con ella para tomar asiento en el sillón azul dónde he descansado toda la noche mientras la observaba dormir.

—Deberías haber ido a casa —me reprocha, aunque el tono de su voz no lo evidencie—, estarás cansada.

—Lo estoy, pero esto no es peor que uno de los casos en los que he trabajado. Créeme, fue una gloria dormir aquí.

Aunque en realidad anoche no dormí nada, pero las mentiras piadosas a veces no hacen daño.

—No pienso discutir con una abogada —bromea Carla, y es cierto, porque tiene todas las de perder—. ¿Mi hermana está mejor?

—Hemos hablado un rato, no te preocupes, me ha dicho que iría a dar un paseo y comprar algunas cosas. Yo pasé por la cafetería, pero no tenían ningún dulce que me gustara así que he desistido.

Formo un puchero con los labios. Inesperadamente, Carla deja la cama y se mueve despacio con los cables acompañándola para tomar asiento sobre mis piernas y besar mis labios. Cuando se aleja, sus dedos acarician mi rostro con delicadeza, de la misma manera que me mira a los ojos, sonriente, como si este lugar fuera un espejismo y ambas nos encontráramos en tierras donde todo es posible sin pensar en prohibiciones.

—¿Te he dicho alguna vez que me encanta tu pelo? Como cae sobre tu rostro, en tu cuello... —Se dedica a jugar con algunos rizos, me obligo a tragar saliva, pero no soy capaz de apartar la mirada de un rostro que expresa más de lo que pueda llegar a decirme.

—¿No habías dicho que este no es el lugar para insinuaciones? —bromeo.

—Yo también puedo hacer lo que quiera, cuando quiera —sentencia.

Joder, como la quiero .

Mis dedos en su cuello son la representación de un pincel sobre un lienzo en blanco. Los nuevo dibujando e imaginando un paraíso donde el temor y la oscuridad no existen. El cielo son el color verde de sus ojos que ahora brillan más por la luz del sol, me fijo y veo esa avellana moteada con el que podría vivir cientos de vidas. Respiro sobre sus labios y me nutro el alma, vuelo como un ángel que puede alcanzar cualquier lugar a golpe de sonrisa, y finalmente me pierdo entre sus labios, en un mar donde nado y me zambullo profundamente, con el deseo de quedarme ahí para siempre.

—Hay algo que me gustaría contarte —dice, rozándome los labios.

—¿Tú también quieres un dulce? —le pregunto inocentemente.

Niega, regalándome un suspiro y una sonrisa rompiendo para bien la expresión pálida de su rostro.

—Supongo que ya te lo imaginarás, pero siempre he sido un poco rebelde, algo alocada...

Mis ojos se ponen en blanco y le da la respuesta que busca, con rebeldía da un toque delicioso sobre mi nariz para que cierre la boca y no me atreva a añadir una sola palabra.

—Cuando era pequeña, solíamos viajar mucho a Greenwich, prácticamente pasábamos los veranos allí y visitábamos los bosques de Oxleas.

Se detiene unos segundos para respirar hondo, el aire entra por la ventana y sus pulmones se llenan todo lo posible, lo noto por el movimiento que su cuerpo hace sobre el mío. Estoy embelesada con todo lo que tenga que ver con ella, la escucho y no pienso dejar de hacerlo porque siento que está a punto de abrir su corazón de una forma diferente.

Como yo lo hice sobre las aguas del jardín japones en lo que parece haber sido otra vida que ya hemos dejado atrás.

—Recuerdo que tenía una bicicleta de color amarillo, como *Lila* —añade, entregándome otro de esos detalles tan particulares que amo de ella—, el caso es que siempre acababa en el suelo, raspándome las rodillas y los codos. Tenía una absurda competición con Cameron que hasta hoy se mantiene, cosas de mellizas —dice como si no tuviera importancia—, pero si había algo que me gustaba de allí fue descubrir esa conexión con la naturaleza tan única, un aire que jamás tuve la oportunidad de respirar en la ciudad.

La imagino, pienso en una Carla más pequeña, con el pelo rubio alborotado y enredado, recogido en una coleta, pero con decenas de mechones pegados a su rostro y frente debido al sudor. Pienso en lo feliz que fue durante su infancia y agradezco porque ella tenga una familia que ha estado a su lado a pesar de cualquier circunstancia, logrando que sonriera siempre. Incluso la veo haciendo cientos y miles de travesuras, como subirse a árboles y caer para llegar a casa con heridas que dejan cicatrices de las buenas, de esas que observas y cuentan historia.

—Por eso, cuando me detectaron la enfermedad, decidí que volvería a aquello que más

amaba hacer. Dejé el trabajo en el banco y me hice con *Carla's* .

—¿Trabajabas en un banco? No me hago a la idea de verte en un lugar tan serio.

—Eso me dije yo durante años, pero como tú, no me atreví a dar el paso hasta que tuve la señal frente a mis ojos. —Los suyos viajan a los míos, me veo sonriendo y agradezco poder tenerla tan cerca. Su piel todavía huele a la floristería y solo así logramos que el hospital se borre —. Lo que quiero decir es que aquella niña rebelde, siempre estuvo dentro de mí. Yo soy así por naturaleza, un huracán que no piensa demasiado en sus acciones, aunque vaya a darse contra un muro, que se deja llevar por todo lo que venga y lo disfruta, aunque al día siguiente la vida me vaya a dar una buena bofetada. Y tú tienes que hacer lo mismo, Julia.

—No quiero que te enfades, pero suena mejor de lo que realmente es.

Me apena pensar de esa forma, me siento triste por responderle con el corazón atemorizado, convertido en un mar revuelto y cargado de miedos. Ella me acaricia el rostro e intento imaginar su temeridad de varios años atrás, a sabiendas de que todavía lo conserva.

Cierro los ojos y guardo ese momento en mi mente como si estuviera escribiendo el recuerdo en un diario.

—¿Al menos lo intentarás? No me gustaría pensar que eres infeliz en un trabajo que te oprime tanto. Siento que aquí has sido tú como nunca lo fuiste durante años.

Y tiene razón.

—Te prometo que voy a meditarlo, tarde o temprano tendré que tomar una decisión —le digo, aunque en esas palabras no quiero incluir en voz alta que también tengo que pensar en nosotras.

Carla deja ir un suspiro, parece descubrir más allá de lo que digo, la verdadera razón de mis pensamientos, y no la culpo, ella siempre sabe descifrar bien que se esconde tras mis palabras o una mirada. Incluso las caricias que dejo sobre su piel hablan más de lo que realmente llego a compartir. Se abraza a mí como si quisiera decir *todo está bien, tranquila, todo está bien* . Pero no lo está porque tiembla y yo también entiendo el significado del verdadero temor a perder. Deseo y quiero poder protegerla, guardarla entre mis brazos con fuerza, lograr que no decaiga, que no enferme más, que no se marche jamás.

¿Qué haré cuando llegue ese momento?

¿Qué hará Carla cuando sienta que no puede abrazarme de la misma forma que lo hace ahora?

¿Nos acompañaremos de la mano hasta el final del túnel?

¿Viajaré con ella sea donde sea para vivir de su alma eternamente?

—Deberías dormir un poco... —susurro, con los labios pegados a su cuello, besándolo, notando como la piel se le eriza.

—Aquí estoy bien, mejor que en esa cama vacía —dice, y sus dedos se aferran a mi ropa como su alma lo hace a la vida.

A cambio la abrazo como nunca pero no se describir la forma, no sé decir con palabras lo que siento cuando mi corazón late desbocado, rompiéndose a pedazos mientras protejo una pequeña pieza de lo que Carla es en toda su composición. Ella, tan vivaz y sonriente, tan alocada como única, se apaga, lo hace poco a poco y lo ha estado haciendo desde el minuto uno en que nos conocimos sin yo apenas darme cuenta.

He conocido ambas caras de una moneda sobre la que no soy capaz de escoger.

Porque al final del día me doy cuenta que ambas me gustan de la misma forma, yo me he enamorado de la mujer que en ciertos momentos grita desesperada, cuando se dibujan sombras en su rostro cansado, quiero a la Carla que no decae y que de vez en cuando se rinde a según qué horas del día. La chica de mirada verde entre las flores, esa que las cuida como si fueran la posesión más preciada que ha tenido entre las manos. La escucho, poco a poco se duerme y no pienso moverme, mientras tanto recuerdo a la niña de las rodillas raspadas, pienso en ella y en todas las etapas o instantes que han construido y formado a la mujer que ahora amo compartiendo este silencio.

—No tengo idea de que haré cuando no te tenga —digo, aunque mi voz apenas se escucha.

Casi creo que es un pensamiento, pero no. Agradezco que no me haya escuchado y que en este momento no sea capaz de ver las lágrimas que comienzan a bañar mis ojos. Un par caminan a lo largo de mis mejillas y se pierden en algún punto de mi cuerpo. Cameron tenía razón, puedes hacerte a la idea de lo que va a pasar, pero eso no quiere decir que no sienta un implacable miedo a perderla.

Y a caminar sin ella de mi lado.

COMO ESTRELLAS FUGACES

La estancia en el hospital ha sido corta, pero no tan llevadera. Cuarenta y ocho horas de pensamientos, incertidumbre y suspiros. También de visitas que ha hecho del tiempo algo más fácil con lo que lidiar. Sonrisas y lágrimas mezcladas que saben a dulce y a la vez a sal. Estamos en Notting Hill, frente a la casa de Cameron y de nuevo la vida vuelve a la normalidad cuando los chicos nos juntamos para dejar la bolsa de Carla frente a la puerta, permitiéndole caminar como si nada hubiera pasado en realidad. A pesar de tener su casa cerca de la floristería ha preferido quedarse aquí unos días mientras recobra fuerzas, aunque cuando la miro a los ojos mi temor es que no lo consiga.

—Pues ya está todo —comenta Stephen, me mira y después sonrío—. Pronto te la devolveremos.

Reconozco el cansancio en los ojos del marido de Cameron, aunque le sonrío y agradezco sin pronunciar una sola palabra.

Los demás están a mi espalda. Eso está bien porque siento que si ahora mismo cayera tendría varios pares de manos para evitar que me hunda en un profundo vacío y ahí plantada, lo agradezco como pocas cosas en la vida. Este viaje ha traído algo más que el descubrimiento de mí misma y el amor, me ha convertido en miembro de un grupo de personas que se me han clavado en el alma hasta el punto de hacerla sangrar de solo pensar en perderlos como familia.

—Yo también iré a descansar un poco, más tarde te llamo ¿vale?

Carla asiente y cuando la puerta se cierra dejo que la fortaleza abandone todo mi cuerpo. Tony es quién se acerca a mí para agarrarme del brazo, después viene Taylor y Shelby planta su mano sobre mi espalda.

—Creo que no deberías ir aún a casa —dice ella.

—Vamos a comer —propone Taylor.

—Chicos, no tengo ánimos para hacerlo, no sé ni lo que debería...

—Por eso mismo, no es momento para que estés sola —insiste Tony.

Con todo el cariño que conlleva ese gesto, se deshace del sombrero negro que cubre su cabeza y me lo pone, haciendo que el pelo rizado roce mi rostro más si cabe. Se gira y me mira a los ojos, sonriente, después tira de mis manos y me hace caminar con la intención de evitar que más allá de ese hogar vean lo destrozada que estoy.

—¿Vamos? —me pregunta.

—Está bien —susurro, y noto como apenas tengo voz.

Cuando subimos al coche me apoyo en uno de los cristales después de abrochar el cinturón de seguridad. Pierdo la noción del tiempo, incluso del espacio y el lugar dónde nos encontramos. No soy capaz de ver las casas coloridas del barrio donde me he enamorado en miles de sentidos. Siento una caricia en mi hombro, pero no tengo ánimos de ver quién está a mi lado, al frente o al volante en un intento por hacerme recobrar la entereza con la que me han conocido durante todos estos días.

Las ruedas del coche nos hacen avanzar, giran una y otra vez en lo que yo creo que es un carrusel de infarto y emociones contrarias a las que debería estar sintiendo o sentía en un pasado tan cercano.

Peón de las circunstancias me doy cuenta del corto recorrido que me queda en este lugar y el pensamiento trae consigo de todo menos aceptación. Los chicos y yo acabamos en el restaurante *Buvette*, donde Taylor habla de sencillez y exquisitez al mismo tiempo. Quiero escucharle, decir algo que sirva para que podamos disfrutar de este momento juntos, pero no puedo, apenas me doy la oportunidad de salir del coche y caminar con normalidad. Tengo náuseas, a mi alrededor todo empieza a dar vueltas y agradezco a Tony por llegar hasta mí y salvarme de nuevo.

—Te vendrá bien un respiro, después iremos a un lugar especial todos juntos. No tenemos por qué no sonreírle al día ¿verdad?

—Eso dilo por ti —le increpo, aunque enseguida me arrepiento. Bufo y le miro a los ojos —. Lo siento, no pretendía ser tan brusca, es que no tengo idea de qué hacer.

—Primero deshazte de esa chaqueta, luego entra al restaurante, busquemos asiento y quédate tranquila. —Es Shelby quién habla y me anima, de hecho, es ella quién me la quita y la guarda entre las manos acompañándome al interior.

Madera y piedra, piedra y madera. Antigüedad con elegancia. Los cuatro elementos perfectos para envolver a dos personas destinadas a conocerse y que ahora, inevitablemente, tienen que decirse adiós en cuestión de tiempo. Es injusto, tanto que el dolor me oprime el pecho con cada latido de mi corazón.

Dejo ir un pesado suspiro, expulso todo el veneno en forma de pensamientos, pero como en cualquier caso complicado, levanto la cabeza y miro al frente como toda una profesional.

—Vamos al fondo, estaré más cómoda en un lugar tranquilo —les digo a todos.

Ninguno pone una sola pega.

El menú para los cuatro consiste en dos refrescos de naranja, dos de cola y unos sándwiches de carne, queso y huevo con verdura. Una nimiedad en comparación con el significado que tiene encontrarnos aquí, juntos, mirándonos a los ojos mientras esperamos que uno hable por fin.

Y el elegido, es Taylor.

—Quería que supieras que lamentamos no habértelo dicho antes o no haber podido evitar la forma en la que lo supiste, confiamos en que Carla lo haría, pero últimamente no está...

—Simplemente no está —le interrumpe Tony—, y es totalmente comprensible, ha tenido algunas recaídas durante estos últimos meses. Está más cansada, distraída, y la floristería la tiene demasiado ocupada como para poner atención en sí misma.

—Algo que hemos intentado que cambie —añade Taylor.

—Pero que evidentemente, no hemos conseguido —se lamenta Shelby.

—No te culpes Shelby. —Ahora soy yo quien la mira a los ojos—. Tampoco lo hiciste con intención así que no puedo culparte, si alguien tiene la culpa soy yo, por haberme dejado llevar a través de estas aguas.

—¿Qué tiene de malo? —pregunta Tony.

¿Y qué de bueno?, pienso para mí misma.

Cojo el vaso y dejo que las burbujas sabor a naranja recorran mi garganta como pequeñas granadas de sabor que explotan y despiertan mis sentidos a través de su azúcar. Intento reír, y de hecho lo hago, pero el gesto irónico de mi rostro debe ser totalmente evidente a estas alturas.

—Yo no vine aquí para enamorarme, ni mucho menos para tener que ver como alguien tan maravilloso se apaga con el paso de los días. No me malinterpretéis, mi intención no es dejarla, escapar o simplemente ignorarlo. Es sólo que mi mente estaba puesta en otro tipo de vacaciones, ahora odio que Mr. S haya tenido tanta razón.

—Mr. ¿Quién?

—*Oh*, es un señor que conocí en el metro el primer día que llegué a la ciudad, irónicamente pensé que bromeaba cuando me dijo que en Portobello podías enamorarte, y no solo del mercado o las calles de todo Notting Hill —aclaro mirando a Taylor a los ojos.

—Lo hecho, hecho está, y así es la vida, a veces no podemos más que limitarnos a aceptar las cosas tal y como vienen. Como cuando naces en una familia donde sientes que deben quererte para toda la vida, pero no lo hacen —admite con esa mirada rasgada que siempre ha estado cargada de verdad.

—¿Tú también sabes de eso? —le pregunto.

—Por eso estoy aquí, en Londres y no en Seúl. Cuando comprendí que no tendría la libertad de ser como soy o amar a cualquiera, mujer u hombre, sin importar la religión o las tradiciones que allí se imparten, supe que debía tomar un avión y volar lejos, como lo hiciste tú.

Me sorprende observar por primera vez matices de tristeza en una mirada que la mayor parte el tiempo parece dura, hasta siniestra. Tony es quién le deja ver que todo está bien con una caricia en su hombro. Mirando a los tres, intuyo que ninguno ha debido tener una vida fácil y que, por eso, se caracterizan como un grupo de amigos donde el apoyo es total entre ellos. Casi una comunidad de lazos irrompibles que sonríen y sufren con el otro como si estuvieran conectados más allá de los sentidos.

Y ahora, yo formo parte de ese perfecto círculo.

—Gracias, de verdad no sé qué habría hecho sin vosotros. No sé qué haré cuando tenga que tomar ese avión, si es que en algún momento vuelvo a casa...

—¿Te lo estás planteando? —pregunta Shelby—, quedarte.

Por primera vez respondo sin decir una sola palabra. Asiento y agacho la vista para concentrarme durante unos segundos en la comida y bebida que nos acompaña. Todo hacemos lo mismo, acompasando el movimiento de los cuchillos y tenedores con nuestra respiración y hasta el ritmo de unos corazones frustrados.

Soy capaz de sentir los nervios, las dudas de todos ellos, pero también esa felicidad que les ilumina de repente al pensar que de verdad puedo quedarme después de todo lo que ha pasado.

—Tengo que solucionar algunas cosas con Nolan Law y Thomas, aunque a estas alturas ya no creo que allí tengan algo bueno que ofrecerme para seguir adelante con mis servicios como abogada. Aunque Amber, mi mejor amiga, no sé si se lo tomaría tan bien. Estamos muy unidas —añado, y la tristeza me invade por completo.

—Si te quiere tanto como dices, estoy seguro de que ella lo entendería.

—Ya lo sé Tony, pero no es tan sencillo dejarlo todo, así como si nada.

—Y no es eso lo que te pedimos —me dice, llevando su mano derecha hacia la mía para dejar una caricia—, solo queremos que seas feliz y te replantees lo que de verdad quieres hacer.

La música suena de fondo. Tengo una conexión especial con los lugares que visito y las canciones que me envían un mensaje cuando menos me lo espero. *Strange Birds* de Birdy, recopila en sus estrofas todos los miedos que se ven en mí y ellos son capaces de percibir. Me tiemblan las manos, tengo ganas de llorar y por primera vez en mucho tiempo no reprimo las lágrimas a pesar de no tener las aguas de San Francisco como abrazo y curación. Pero sí tengo a mi familia, a esas tres personas que me abrazan sin pensárselo dos veces, reconstruyendo las piezas que poco a poco van cayendo al suelo, de imágenes y recuerdos, de soledad y temor a la pérdida. Me guían hacia el camino correcto como hacen los buenos amigos, estrellas fugaces a las que pedirles deseos.

Y el mío es no perderles nunca.

—Todo irá bien, estamos aquí contigo —susurra Shelby, y es extraño, pero la creo.

El agua fluye y vuelve a su cauce, un río en conjunto donde las aguas cristalinas dejan ver más allá del fondo la belleza de una naturaleza que está compuesta de diferentes personas que se abrazan y sonrían, consuelan y sueñan con un futuro mejor.

—Sois mi salvación —les digo, aunque no es necesario que se lo transmita.

Pero no quiero olvidarme de decírselo.

Y de repente la situación ha dado un giro de ciento ochenta grados. Vuelvo a ser esa Julia sonriente que llegó a Notting Hill con intenciones claras de purificar su alma y dejarse llevar por el barrio y la ciudad en general. Los cuatro vamos andando de forma tranquila, con el estómago lleno y el corazón pleno, parcialmente al menos. Hemos dejado a un lado las preocupaciones y caminamos a través de Portobello, donde el sol incide en las casas de colores y puedo escuchar

una deliciosa melodía compuesta por las risas y las conversaciones de las decenas de personas que nos rodean.

Al llevar la mirada a los ventanales antiguos, imagino las vidas de todos aquellos que han pasado por este lugar o que, como yo, han conseguido fundirse con el barrio en unos pocos días.

Pienso en Mr. S y sonrío a placer al imaginarlo años atrás, de la mano de la persona que amó o incluso caminando a solas, respirando de un aire totalmente diferente a todo lo conocido. Exactamente de la manera que lo siento yo ahora mismo. Shelby tira de mi para llamar la atención y logra que la mire a pesar de encontrarme embelesada con lo que me queda por descubrir y hallo ahora mismo.

—¿En qué piensas?

—En lo bonito que es este sitio y lo apenada que estoy por no haberlo conocido antes — confieso, con un matiz de tristeza bañando mi expresión.

Puedo verlo en su mirada.

—Pero ahora que lo has conocido ya puedes sentirte la mujer más afortunada del mundo.

—Eso es verdad —dice Tony—, aunque para mí no hay nada que supere al SoHo.

—Venga, ¿vamos a pelear otra vez por eso señor jazz? —Taylor le reta echándose a reír al instante.

Yo niego y noto como los rizos se mueven bajo el sombrero que llevo en la cabeza.

—Deberías usarlos más a menudo —comenta Shelby, ya en mi oído, como si fuera una confesión que no puede ocultar ni quiere que sepan los demás—, te quedan muy bien.

—Lo incluiré en mi vestuario, aunque en américa no se lleva tanto. Esto es muy clásico, allí todo es... no sabría qué decirte ahora mismo.

A golpe de parpadeo, me imagino entre las calles de San Francisco, incluso caminando con los pies descalzos por la playa, ocultando mi rostro y siendo una mujer totalmente diferente de la que se marchó aquel día de enero. La vista se me va al suelo, sigo la estela y el movimiento de mi calzado. Observo las sombras de los cuatro decorando el suelo mientras creamos una simbiosis perfecta con la piedra de los callejones en forma de asfalto. Me pregunto a donde vamos y es por eso que alzo la mirada otra vez para ver a mi alrededor.

—¿Dónde me lleváis? —pregunto mordiéndome el interior de las mejillas.

Una sensación especial me recorre cuando Taylor sonrío y después lo hacen los demás.

—Es una sorpresa, un lugar mágico para nosotros, podríamos haberlo visitado todos juntos, pero creo que este es el momento perfecto para que te des cuenta de lo especial que eres. —Tony habla y de repente la canela de mi piel se transforma en un sonrojo que arde y no soy capaz de ocultar.

Intento hacerlo mientras carraspeo. Como los quiero joder, ¿por qué la vida me recompensa de esta forma y quiere quitármelo todo con el paso de los días?

Reconozco parte de los callejones, pero no el de Codrington donde ahora estamos, tengo

la cara enterrada en el pañuelo de color gris y los ojos expectantes por saber que me queda por descubrir, *como si fuera poco*, me recrimino. Niego, aunque nadie es consciente de ello. De repente siento los ojos de ellos sobre mí y eso me hace temblar, ¿qué están intentando hacer conmigo? ¿Enamorarme como Carla lo ha conseguido? ¿Es tarde para evitarlo?

Sí, es tarde, porque lo lograron desde el primer día.

—Hay un mural que no te puedes perder. —Es Taylor el que habla.

—Y justo a la vuelta está nuestro emblema, historias y momentos encerrados en unos cuantos colores —añade Shelby, encantada con cada palabra que deja escapar de entre los labios.

—Me estáis poniendo nerviosa, y debo decir que para ciertas cosas no soy buena esperando.

Sé que mi respuesta les sorprende, pero a mí lo que más me llega al corazón es encontrarme en un callejón de fachadas blancas adornadas con árboles y plantas que, inevitablemente, me llevan a un recuerdo fantástico. La mezcla de ese color con los negros y azules hacen del escenario algo digno de observar sin perder detalle, de hecho, creo que no hay nada que pueda superarlo hasta que los chicos me guían al lugar exacto donde quieren que esté.

Un mar a la deriva.

Los trazos de pintura negra sobre la fachada me llegan al corazón con una visión que me pone los pelos de punta y dan significado a todo lo que he sentido desde mi llegada a Notting Hill. No tengo idea de si la interpretación de esta obra de arte es realmente la correcta, pero sí lo suficiente para mí.

Yo en medio de un mar de dudas, donde los edificios altos y la locura de una ciudad se cambian por un pintoresco escenario de casas con tanta historia como lo que podría escribir sobre mis sentimientos. Al igual que en el dibujo, me encuentro remando entre todos esos miedos que me abordan y llevan a la deriva en según qué ocasión. Pero arriba, en lo más alto, hay un cielo de nubes maravillosas y estrellas que son capaces de guiarte hasta encontrar de nuevo el camino correcto. Para algunos puede ser un lugar, para mí son las personas que están a mi espalda, expectantes porque gire y les diga algo.

Lo hago, pero más que reír lloro, de pura felicidad.

—Somos... —la voz se me queda atascada—, como todos nosotros.

—Lo somos —afirma Shelby, quién parece emocionarse también—, pero hay algo que te gustará más.

Cuando me cede su mano, una extraña electricidad recorre todo mi cuerpo.

Avanzo con torpeza, casi tropiezo con mis propios pasos y provocho una de esas situaciones ridículas que también han escrito las memorias de un pasado que he querido olvidar y recordar a la vez. Y entonces ahí está, una gran X marcada sin ningún tipo de sentido, sobre dos puertas y parte de una pared a la que miro con los ojos bien abiertos. Los colores en su interior explotan como lo hacen a lo largo de mi alma. Me quedo en silencio porque no soy capaz de decir una sola palabra.

—Cuando lo vi por primera vez, pensé que hay una razón de peso para creer que la oscuridad también es algo que debemos apreciar porque es dentro de esta donde podemos ver con claridad el resto de colores que nos persiguen, rodean, abrazan y ofrecen una cura que a veces no somos capaces de ver. —Tony se acerca a mí y me abraza por la espalda—. Afortunadamente, el universo está repleto de cosas buenas a pesar de las cosas malas que nos ocurren.

—Espero que te refieras a mí —bromeo en un intento por no caer ahí mismo. Detengo las lágrimas que se siguen acumulando en mis ojos y después me giro para abrazarle con fuerza. Taylor y Shelby no tardan en hacerlo también—. Aquí he descubierto que los ángeles existen de verdad, ¿sabéis?

En ese abrazo me doy cuenta de que somos personas infinitamente diferentes, seres que difícilmente se encuentran en el camino.

Pero nosotros lo hemos hecho.

—La X representa al grupo Londinense TheXX, y se puede reconocer la portada de su álbum *Coexist* —habla Tony sin romper el abrazo, dejándome el otro trasfondo que guarda este grafiti—, pero para nosotros su significado va mucho más lejos.

Atreviéndome a moverme un poco, los miro, a cada uno de ellos y después llevo mis ojos a la X que sigue en el lugar donde debe estar, perfecta y a la espera de ser encontrada por los que necesitan dar sentido a lo que están viviendo: un poco de esperanza dentro del horror que a veces son los días. Porque cada uno de nosotros coexistimos para el otro.

Dos segundos después estallamos a reír como si nada ocurriera, las fotografías se suceden una tras otra, creando recuerdos que llevaré siempre conmigo, allá donde quiera que vaya, sea en San Francisco o hasta el fin del mundo. Lo más bonito de todo es que tenemos motivos para sonreír y eso me entrega unas fuerzas que creo haber perdido en algún punto de los dos últimos días vividos en el hospital.

—Si algún día vamos a San Francisco, espero que a cambio nos muestres esos lugares que son especiales para ti —bromea Taylor.

Alguien que cuando sonrío pierde esa seriedad que le caracteriza como arquitecto.

Casi se podría decir que es la versión de mí, pero en hombre.

—Por descontado, aunque ya no estoy segura de que la ciudad supere la belleza de Notting Hill, pero hay lugares que tienen mucho encanto... —les digo—, con tanta historia como estas calles en las que parece que camines en otro tiempo.

—Los lugares no importan mientras estés tú, Julia, ¿todavía no lo entiendes?

Tony me mira con firmeza, vuelve a emocionarme, pero lo evito con una sonrisa y después dejo ir un suspiro previo a llenar mis pulmones de nuevo.

—Hagamos alguna foto más y vamos, o esto acabará siendo un mar de lágrimas —les advierto.

Y definitivamente, parece que en conjunto grabamos el ayer, el ahora y un futuro que,

aunque es todavía incierto, puedo saborear muy de cerca con sensaciones que estoy segura me marcarán para siempre.

LA LLUVIA DE LA FELICIDAD

Cuando el sol está en lo más alto doy un giro sobre mis pasos y vuelvo al interior del apartamento en el que parece que he construido una vida de años en unos pocos días. Echo un vistazo al calendario del portátil que está abierto sobre la mesa y me doy cuenta que ya estamos a nueve de febrero, a falta de diez amaneceres para coger el billete de avión y dejar todo esto atrás. Pensarlo me encoje el corazón y me veo incapaz de describir el nivel de dolor que siento al darme cuenta de ello. Los dedos me tiemblan por una razón que quizá no parezca importante.

Ayer por la tarde recibí un e-mail de Nolan Law que aún no he respondido y no sé si podré, y para colmo, Amber insiste en que no debo tomar las cosas tan a la tremenda. Como si esto fuese sencillo cuando yo sé que no, e inesperadamente la única que tiene razón en que piense claramente lo que quiero, es mamá. Y en mitad de todo esto, me sorprende que sea ella a la que quiero hacer caso, para qué mentir, porque después de lo ocurrido es un pilar que nunca ha estado en los momentos que más la he necesitado.

Inevitablemente, mis recuerdos viajan a un punto en concreto del pasado.

Tenía veinticinco años y el contrato más importante hasta el momento para dar un giro en mi carrera bajo el brazo. En San Francisco, como era habitual, la sombra de mi pelo rizado dibujó sombras sobre la cristalera de mi pastelería favorita: Mr. Holmes. Por aquel entonces, el brillo de mi rostro era totalmente diferente al de ahora. Parecía una chica universitaria recién graduada y con toda la ilusión grabada en una mirada que no quería conocer el mal, o al menos, el nivel de estrés al que me vería sometida en cuestión de pocos meses.

Mis dedos bailaron sobre la carpeta una vez decidí cogerla entre las manos. Abrí la puerta y entré al interior de la pastelería para verme abordada por unos aromas que sabía no podría reconocer en ningún otro lugar del mundo. Y no fue mentira. Tras la barra repleta de dulces, disparé la mirada directa al más codiciado del lugar en todo San Francisco, incluso suspiré aliviada al ver que mis favoritos todavía no se habían vendido.

—Julia, qué maravilla verte por aquí tan temprano.

Caroline me sonrió, en cierto modo creo que sintió alegría al saber que si estaba ahí era porque tenía la intención de que ese fuera un gran día.

—¿Me pones media docena de *cruffins* ? Esta vez dulces, por favor.

El híbrido entre muffin y croissant se convirtió en mi pecado favorito desde el momento en que lo descubrí. Yo misma había esperado en más de una ocasión a lo largo de colas interminables por hacerme con uno de ellos, incluyendo la versión salada de sushi. Divagué pensando en aquello mientras servían mi pedido sin tener idea del giro que daría la mañana en

cuestión de unos pocos segundos.

Con la caja dentro de una bolsa y esta en mis manos, abandoné la pastelería de Nob Hill para acudir directamente a las oficinas del que sería mi lugar de trabajo, hasta que me vi interrumpida por una de esas situaciones que pasan de improviso y que nunca ves venir.

—Esperaba encontrarte aquí.

Cuando me di de cara contra ella, el corazón se me heló, no me hizo falta mirarme al espejo para saber que me había puesto pálida por completo, aunque por suerte, no dejé caer nada de lo que tenía entre mis manos.

—Mamá, ¿qué es lo que quieres?

—He sabido que hoy era un día importante, y quería felicitarte —dijo sin más.

¿La creí? Claro que no.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Felicitarme? —La ironía se evidenció en el tono de mi voz, pero más el enfado. Quise seguir caminando, pero ella me detuvo agarrándome el brazo—. No hagas una escena, por favor —añadí.

—Eso no es lo que pretendo, te digo la verdad, ¿cómo no iba a alegrarse una madre después de lo que has conseguido? Nolan Law tiene un prestigio enorme en todo San Francisco.

Yo comencé a caminar, me negué a escucharla, cerré mi corazón al posible dolor que iba a causarme tener una conversación con mi madre después de tantos meses sin contacto. Pero ella no se rindió, no, siguió mis pasos hasta que logró estar a mi lado, lo suficientemente cerca como para poder notar su respiración nerviosa y esos indicativos que me hicieron saber que estaba diciendo la verdad. Odié reconocerlo en ella como siempre lo hice, lo odié porque yo era el fiel reflejo de una mujer que quería hacer todo lo posible por estar conmigo a pesar de lo que nos había ocurrido.

Un todo que implicaba la no aceptación de mi yo como persona.

—Está bien —dije, pero no la miré a los ojos—, tengo media hora, podemos ir a casa si quieres.

—Claro.

El silencio se rompió por el sonido del tranvía funicular que recorría toda la calle, dispuesto a cargar en su vagón increíbles historias de las que yo fui protagonista en algún punto de la vida, así como la existencia misma.

Al llegar a mi apartamento, las llaves cayeron sobre la mesita, me descalcé y caminé hasta tomar asiento en el sofá, después de dejar la caja de dulces sobre la encimera de la cocina.

—Media hora —repetí, y esta vez, sí la miré a los ojos.

Sus dedos nerviosos fueron a parar a la chaqueta que llevaba puesta, tocó los botones en silencio, con esa necesidad que observé en sus ojos para llenarse de valor.

—Sé que no he sido la mejor madre del mundo.

—Es una maravilla que lo reconozcas —respondí—, ya que tú y mi padre me tirasteis a la calle porque según él soy una pecadora que irá directa al infierno.

Vi el arrepentimiento atravesar la expresión de su rostro, pero lo cierto es que no me importó.

—Lo que vengo a decir es que, aun así, es verdad que estoy orgullosa, mira lo que has conseguido, un bonito apartamento, tienes una carrera por la que has luchado y ahora vas a trabajar en uno de los mejores despachos de abogacía que existen. Sé que me odias, pero solo quería decirte que eso me hace muy feliz.

Tras aquellas palabras el silencio llegó de nuevo.

Era evidente que la tensión entre ambas podía romperse con un cuchillo. Pero también había una cosa en la que estaba equivocada, y mucho.

—Yo no te odio mamá, lo único que siento es decepción, porque si yo hubiera estado en tu lugar jamás habría permitido lo que ocurrió. Y sabes que es cierto. Dices que el amor lo vale todo, y yo entiendo que ames a papá, pero ¿acosta de perder a tu hija? Ojalá la abuela estuviera aquí para que vieras el modo en que ella sonreía y me abrazaba a pesar de ¿qué? ¿Ser lesbiana? ¿Eso te hace mala persona? Dime, ¿acaso soy una asesina?

El enfado junto a una creciente rabia logró que mi voz se elevara sin remedio. En mitad de la conversación reconozco que intenté por todos los medios no lanzar un solo reproche, pero no pude evitarlo, no cuando a mi memoria llegaron cada uno de los instantes en los que ella pudo tomar otro tipo de decisión.

Mamá se quedó en silencio, estática y muy recta, aunque noté el temblor de su cuerpo.

—No, no lo eres, y no tienes idea de cuánto me arrepiento por todos estos años perdidos. Te prometo que algún día te recompensaré.

—Recompensar... suena muy sencillo, pero eso es imposible. —La miré a los ojos e intenté sonreír—. No se puede recompensar algo que ya está perdido.

Ambas supimos que era cierto, pero mamá no desistió.

Y, de hecho, fue ella quien llevó la razón porque con el paso del tiempo, este me demostraría que sí hay cosas que pueden ser reparadas.

Suspiro otra vez, con el teléfono en mano y el recuerdo del sabor a *cruffins* en los labios. Extraño el de chocolate, avellana y crema, ya sea en conjunto o por separado, pero esa no es razón suficiente para cambiar de opinión.

—Contesta por favor...

Mi suplica se ve atendida cuando escucho su voz al otro lado.

—Creí que me volvería loca —le digo a mamá—, ¿cómo estás? ¿Dormías?

A pesar de la diferencia horaria, agradezco poder oírla, siendo ahora consciente de que

probablemente la haya despertado.

—En realidad no, he tenido una pelea con tu padre, pero no importa. ¿Qué pasa cariño?

De repente, el corazón se me para y deseo volver atrás en el tiempo, a mi apartamento, justo donde ella se encontraba de pie, para abrazarme con fuerza a su cuerpo y no soltarla. Como si tuviera claro que este presente, no sería ni mucho menos tal y como lo había imaginado.

—Pensé que podría con ello, que sería capaz de controlarlo, pero la situación me supera. No sé qué hacer con el trabajo, no sé qué hacer con Carla... ni siquiera sé qué hacer con este puñetero barrio.

—Yo creo que sí —responde, y me sorprende la seguridad con la que lo hace. Escucho una ligera brisa y eso me indica que está en el porche de casa, ahí donde en muchas ocasiones de mi infancia ambas reímos sentadas en un banco de madera—. Solo tienes miedo a enfrentarte a ello, al cambio y necesitas darte cuenta que algunos no son tan malos como en principio creemos.

—Lo sé mamá, pero no es tan fácil, verla así...

—¿Serías capaz de marcharte ahora que lo sabes? ¿Sin exprimir cada uno de los segundos que te queden a su lado?

Su pregunta me recuerda a que Carla y yo hemos quedado para vernos después de comer. Quiere llevarme a un lugar especial, y sé que lo será.

—Me odiaría toda la vida si lo hiciera —digo, con el corazón entre las manos.

—Entonces no tengas miedo a coger las riendas. Cáete y rómpete si es necesario, porque algún día te darás cuenta de que esas heridas te sirvieron para hacer de esto algo mucho mejor.

—¿Y si no soy capaz de levantarme?

—Siempre tendrás una mano que te ayude, te lo prometo —dice con convicción.

Ella, tan lejos y a la vez tan cerca, me hace sentir plena y segura, aunque sea el tiempo suficiente para no dejarme llevar por pensamientos negativos, para poder caminar una vez más por las calles de Notting Hill con el convencimiento de que voy a hacer lo correcto sea cual sea mi decisión. Y así es como será, estoy segura. No sé cuánto tiempo invierto en pensar en ello cuando cuelgo el teléfono y dejo que el silencio sea lo que me rodee en los minutos previos a tomar una ducha, vestirme, maquillarme y prepararme para una tarde/noche inolvidables.

Estoy nerviosa por el hecho de que sé que quiero agotar cada segundo de la experiencia que estamos a punto de vivir, aunque no tenga idea de lo que vamos a hacer.

Esta vez, no hemos quedado en *Carla's*, ni he tenido que rezar por mi supervivencia mientras me aferro al cinturón de seguridad de *Lila*. Tengo la ubicación guardada y toda mi alma puesta en vivir de sonrisas durante todo este tiempo que voy a pasar a su lado. El corazón me responde de la misma manera que siempre al pensar en ella, late deprisa, me da un vuelco, me pide que lo haga, que disfrute con el alma cada instante al lado de una mujer que resultará inolvidable para mí. Es un aviso, lo sé, el triste aviso para hacerme entender que probablemente no habrá otra próxima vez como esta.

—La vida es... —No soy capaz de poner fin a esa frase cuando me adentro a la estación de Ladbroke Grove para coger la línea amarilla en el andén uno.

El frío me golpea de lleno, pero ya no lo siento como navajas a punto de cortarme la piel.

De hecho, mientras espero a que el ruido llegue hasta mis oídos, me permito respirar hondo, cerrar los ojos y dejar que mi pelo se mueva como bailan las olas con un poco de viento. Por costumbre, me abrazo a mí misma cerrando la americana de color gris que hace juego con un pañuelo de intenso azul noche, a falta de una mirada que se convierta en estrellas. En los más de treinta minutos de recorrido pienso en ella, en el amor irrefrenable que siento y que en algún punto de estos días pasados he querido evitar. Nada ha cambiado desde que sé la verdad, y aunque suene extraño, sé que he valorado de la misma forma sus besos y caricias, como si siempre hubiera tenido el convencimiento de que tendríamos un final.

A pesar del dolor que esa palabra me causa.

Pero, ¿acaso la vida no está hecha de inicios y finales? Me abrasa el imaginarlo, aunque eso no evita que plante una sonrisa en el rostro y siga adelante, a la espera de reunirme con ella, besarla, abrazarla, tocarla, aspirar el perfume cítrico de las rosas que perlan su piel. Joder, las piernas me tiemblan, y apenas soy capaz de mantener el equilibrio cuando el tren se detiene en la calle Liverpool y me obliga a seguir el recorrido hasta que por fin doy con ese verde tan mágico.

Unos ojos que esperan alegremente, acompañando a la mujer que apoya su espalda en un edificio cualquiera de una calle que probablemente no recordaré mañana, pero sí por el resto de mis días.

El espacio entre nosotras son unos cuantos metros.

Quiero correr, pero termino por caminar lento.

Lo suficiente para poder ver cada detalle de su persona. Los nervios en sus manos, el cabello tras su oreja derecha, el tic en su ojo izquierdo, el rostro ligeramente agachado cuando por fin ve que me acerco, y la sonrisa más perfecta que haya podido observar en toda mi existencia.

Carla es un bosque de árboles y colores que traen vida, de pájaros que cantan a todas horas del día, de incertidumbre cuando crees que te vas a perder, y felicidad absoluta al encontrar el camino que te lleva a adéntrate de nuevo en ese escenario tan único como imperfecto, siendo esto la esencia de lo que más amo en ella. Con sus miedos y locuras, y esos labios rosados ligeramente maquillados que a veces se han teñido de rojo.

—¿Has esperado mucho?

—Por ti lo haría todo el tiempo del mundo. —E inevitablemente, viajo al cielo.

Antes de tenerla cerca, tan cerca como para beber de su respiración, veo otro tiempo a su espalda, una década desconocida en la que no puedo indagar porque las manos de Carla se elevan hasta mi rostro e interrumpen y rompen cada pensamiento que se me cruza por la mente. Me besa, dulcemente, tomándose unos segundos para derrumbar muros y hacer que mis miedos vuelen lejos, los hace desaparecer.

La elijo a ella, en esta y cada una de nuestras vidas, y por primera vez le pido a las

estrellas que, si el destino nos separa, su perfume se mantenga impregnado en mi piel eternamente.

—Hoy vamos a visitar una cápsula en el tiempo —dice, con los labios rozando todavía los míos.

El calor me abrasa y tengo que echarle voluntad para negarme a coger su mano y llevármela a un baile de corazones que explotan en fuegos artificiales.

—Una cápsula del tiempo —repito con la voz y los sentidos aturridos por su presencia ante mí—, ¿nos quedaremos allí para siempre?

—Te prometo que jamás lo vas a olvidar.

Con las reservas para la visita nocturna en sus manos, ambas estamos dispuestas a vivirlo y por fin pongo colores al lugar exacto donde nos encontramos. Juntas nos adentramos en *Dennis Severs' House* y de inmediato siento que el presente ya no nos pertenece.

—¿Sabes? Dennis Severs era de California y terminó por instalarse aquí, en Inglaterra. — Cuando Carla lo dice, me mira a los ojos.

Recibo el mensaje al instante y sonrío con los nervios extendiéndose por cada célula de mi cuerpo.

—Aunque era más bohemio y excéntrico que tú —añade en tono de burla, pero encantada con sus palabras. La mano de Carla busca la mía y de repente nuestros dedos entrelazados son una promesa a esos amores que duran hasta que el tiempo se convierte en memorias de fotografías al no olvido. Carla respira hondo y continúa mirándome a los ojos—. Tardó exactamente dos décadas en recrear una vivienda imaginaria de una humilde familia de hugotones del siglo XVIII, dedicados a tejer seda. Una verdadera máquina del tiempo.

El interés que pone en explicarme lo que nos rodea, logra que sonría como cualquier niño interesado en conocer algo que se escapa de su conocimiento. Hemos dejado en las calles las farolas y casas inspiradas en la misma época, un cúmulo de ladrillos que me fuerzan a ir siglos atrás, razón por la que decido comenzar por aspirar los aromas que desprenden las velas y las chimeneas.

—Nunca pensé que podría ver algo así con mis propios ojos.

—Y el viaje aún no ha hecho más que empezar. —Mike, quién es guía del recorrido por las diez estancias que aún nos quedan por ver, nos sonrío encantado.

—Tú sólo, disfruta.

Cuando Carla habla, yo asiento sin pensarlo, aunque no hay nada que me indique que no puedo disfrutar de esta visita estando a su lado. Conforme caminamos, siento en mis carnes la presencia de los habitantes del lugar merodeando a nuestro alrededor. Cada cuadro, pieza de tela, las velas, incluso la comida servida sobre las mesas es un viaje de mis cinco sentidos a ese mundo en el que nos trasportarnos en cuestión de segundos. Las sábanas desechas me hacen pensar que esas personas acaban de abandonar la habitación en el instante en que nuestros pies se plantan ante su presencia.

Es escalofriante, y a la vez excitante. Cuarenta y cinco minutos de ensueño que se quedan grabados en mí de una manera que nunca llegaré a poder descifrar.

Durante cada estancia, me mantengo en silencio. A veces veo a Carla observándome a través de los espejos. Sus dedos acarician los míos, y ella misma se mantiene a mi lado, soñando con un día en la vida de las personas que aquí ya no existen pero que siguen impregnadas en los recovecos, grietas y paredes de cada habitación.

—La decoración es increíble —le digo a ella, en un tono muy bajo, a sabiendas de que no se está permitido hablar durante la guía.

Hubiese agradecido poder hacer alguna foto, pero sé que no va a ser necesario porque no voy a olvidar ni el mínimo detalle de la decoración que aquí nos rodea. Me he enamorado catastróficamente de este lugar, pero más de Carla, quién sonríe a pesar del cansancio que carga en sus pasos y las ojeras que bañan sus párpados.

Lo he notado desde el beso bajo la luz de las estrellas, aunque decirlo no sirve de nada porque lo importante es que ella está conmigo, y yo me mantengo de pie a su lado.

—Sigamos por aquí. —La voz de Mike es firme, se mueve y aparta para que avancemos sin perder un segundo más de tiempo.

Alcanzo a ver el fuego en la chimenea con un cuadro sobre esta y el adorno de un reloj a su lado, en lo que parece ser una sala de estar, perfecta para la lectura. Las manillas se mueven lentamente, al igual que el fuego baila bajo la piedra como a mí me gustaría hacerlo con Carla en este momento.

Eres el huracán por el que me dejaría arrastrar.

Recuerdo las palabras de ella en el primer amanecer que vivimos juntas, mismas que caminan recorriéndome la piel y me digo que ojalá pudiera ser así cada segundo de esta existencia y todas las que vendrán.

Aunque al final mi atención se centra en las escaleras oscuras que subimos y permiten que me pierda en otro mundo, en la pluma y papeles sobre un pequeño e inclinado escritorio de madera. Las cartas y los libros se acumulan con el polvo y la antigüedad impregnando el corazón de estas.

Me pregunto qué habría sido de nuestro amor en aquel tiempo.

¿Nos habríamos dedicado cartas de amor? ¿Besado a escondidas entre los pasillos de una estancia como esta? ¿Habría hecho de su cuerpo parte de mi alma en cálidos suelos de madera frente a la luz de la chimenea?

Las preguntas se instalan en mi corazón yendo más allá de las alfombras, los sillones y sillas tapizadas que observamos, incluso cuando de nuevo tengo que respirar del aire de Londres al salir de la casa, estas siguen ahí, dibujando una sonrisa traviesa en mis labios.

—Algo me dice que sueñas despierta —acierta Carla.

Se pone frente a mí y me mira a los ojos.

—¿Lo vas a compartir?

—Solo pensaba como habría sido todo si nos hubiéramos encontrado en un lugar como este, en un mundo tan diferente a lo que ahora nos rodea —le confieso, con los nervios temblándome en los dedos.

—¿Sabes que es lo que creo? —pregunta, y yo la observo expectante a pronunciar sus siguientes palabras—. Que probablemente, vivimos felices como lo hacemos ahora.

La voz se le atasca.

Yo decido borrar sus miedos con un beso.

Cojo su mano y volvemos al presente, aunque decido echar un vistazo a la casa para beber una vez más del siglo que hemos recorrido en la eternidad de unos pocos minutos.

—¿Qué hacemos ahora? —le pregunto como si las posibilidades fueran infinitas.

Y creo firmemente en que lo son.

—¿Sonreírme? —propone Carla, aunque es ella la que dibuja el gesto en su rostro. Después lleva mi mano a sus labios y deja un beso sobre la piel que me deja helada, paralizada y enamorada, más si cabe—. No tienes idea de lo feliz que me hace ver cómo te ha cambiado estar aquí. Es como si cada capa de tu piel, alma y corazón se hubieran renovado.

—Admito que llegué a pensar que jamás podría abrirme a las personas. O al mundo en general. Se me ha dado bien por años organizar al detalle todo lo que me rodea, hasta el punto de convertirme en una fría estatua.

—Nunca has sido fría —confiesa Carla mientras caminamos sin rumbo aparente—, solo necesitabas un pequeño empujón, darte cuenta que puedes descubrir gente maravillosa, aunque tus muros y estructuras se compongan de miedos e inseguridades ante lo desconocido y, precisamente, la gente.

Una abogada de prestigio a la que le tiemblan las piernas cuando la incertidumbre le apuñala, increíble ¿verdad?

—Todavía no entiendo cómo puedes leerme tan bien.

—Tú me lo has permitido.

—Debe ser porque eres especial —respondo, y no cabe la duda en lo que acabo de decir.

De repente, un par de gotas se deslizan con cariño a lo largo de mi nariz.

Echo un vistazo al cielo y compruebo como la oscuridad comienza a cerrarse con nubes densas que están por liberar al cielo de Londres de todas esas penas que deben mezclarse con la tristeza marchita de los corazones más valientes.

Carla hace lo mismo, y sonrío, como si estuviera a punto de vivir la mayor y mejor experiencia de su vida.

Acabo de descubrir que le encanta la lluvia. O quizá ya lo deduje antes, pero no quise prestarle demasiada atención. Tantas cosas, tantos detalles que a veces se escapan de nuestros ojos cuando lo tenemos delante. ¿Cuánto la conozco en realidad?

—Tenemos que ir a un lugar —me dice, despertándome del ensoñamiento—, es perfecto bajo la lluvia.

—Pero... no deberías. —Hablo pensando en su salud, en lo que podría pasar si pesca un resfriado.

Sin embargo, contraataca con su índice en mis labios y cogiéndome de la mano.

Dejamos a paso ligero Norton Folgate para dirigirnos a la calle Primrose y así tomar la línea once del autobús. Con la lluvia arreciando por segundos, me mete a empujones a un vehículo de proporciones que me dejan boquiabierta, como una de las tantas cosas que tiene esta ciudad.

Y ya he perdido la cuenta.

El vaho de mis labios se escapa con fuerza al no ser capaz de controlar la respiración y el rápido latido de mi corazón. Hay dos asientos libres, así que decido tomar el que está junto a la ventanilla y me quedo en silencio, esperando que es lo que tanta ilusión le hace enseñarme.

—Joder, vamos a llegar empapadas —protesto, o casi, porque tampoco me importa demasiado.

—¿Y qué? Esto es Londres, si no te ocurre una o varias veces en la vida, es que no has estado aquí. —Carla habla con tanta alegría que me lo contagia.

Yo me río.

Y ella deja una caricia en mi cuello, una deliciosa caricia que después la lleva a dejar un beso en mis labios.

Confieso que no me canso. No me canso de escucharla respirar o reír, no me canso de ver como su alegría borra repentinamente ese cansancio o tristeza que a veces se dibujan en su mirada. No puedo parar de querer más, quiero tenerlo todo, aunque ese todo me destruya en algún momento.

—Fíjate bien. La noche es espectacular.

Y lo es.

Pero no solo porque está ella conmigo.

En las quince paradas de recorrido que da el autobús antes de que coja mi mano de improvisado, he podido ver esquinas, locales, personas, coches de todo tipo, casas que cuentan historias, y la catedral de San Pablo en su bella arquitectura, despertando los deseos de vivir uno y mil días en esta ciudad con tal de no dejarme nada antes de marchar.

Damos las gracias al conductor, aunque este no nos presta atención y mis botas caen con fuerza sobre un charco que las moja hasta dibujar algunas gotas en los pantalones que la acompañan.

Bufo, y Carla se ríe.

—No quieras controlarlo todo, Julia Rawley. Si vuelves a protestar, juro que no podrás volver a ponerte esa ropa nunca más.

—No te atreverás —la desafío.

Y gana la batalla con otro beso que me silencia al instante.

—¿Vas a decirme ya a dónde me llevas? —Tengo los labios pegados a los suyos y basta una caricia para que el cuerpo me tiemble sin remedio, bajo la intensa lluvia y un cielo que jamás podré borrar de mi memoria.

—Ahora lo verás.

En sus ojos observo la promesa de entregar parte de su alma.

Estamos cerca, y lo intuyo.

Apenas hemos caminado lo que a mí me ha parecido poco, cuando damos con la calle Great George y la curiosidad de un gato que es mi mirada observa todo hasta dar con el brillo de un rojo emblemático de la ciudad. Una de las visitas obligatorias sobre las que leí antes de cruzar el charco.

Allí está.

Una cabina.

Una simple cabina que brilla como el sol al medio día. Un rojo que me atrae como el imán de nombre Carla. Los cristales mojados por la lluvia recrean una mezcla de colores con las luces de las farolas y todo lo que se mueve a su alrededor. Es una insignificante cabina, y a la vez, el elemento perfecto y más bonito que haya tenido la oportunidad de conocer jamás.

—Seguramente habrías pensado venir en algún momento, tú sola, para hacerte la típica foto de turista, y espero que perdones mis deseos porque se convierta en algo más especial.

Doy dos pasos hacia delante.

Las gotas que se deslizan a lo largo de mi rostro se mezclan con las lágrimas que se recrean sobre mi piel, acariciándola lentamente, al contrario de lo que mi corazón late.

—Es imposible.

—¿El qué? —me pregunta Carla, con verdadera duda, acercándose a mí.

—Que con cada acción logres que me enamore mucho más de ti.

La confesión la deja paralizada, lo noto por como abre la boca y se me queda mirando. Es la primera vez que noto como las mejillas le arden, aunque no es cierto que no lo haya visto antes. Porque está aquella noche, donde la guerra se convirtió en paz en cuestión de segundos.

Quiere decir algo, pero no puede. Sé que se pone nerviosa cuando no sabe que responder. Enseguida vienen los tics, y después una sonrisa que se dibuja ladeada en su mejilla derecha.

—Es así —continúo—, te amo, te amo Carla Abney. Y a la vez te odio, porque esto ha sido tan sorprendente para mí, que no tengo idea de cómo puedo mantener a raya lo que siento. —Dejo ir un suspiro, observo esos ojos que ahora parecen avellana, casi como los míos, y de repente deseo que amanezca para ver de nuevo el verde entre las flores—. Ojalá te hubiera conocido antes, ojalá el tiempo hubiera sido más indulgente...

—Calla —me pide, y de repente siento miedo, un pánico atroz porque salga huyendo.

Veo como se acerca a cámara lenta. No dice ni una palabra.

Solo aparta el pelo de su frente, lleva las manos hacia mi chaqueta, me atrae hacia ella y me besa como si en este momento el mundo estuviera a punto de estallar en pedazos y fuéramos a desaparecer.

Me absorbe el alma en un segundo, y ahora ya no respiro por mí, sino por las dos.

—Yo comencé a amarte desde el momento que entraste a Lila, con tu torpeza y los nervios puestos en tus palabras, y ahí supe que no quería dejarte escapar a pesar de todo.

Sé que significa ese “todo”, pero la verdad, es que no me importa.

Me echo a reír, niego y dejo que la lluvia empape cada uno de los rizos de mi pelo, las caricias que van de mis manos hacia su rostro se convierten en el oxígeno que respiro durante los siguientes segundos antes de dejar para la memoria una fotografía junto a una cabina roja. Con ambas empapadas dentro de ese escenario perfecto.

Convirtiendo esa noche en la más especial de mi vida.

OXLEAS

Tengo una fotografía en mi teléfono y no he podido dejar de mirarla durante días, sea por la mañana o a punto de ir a dormir. Con mi sonrisa como reflejo en sus ojos, aquella noche descubrí que las cicatrices son necesarias para encontrar a la persona adecuada que sepa curarlas. La lluvia alivió el dolor de años, pero fue Carla quién consiguió llevárselo todo lejos, tan lejos como para hacerlo desaparecer. Durante la magia al lado de una cabina roja llegamos a pesar que teníamos el poder de paralizar el tiempo, aunque llegamos casa una hora después, emborrachadas de agua, risa y besos, para verificar que este transcurría al ritmo de nuestra respiración. Pensar en este apartamento como un hogar logró que yo esbozara una sonrisa nueva, no reconocida antes y entonces ella me preguntó:

—¿Qué te hace tan feliz?

—Tú, siempre tú.

Respondí batallando con su ropa empapada, componiendo una canción donde las risas de ambas se unieron hasta que estas se convirtieron en un canto al delirio bajo las sábanas de una cama que ahora siento vacía y fría. Tenemos la creencia de que el infinito existe y nos pertenece cuando la felicidad nos baña con la misma fuerza con la que el mar es capaz de besar la arena un segundo y otro más.

Pero nos equivocamos.

Porque el infinito no existe.

Y nosotros simplemente estamos a merced del destino.

He vuelto a mirar la fotografía, y cada vez que parpadeo descubro algún detalle nuevo de esa noche, pero más de ella. De Carla, la mujer que ha cambiado lo que me compone hasta el punto de arrancarme las entrañas y cada detalle que queda de mí. El techo se ve distinto cuando no lo observo a su lado y mi alrededor no es más que un bosque de árboles marchitos, porque su risa no está.

Es ella.

Simplemente ella.

La que me ha vuelto loca en cada sentido, y devuelto la luz cuando caminaba muerta en vida.

Y es imposible, dolorosamente imposible, hacerse a la idea de que sus pies descalzos no van a caminar más por estos rincones que en teoría eran una estancia temporal para mí. Estoy

paralizada sobre la cama, con el teléfono móvil en la mano, mirando la fotografía y quiero hacer algo, pero el peso de mi cuerpo se siente como una piedra y a la vez una pluma que tarde o temprano será llevada lejos de aquí.

—Ojalá hubiera sido mentira —susurro.

Pero no lo es, ningún detalle de lo vivido, ni el más insignificante.

Cierro los ojos, tengo las flores frente a estos otra vez. Los aromas de *Carla's* me golpean con fuerza y derriban hasta hacerme caer de rodillas, estiro mi mano, pero ella se va, se aleja como las estaciones están obligadas a despedirse de vez en cuando a lo largo del año.

Tienes que venir, no hay tiempo .

Leí el mensaje con un café en la mano que derramé en cuanto entendí la realidad de lo que ocurría. Después de aquella noche, la montaña comenzó a perder su fuerza, dejando caer la arena, gramo tras gramo hasta no quedar nada. Diez días. Demasiado tiempo cuando la oscuridad nos rodea, pero muy poco cuando quieres amar.

Y hablo de amar de verdad.

Intento apoyar los pies en el suelo y erguir mi cuerpo.

Miro hacia la ventana, pero ya no veo las calles igual. Camino y mis dedos acarician las cortinas de manera diferente, casi duele hacerlo y notar como el frío empaña los cristales por la temperatura exterior.

Tengo la ropa lista, doblada y extremadamente meditada, como en los mejores días de mi yo como abogada.

Pero esta vez es distinto.

No queda nada de esa mujer, y una parte de mi lo agradece y abraza como el mejor regalo que haya podido recibir jamás.

Suena *Billie Jean* y contesto a Amber como si este fuera un día normal de oficina.

—¿Cuándo será? —me pregunta, el saludo no es necesario.

—En un par de horas —digo con una voz que ya no es mía.

—¿Estás bien?

¿Lo estoy?

Mi mente hace un recorrido a lo largo de los últimos diez días. Durante el trayecto de este último tramo en su camino, entrelacé los dedos con los de Carla en cientos de ocasiones. La abracé cuando el dolor se le hizo insoportable hasta el punto de tener que limpiar sus lágrimas. Bebí de su sonrisa en las pocas ocasiones que pudimos caminar a lo largo de Notting Hill, observando el anochecer en más de una ocasión.

La besé, tantas veces que perdí la cuenta.

Y ella también lo hizo.

Voló conmigo hacia la oscuridad del cielo, como dos ángeles de alma abierta que quieren ver el mundo desde lo más alto y acariciar las nubes pudiendo comer de estas, saboreando algodón de azúcar hasta volvernos a besar.

—No te preocupes —le digo unos segundos después, aunque es evidente que lo hará.

—Jamás me pidas eso. —El tono de Amber es duro, pero se rectifica al instante—. Perdóname, es sólo que no quiero que caigas de nuevo.

Como el día en Nolan Law, donde todo terminó y de repente, empezó.

—Eso no va a pasar, te lo prometo.

Aunque sé que en cualquier momento voy a fallar esa promesa.

Giro mi rostro y otra vez veo la ropa que me espera sobre la mesa del salón. Perfectamente doblada y planchada, lista para la reunión más importante que he de abordar después de tantos días.

Que efímera es la eternidad cuando amas sin apenas darte cuenta.

Crees tenerlo todo, y de pronto la vida corta tu felicidad con el cuchillo de la muerte.

—Estaré bien —le repito, aunque estoy cansada lo intento para evitar que me vea tan mal como estoy—, gracias por llamar, es muy tarde en San Francisco.

—Es lo menos que puedo hacer, sabes que haría cualquier cosa por ti. —Amber tiene razón siempre lo ha hecho.

Nos despedimos y respiro hondo. La fotografía sigue en la pantalla, así que me obligo a deslizar el dedo por la pantalla para bloquear el teléfono y dejarlo sobre la mesa.

Necesito un analgésico que combino con un café bien cargado y sin azúcar.

Cuando la cafetera comienza a bañar todo mi alrededor con el aroma amargo, tengo el cuerpo apoyado en la encimera y las manos tensas como ramas de árboles, deseosas por romperlo todo. Pero no lo haré porque ella está por todas partes, y sería como destruir la esencia de un lugar que brilla porque Carla ha estado aquí.

El calendario marca dieciocho de febrero. El billete de vuelta a San Francisco está en el cajón de la mesita del dormitorio. Es estúpido, pero me parece escuchar como este se abre y cierra una y otra vez.

Debo estar volviéndome loca.

Sonrío al pensarlo y al final agradezco que el café esté listo para guardar la taza ardiendo entre mis manos y beberlo a pequeños sorbos, como se disfrutaban las mejores experiencias en la vida.

De poco en poco.

—Aunque contigo todo haya sucedido rápido —le digo al aire vacío.

Recuerdo nuestro último café.

Fue hace tres días en casa de Cameron. A ella le temblaban las manos, pero se atrevió a sujetar la taza con la misma fuerza y entereza que demostró hasta el último suspiro de vida. Yo la miré a los ojos y le sonreí. Iba vestida con unos jeans desgastados y un enorme jersey que le llegaba hasta las rodillas, del mismo color que sus ojos cuando el sol incidía en estos, también tenía el pelo alborotado, como si mis manos lo hubieran revuelto a golpe de placer. Ahora deseo haberme levantado para besar sus labios en ese instante, aunque lo que sucedió fue mucho mejor, algo que jamás olvidaré.

—Si me sigues mirando así no podré terminarme el café —me dijo, cansada, pero sin perder ese toque de alegría en su voz, una que siempre tenía para mí a pesar de todo tipo de circunstancia.

—Eso es cosa tuya, yo no pienso hacerlo —respondí con ese tono de picardía que convertían el tono de sus mejillas en un color más apetecible.

A mi espalda se escucharon pasos.

—¿Va todo bien por aquí? —preguntó Tony, con el gesto preocupado.

—De maravilla —le dijo Carla, aunque le ardiera todo por dentro.

Con la taza cerca de mis labios, recuerdo esas dos palabras con claridad. Supe que mentía porque sus ojos se veían tan apagados como en ocasiones lo estuvo su respiración. Hubo noches, mientras la abrazaba, en las que sentía que se marcharía de la misma forma que las flores se marchitan cuando han cumplido su cometido.

Todo gira en torno a la naturaleza y los pétalos que pude rozar con los dedos.

Hemos caminado por bosques de trazos infinitos, he tenido la oportunidad de aspirar el aroma de la vida a través de sus flores, a las que he besado también sobre sus labios y en cada curva de su piel.

Recordándolo, doy un sorbo más y el contenido de la taza se acaba, de la misma manera que todo tiene fin.

Se derraman unas cuantas gotas en el fregadero cuando la dejo en el interior de este. Yo las miro correr a toda prisa, se mezclan con el agua. Imagino un río hecho de curvas, donde la vida son los animales que rodean la naturaleza y la felicidad que estos transmiten.

Tal vez en algún momento nosotras también seamos animales que van de árbol en árbol y beben de un río para volver a comenzar.

—Tienes que vestirte. —Y me obligo a moverme.

Mis huesos se sienten pesados como el hormigón, pero lo consigo. Media hora después estoy lista, en la puerta del apartamento y esperando a que los chicos lleguen a recogerme bajo unas nubes que otra vez presagian lluvia.

Como la noche de la cabina roja.

Un hecho que me hace sonreír como idiota. Qué tonta debo parecer ¿verdad?

A la mente se me viene la conversación que tuve con Mr. S cuando caminábamos por el

centro de Londres. Me pregunto dónde estará ahora, pero eso no impide que las palabras lleguen como si lo tuviera a mi lado. Recuerdo esa sonrisa de rostro arrugado, su mano temblorosa y la mirada puesta sobre mí cuando me habló de lo importante que es disfrutar de cada segundo como si fuera el último.

Un detalle que, por cierto, siempre pasamos por alto. Porque nos creemos invencibles, irrompibles, dueños de todo. Y en realidad no somos nada, más que marionetas, figuras de ajedrez a merced del destino. Peones que caen y no tienen más oportunidad para levantarse.

—No dejes que tus miedos nublen lo que el presente te pueda ofrecer —dijo—, no permitas que ese temor te robe la oportunidad de vivir.

Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo contra la pared. Me alegro tanto de haberle hecho caso que, inevitablemente, sonrío, aunque las lágrimas estén a punto de hacerme estallar.

Lo único que lo impide es el claxon del coche que se para frente a mí. Taylor, Shelby y Tony me miran desde el interior. Yo me tomo unos segundos para darme cuenta de cómo un arcoíris se forma sobre uno de los cristales, y cuando estoy lista para caminar, lo hago para abrir la puerta y tomar asiento atrás.

—Buenos días Californiana —dice Tony, con el cariño puesto en esas tres palabras.

Está sentado a mi lado y no tarda en darme el abrazo más necesario del mundo.

Taylor arranca el motor y veo como Shelby me mira a través del espejo retrovisor. Yo la saludo y le sonrío, aunque las sonrisas que se dibujan en el interior de este coche sean por pura cortesía.

Aún me tiemblan las manos, por eso, las guardo en los bolsillos de mi chaqueta.

Como un niño que esconde sus miedos en el interior de un armario.

Cada uno de nosotros tenemos el alma y el corazón llenos de estrías, del esfuerzo por querer vivir y morir a la vez. Todos hemos sufrido y bebido lo mismo estos últimos días, y por eso viajamos en silencio, tal vez recordando la última canción compuesta por su risa, o el arrastrar de sus pies cuando no pudo ni dar un paso más. Aunque no hubo paredes blancas de un hospital, ni un sinfín de cables anclados a su cuerpo, tengo el recuerdo grabado de sus brazos amoratados por culpa de los medicamentos que necesitó para poder dar una bocanada más de aire, hasta que ya no pudo más.

Y una parte esencial de esta familia, se esfumó para siempre.

Tienes que venir, no hay tiempo.

Se repite, el mensaje se repite. Cuando lo leí, salí corriendo y me arrepentí de haber pasado la tarde en mi apartamento con la premisa de descansar, como si mi mente no estuviera en todo momento despierta por y para ella.

Con el corazón palpitante, gritando su nombre con rabia y desesperación.

Pero yo ya sabía que no había más que hacer.

Ni tan poco pude evitar lo que iba a suceder.

El poco tiempo de sobra me permitió quedarme a su lado, entre las sabanas de la cama con su cuerpo acurrucado entre mis brazos y una débil sonrisa puesta en sus labios. Ojalá ella me hubiera contado su historia, ojalá lo hubiera hecho para entregarme las fuerzas necesarias y poder decirle adiós.

—¿Sabes? Nunca he sido tan feliz en la vida —me dijo, con un hilo débil en su voz.

—Yo tampoco —le respondí, regalándole después otro beso en una frente tan fría como el hielo.

Poco a poco su cuerpo perdió esa calidez que yo misma toqué en miles de ocasiones. Y eso me rompió por dentro. Mientras el coche avanza, soy consciente de cómo me esforcé por poder mirarla a la cara una vez más, mi rostro se tiñó de colores en sus ojos y Carla elevó la mano hasta poder acariciar mis labios otra vez. Ambas quisimos un beso, pero ese gesto fue más que suficiente.

—Ya lo sabes ¿verdad? —dije, formulando un “te amo” entre líneas.

—Tanto como tú.

Y ya no dijo nada más.

Ahora parecemos estatuas que se mueven fortuitamente gracias al coche que Taylor conduce. De vez en cuando nos compartimos miradas, pero ninguno es capaz de hablar. A todos nos debe arder la garganta al intentar escupir las palabras necesarias para darnos consuelo, pero si no pudimos en su muerte ¿cómo vamos a hacerlo ahora? Carla se apagó poco a poco, como el día da paso al anochecer. Respiró tranquila sin perder en ningún momento ese gesto alegre con el que todos, y yo especialmente, la conocimos en vida.

Lo hizo abrazada a mí, batallando en algunos momentos con la fuerza de sus dedos hasta que se dejó marchar y fluyó como las aguas de un río.

—Allí será feliz. —Taylor rompe el silencio, y logra que yo vuelva a la realidad.

Nos dirigimos a los bosques de Oxleas en Greenwich y de repente siento que tiene razón, por la extrema alegría que percibí cuando ella me contó aquella historia de su niñez. Respiro hondo y de repente soy consciente de que la radio está encendida. Suena *Overcome* de Vaults y mi cuerpo se funde necesariamente con la melodía. Danzo en un bosque oscuro donde me encuentro con un fino vestido blanco que se mueve al movimiento de mi cuerpo. Estoy aterrada pero no hay nada que temer, porque en ese escenario perfecto ella está ahí para abrazarme infinitamente.

—Estoy segura de que sí —respondo, aunque noto como me cuesta hablar.

—La naturaleza siempre ha sido lo tuyo. —Shelby se gira para mirarme a los ojos, me sorprende verla alargar la mano para hacerse con la mía y transmitirme un gesto de cariño—. Tienes que estar tranquila en ese sentido.

Y lo estoy, para qué engañarnos.

Shelby se me queda mirando, escudriña más allá de lo que puede ver. Sabe que no he roto a llorar, reconoce en mi postura rígida que estoy intentando por todos los medios no romperme.

Porque no sé qué pueda pasar cuando lo haga.

Una vez más me vuelvo dura a la fuerza, y continúo así durante la hora de camino que nos aleja de la ciudad para dirigirnos a los bosques al sureste de Londres. Me visto con una coraza de acero y la frialdad vuelve a unos ojos que albergan más de lo que podrían descifrar con palabras. Observo cada detalle a través de la ventana, solo me tranquilizan los dedos de Tony entrelazados con los míos.

La radio sigue sonando, pero ya no escucho ninguna canción.

Conforme estamos más cerca de llegar a nuestro destino mi único deseo es volver atrás, detener el tiempo y poder abrazarla un poco más. Deseo hundir la nariz en su pelo y aspirar el aroma a rosas de nuevo y, egoístamente, quiero sentir entre los brazos el temblor de un cuerpo que estuvo listo para marcharse desde hacía mucho tiempo.

Aún me pregunto cómo pudo aguantar tanto.

Quizá Portobello Road tuvo mucho que ver, o puede que el destino esperase durante largo tiempo hasta verme posar un dedo sobre un mapa con mi poca fe de conseguir algo más que un poco de sanación.

—Cameron ya está aquí.

¿Cómo ha sido tan rápido? ¿Cómo? El tiempo, nuestra historia, el nacimiento de unas amistades que durarán de por vida. ¿Cómo? ¿Cómo en un abrir y cerrar de ojos hemos pasado de reír con cervezas en mano a vernos obligados a despedirnos de uno de nosotros?

Veo a su hermana, pero lo que me rompe el corazón es observar cómo su cuerpo se apoya en el amarillo de *Lila*. Dios, como me gustaría poder temer por mi vida ahora mismo dentro de esa maldita furgoneta. No lo quiero, pero inevitablemente me echo a reír. Todos deben tomarme por loca, porque se me quedan mirando sin entender absolutamente nada. Ríe, ríe hasta que mis ojos escupen unas lágrimas que deberían ser de tristeza y el inconmensurable dolor que siento.

—¿Estás bien? —se extraña Tony.

—Sí, sólo acabo de recordar algo. Esa furgoneta casi me mata ¿sabéis? —abro la puerta y salgo para pisar la tierra húmeda—, pero ahí dentro viví una de las mejores experiencias de mi vida.

No tengo intención de revelar el secreto a ninguno de ellos.

Guardo para mí que *Lila* fue el punto de unión entre Carla y yo la primera vez que nos vimos, y así debe ser. Aunque me duela caminar y abrazar a Cameron, con ese gesto tan parecido al de su hermana y a la vez con infinitas diferencias.

—¿Vamos? —pregunta ella.

Los chicos asienten.

No sé exactamente a donde vamos, pero yo también respondo afirmativamente.

Cameron se queda a la derecha, a ella se aferra Taylor, y yo me posiciono entre él y Tony con los brazos entrelazados, mientras que Shelby camina a la izquierda, todos con la mirada al

frente y lo último que queda de Carla acompañándonos. Como debe ser, las nubes comienzan a juntarse unas con otras, se acarician y abrazan para hacer del cielo azul un tono más grisáceo.

Espero a la lluvia con la misma fuerza con la que no quiero que llegue mañana.

Suspiro, me tambaleo en un par de ocasiones, pero los chicos me agarran con fuerza. Recorremos una autopista de hojas caídas, tierra y árboles verdes adornados de musgo. Conforme doy una nueva bocanada más de aire, entiendo porque este lugar tenía un significado tan especial para Carla. Envidio cada detalle, incluso quiero convertirme en cualquier ser de los que habitan en nuestro alrededor.

Pero la verdad es que lo que más quiero, es no estar viviendo este momento.

Lila se pierde en la lejanía al avance de nuestros pasos y yo observo en todo momento el gesto de Cameron. Busca algo en concreto. Sus ojos se mueven con la curiosidad de un gato, de forma rápida y analítica, Tony tararea una canción de jazz y yo soy la primera en notar como las gotas de lluvia empiezan a caer y bañar este cuadro de cenizas emociones que se unen a una estructura de piedra bañada por la naturaleza y algunas flores.

Vida en contra de la muerte.

Sonrío y como si esto fuera una especie de sueño me dejo llevar hasta que todos llegamos a un punto en concreto del bosque.

Hay un árbol enorme frente a nosotras, frondoso y de tronco centenario, con grandes ramas que habrán sido testigo de juegos entre ambas hermanas, estoy segura. Antes de que nos acerquemos me fijo en la corteza, vieja y sabia, con sus imperfecciones y belleza, rota en un lugar en específico para permitirme leer las dos *C* como iniciales de sus nombres y un par de flechas atravesándolas.

—Pensabas que no volveríamos tan pronto ¿me equivoco? —dice Cameron.

—Teníamos que cumplir nuestra promesa —añade Taylor y rompe la línea que formamos como pilares contruidos de imperfecciones.

Cameron se adelanta abrazando las cenizas de lo que una vez fue su hermana e inevitablemente yo rompo a llorar. Estoy a punto de caer de rodillas, pero Tony se mueve más rápido de lo que parece para convertirse en mi muro de carga.

—Este es su lugar... —susurro con dolor y mi corazón desgarrándose por momentos.

—Es una pena que no disfrutaras del picnic que una vez hicimos aquí, todos juntos. — Tony habla mientras me abraza, deja un beso en mi mejilla y después me mira a los ojos—. Aunque, inevitablemente, creo que estaba escrito tenerte aquí en cualquier momento.

Shelby no es capaz de decir nada. Ella también llora, pero lo hace en silencio.

—Hermanita, ahora podrás escalar todas las veces que quieras y siempre me vas a ganar. Pero cuidado, no te raspes las rodillas y los brazos, ¿vale? —Cameron lleva la mano derecha a la inscripción del árbol y toma aire.

Eleva la vista al cielo y deja que la lluvia limpie el cúmulo de tristeza que se dibuja en su rostro.

*You taught me the courage of stars before you left...
How light carries on endlessly, even after death
With shortness of breath you explained the infinite
And how rare and beautiful it is to even exist.*

Con la caída de cada gota, la voz de Carla baila a nuestro alrededor. Todo parecemos percibirlo porque mientras Cameron lleva a su hermana al encuentro de la naturaleza, Taylor busca en el reproductor de su teléfono la canción que nos dedicó a todos horas antes de sonreír por última vez.

Saturn de Sleeping at Last se convierte en una melodía de fortaleza que terminamos por cantar para ella antes de nuestra despedida final.

—¿Quieres un segundo a solas?

La voz de su hermana me sorprende cuando se gira con los ojos enrojecidos y envueltos de tristeza y pérdida. Tardo unos segundos en asentir, pero al final lo hago y recojo el valor que me mantiene todavía entera para avanzar al punto donde ahora descansará para siempre. Es bello ver la tierra mojada, removida y mezclada con el musgo y la naturaleza. A su alrededor crecerán flores cuando llegue la primavera y el alma se me estruja de solo pensarlo.

—¿Recuerdas cuando dije que te odiaba? —comienzo—, la verdad es que lo mantengo, porque en menos de cuarenta días has conseguido que vuelva a ser esa mujer que una vez se perdió en un laberinto de rectitud y malas decisiones. Pero, ¿sabes otra cosa? Es especialmente eso lo que amo de todo lo que ha ocurrido contigo, con nosotras.

Recuerdo cada una de las risas, nuestros besos, miradas furtivas, caricias escondidas a ojos de los demás, el tono de su voz al discutir y como este se convertía en una melodía de jazz cuando hacíamos el amor.

—Carla Abney, has cambiado mi vida para siempre, y no viviré las suficientes para poder agradecértelo. Espero... —Me quedo sin voz, con cuidado acaricio el tronco de un árbol que nunca voy a olvidar, y después, continúo—. Espero que a partir de ahora sigas siendo esa loca al volante de *Lila* y sonrías sin temor al destino. Yo intentaré hacerlo por ti.

Porque ya lo sabes ¿no?, digo para mí. Claro que lo sabes.

—Jamás seré capaz de olvidarte.

Con esas cinco palabras me alejo, derrumbo y dejo que la familia que hemos construido se abraze en conjunto por un intento de sanar.

Y como si no hubiera pasado nada dejamos Oxleas atrás, con la lluvia bañando el escenario para lograr que surja nueva vida en sus alrededores al pasar de los días. Yo estoy en silencio, en la misma posición en la que llegué y así me mantengo, porque prefiero que mi cabeza se inunde de los recuerdos que tengo de ella desde el primer momento en que nos conocimos. De hecho, creo que cada uno de nosotros hacemos lo mismo mientras el tiempo corre hasta que llegamos a casa.

Pero yo ya no tengo hogar y lo reflejo cuando me abrazo a los chicos antes de volver a un

apartamento vacío, donde me obligo a no ver esa fotografía por incontable vez.

—¿Cómo has podido...?

Lanzo la pregunta al aire, mis rodillas se golpean contra el suelo del salón mientras lloro e intento que mis dedos se aferren a cualquier cosa que no sea el agujero que siento por dentro. La culpa y me arrepiento al instante porque de no ser por Carla yo me habría esfumado tarde o temprano, convertida en nada, en el polvo que se pierde con el viento.

Y aunque duela, sé que en el aquí y ahora soy la mujer que durante tantos años he estado echando de menos.

Pero lo que no sé es cómo podré continuar si ella ya no está.

—La vida es muy hija de puta.

Tan hija de puta como para enseñarte y hacerte crecer a base de golpes.

No sé cuántas horas estoy tirada en el suelo, ni cuanto es el tiempo restante que deseo mantenerme en la misma posición. Una parte de mí quiere morir, pero no lo haré porque tengo que cumplir con nuestra promesa, así que doy una bocanada de aire y joder, me levanto como lo hacen los valientes en medio de una guerra perdida. Me cuesta caminar, pero lo hago yendo directa al dormitorio.

Mañana tengo que volver a San Francisco. Tengo un e-mail de Thomas sin responder y un par de llamadas perdidas de mamá, con quién no tengo fuerzas para hablar. Otra vez me obligo a no mirar esa fotografía, pero sí vuelvo a leer las palabras de quién hasta el momento ha sido mi jefe. Me quito la chaqueta mojada y la dejo sobre la cama junto a uno de los pañuelos que me han acompañado en esta travesía.

Sobre la mesa está el ordenador que he utilizado para trabajar en noches de insomnio e instantes en los que creí que merecía la pena continuar.

Leo detenidamente cada una de las palabras que en teoría determinarán un mejor futuro para mí, y digo en teoría porque no creo que eso suceda, después de todo jamás seré la persona que ellos quieren que sea, al igual que hace mucho tiempo perdí a un padre moviéndose bajo las mismas convicciones.

—Lo siento —digo, como si le tuviera frente a mí y él me fuera a responder—, lo siento, pero yo ya no soy esa mujer tonta que hará como si nada.

Mis dedos bailan sobre las teclas del ordenador comunicándole a Thomas y la dirección de Nolan Law una renuncia que me saca la única sonrisa alegre del día. Cuando pulso *enviar*, el corazón se me acelera, parpadeo y frente a mí puedo ver a una Carla más sonriente todavía, con un gesto de orgullo recorriéndole el rostro y ese brillo tan peculiar en sus ojos. No, no me estoy volviendo loca. Y si lo estoy, en realidad me importa una mierda. Me echo a reír y vuelvo a al dormitorio donde un escondite mantiene con vida el billete de avión que cojo entre los dedos antes de romperlo en pequeños pedazos que caen sobre un suelo que tal vez no vuelva a pisar, pero que ya nunca perderá la esencia del amor que ambas construimos.

—Amber me va a matar —recuerdo, a punto de echarme a reír.

Probablemente espere unas horas para decírselo, aunque lo cierto es que siento que ella ya lo sabe. Después de todo ha sido mi mejor amiga durante años.

Con el frío calándome los huesos doy un suspiro y apoyo ambas manos sobre la cama. Echo un vistazo a mi alrededor y guardo en la memoria cada uno de los detalles de este lugar, incluso las paredes en las que besé a Carla con vergüenza y a la vez apasionada desesperación. Tardo un par de segundos en levantarme y caminar hacia la misma ventana donde todas las mañanas he observado un barrio que me ha cambiado la vida por completo.

—Creo que sí podré acostumbrarme a tanta lluvia —digo en voz baja.

Apoyo la frente sobre el cristal y me dedico a ver todo lo que me alcanza la vista. Un suspiro se me queda atascado en la garganta y mi corazón se paraliza para volver a latir con fuerza, como nunca lo ha hecho hasta el momento.

Porque Notting Hill es ahora mi hogar.

EPÍLOGO

Cuando dejé San Francisco nunca pensé que volaría tan lejos. Y no me refiero a otra ciudad sino a dejar mi yo atrás para volver a empezar, pero aquí estoy, deshojada por el paso del tiempo y todo lo que trajo consigo. Cada parte de lo que fui antes de tomar aquel avión se pudrió hasta dejar al descubierto una semilla de la que ha crecido una nueva y a la vez antigua mujer, con la ayuda de los que he encontrado en el camino, un barrio, y la persona que aún recuerdo cuando miro la miniatura de *Lila* que, desgraciadamente, nunca llegué a regalar.

Afuera, la primavera florece en las calles bañadas por el mes de abril.

El movimiento de la gente me sigue pareciendo un ir y venir de aventuras e historias que me gustaría conocer o seguir conociendo, como la de Mr. S o los que ahora se han convertido en parte de mis entrañas. Al pensar en ellos sonrío, aunque en este momento agradezco mi propia soledad y cura entre los libros de la famosa *The Notting Hill Bookshop*, librería que inspiró la creación de *The Travel Book Co.* en la película que lleva como nombre este barrio tan especial. Mi corazón, mi alma, mi hogar. Mientras recorro los pasillos me pregunto cuántas veces la habré visto y a mi mente viene la famosa frase: *Soy solo una chica, parada frente a un chico, pidiéndole que la ame.*

E inevitablemente, sonrío.

Todos somos esa chica pidiendo que nos amen.

Me digo con un par de libros entre las manos y en la búsqueda de algunos más.

Tengo los oídos y el corazón cubiertos de música. En el reproductor suena *What About Us* de P!nk, después de un largo repertorio en el que se mezclan algunas canciones de jazz con The Veronicas, Vaults, Lo-Fang, Sia o George Ezra, además de los muchos artistas que he descubierto a lo largo de las semanas que han construido una vida totalmente diferente para mí, aquí en Notting Hill. Levanto la vista en pocas ocasiones para ver algunas caras sonrientes y niños pidiendo cuentos a sus padres mientras yo recolecto entre las manos otro tipo de historia, una que es totalmente nueva para mí. Respiro hondo y reivindico con ello la necesidad de hacerlo, porque ya no soy la Julia de San Francisco y nunca lo volveré a ser.

Lo confirmo cuando mi propio reflejo se dibuja en el cristal de la calle donde veo a una mujer de pelo rizado un poco más largo y con un sombrero que crea sombras sobre la piel de color canela y unos labios pintados de tierra que apenas sonrían, pero que lo hacen de verdad. Muevo la cabeza y vuelvo a lo mío, *dos libros más y estaré lista por ahora*, me digo, obligándome a caminar.

A veces me pasa.

Me quedo quieta en un lugar no concreto, como si quisiera esperar algo o alguien que

venga a salvarme de este ensoñamiento que últimamente se ha presentado en más ocasiones de lo normal. Niego ante lo estúpido que eso suena y sigo por el pasillo buscando, iniciando mi aprendizaje, hasta que el destino juega sus cartas y me da un toque en el hombro para obligarme a girar. Del sobresalto, el auricular de mi oído derecho se cae junto a los libros que cargo entre las manos.

Maldigo mi torpeza una y otra vez.

—Sabía que no estaba viendo un espejismo.

La sonrisa de Shelby me sorprende mientras me agacho a por los libros y los recojo con la misma torpeza que la conocí durante aquella noche en *Ronnie Scott's*.

—Hace tiempo que no sé de ti Californiana —dice con gracia, dejándome la sensación de que me come con los ojos cuando por fin conectamos.

—Necesitaba respirar un poco, poner en orden la mudanza y todo lo demás, ya sabes... —le respondo, poniendo en evidencia unos nervios mezclados con ese acento que se quedará siempre en el lugar donde debe estar.

—Tony me lo ha contado, no te preocupes.

Sin perderme de vista, se agacha conmigo para ayudarme y sonrío ampliamente al ver de que tratan los libros que vendrán conmigo a casa.

—Así que sí lo vas a hacer, cumplir con lo que prometiste —recuerda con el movimiento de unos intensos labios rojos.

Yo asiento, con las mejillas ardiendo y el intento por emitir algún tipo de sonido.

Pero no puedo hablar, y no sé por qué.

—Desde el principio supe que lo harías —añade Shelby quedándose frente a mi figura, observándome como si me estuviera conociendo por primera vez—. Y eso dice mucho de lo maravillosa persona que eres, aunque no haya tenido la oportunidad de descubrir todo sobre ti, Julia.

La forma en la que pronuncia mi nombre logra sacarme una sonrisa.

—Voy a necesitar ayuda, porque esto es totalmente nuevo, pero sé que lo voy a conseguir —comento con una seguridad que no sé si perderé en algún momento.

—¿Te acompaño? No tengo mucho que hacer.

Acepto sin pensarlo y diez minutos después ya cargo con una bolsa cuyo interior guarda cinco libros que pienso estudiar en los próximos días como si de un importante caso se tratara. Casi sonrío al pensar en la forma en la que he dejado atrás la abogacía y lo bien que me siento por ello, como si me hubiera quitado un gran peso de encima. Incluso Amber y mamá están de acuerdo en que me ven mucho mejor, a pesar de no descartar volver a mi profesión en el futuro.

Pienso en ello mientras camino al lado de Shelby hacia el abandono de la calle Blenheim Crescent. Me mantengo en silencio y no porque no tenga nada que decirle, sino por el mero disfrute de escuchar el ruido que nos rodea mientras continúo con una marcha que me lleva por

este lugar que ahora es la sangre de mis venas.

Y en mitad de ello, ese vacío en nuestras voces, no es de extrañar que ella se adelante.

—Quiero ir al mercado, así que... ¿te gustaría venir conmigo? —me dice, mirando al frente y con el tono de voz en el que alguien propone algo con toda intención.

—Antes has dicho que no tenías mucho que hacer —le recuerdo, enarcando una ceja mientras niego con una sonrisa pegada en los labios.

—He cambiado de opinión —aclara con un tono cargado de matices.

Después se encoge de hombros y yo suspiro, me es imposible evitarlo.

—Ya sabes, en Portobello Road, todo puede pasar —añade.

Y no tardo ni un segundo en mirarla para sonreírle como hacía mucho no conseguía.

Asiento y sin pensármelo dos veces me tiro a la piscina, rodeo su brazo y avanzo mirando al frente para beber de este momento como el primer día que pisé las calles de Notting Hill. En un día de enero en el que caminé con una maleta en mano, ignorante por completo de cómo me enamoraría perdidamente, de una forma en la que el corazón se te cae a pedazos para volver a recomponerse a base de besos, jazz, risas y esa clase de amistad que nada ni nadie puede romper.

—¿Has dicho que la mudanza va bien? —se interesa.

Me doy cuenta de lo que hay más allá de esas palabras.

—Si a bien podemos referirnos a cajas todavía sin abrir y paredes sin pintar, creo que sí, sobre todo porque he conocido a unos vecinos estupendos. Benjamin y Oliver, tienen un hijo precioso, seguro que te caerían de maravilla —le respondo echándome a reír—. Han pasado casi dos meses desde que alquile el piso y aún siento que acabo de llegar.

—Bueno, dicen que las mejores cosas se cuecen a fuego lento ¿no?

Giro mi rostro y sin hablar le respondo, con la alegría teñida en mis ojos.

—He preferido empezar por cumplir con todo lo que tenía pendiente desde que rompí aquel billete de avión —admito por fin, con el corazón cargado de orgullo y felicidad.

—Tal y como una vez yo predije —reconoce Shelby—, has sido muy valiente Julia Rawley, y eso me gusta —añade, aferrándose a mí.

Cuando llegamos al mercado vuelvo a mirar a Shelby a los ojos, ella me corresponde con un guiño como ese gesto que se te queda grabado en la mente sin remedio, y mientras tanto, me aferro a la bolsa donde unos cuantos libros me enseñarán lo suficiente para continuar con el legado de *Carla's*. Obligándome a pensar en lo incierto que será el destino a partir de este momento, pero también en las ganas que tengo de afrontarlo con la misma valentía con la que dejé California.

Tras una derrota, un dedo en el mapa, y un viaje que me cambió para siempre.

FÍN

AGRADECIMIENTOS

Dedicado a todas las personas que no decaen en perseguir sus sueños por más muros que tengan por delante. A mi familia y la persona que acompaña mis días, llenándolos de felicidad, amor, orgullo y los cientos de consejos que me han mantenido en el camino hasta el presente. Sin olvidar a esos compañeros de escritura que durante estos años han estado a mi lado en un aprendizaje mutuo, antes y durante la época en la que nos apodamos *hijos del gen*, a quienes guardo en el corazón y considero amigos de letras y vida por y para siempre. A los que se quedan, sin importar qué. Y, por último, a los que pasaron por la mía y ya no están, pero que para bien o para mal me han construido como una persona luchadora que nunca